LA GARGANTA DEL SIL



Un thriller psicológico ambientando en un hospital psiquiátrico

José Luis Merino

La Garganta de Sil

Jose Luis Merino

© Del texto: Jose Luis Merino.

Dos tazas de café descansan sobre mi mesa de escritorio, junto a una pequeña caja de pañuelos desechables. La silla que se encuentra enfrente de mí todavía mantiene la temperatura corporal de la mujer que estaba sentada en ella. Aún puedo sentir en el ambiente su perfume, con un sutil toque cítrico.

Permanezco sentado frente a un teclado. Todo lo que voy a plasmar en estas líneas, probablemente sea producto de mi imaginación. Palabras colocadas en cierto orden, que, darán vida a una historia. Una historia ficticia que tan solo habrá existido en mi cabeza.

O quizás, podría ser el efímero testimonio de la persona que sentaba frente a mí hace escasos momentos, que, debido a una serie de actos fortuitos, pudo salir con vida de una situación dantesca. Fuera como fuere, tan solo lo más valioso que tenemos todos los humanos, se encargará de descifrarlo. El tiempo.

La garganta del Sil

No había ni rastro de su ropa, se despertó vestida con una bata de algodón, amarillenta y vieja. No pudo evitar, pellizcar la tela y acercarla a su nariz. Notaba un fuerte olor picante, penetrante y característico de alcanfor. Miraba a su alrededor y empezaba a entrar en pánico. Permanecía aterrada, fácilmente podía vaticinar que nada bueno le podría suceder en la situación en la que se encontraba. En el interior de la celda, tan solo una cama con un extraño agujero en la parte superior, todavía con algún resto de cabello quemado. En las paredes de ladrillo macizo, lo único que podía observar eran las viejas tuberías que usaban en su día para suministrar agua a los cerdos, repletas de excrementos de roedores en la parte superior, además de alguna cucaracha correteando por el suelo de cemento fratasado. Nada más había en la habitación, salvo un viejo orinal metálico al pie de la cama, revestido con porcelana y con varios golpes debido al desgaste de los años. Se desplazaba con pasos tímidos de un lado a otro del habitáculo. El haz de luz que entraba por el angosto hueco de la ventana marcaba el polvo en suspensión que iba levantando con sus reducidos pasos. En un gesto de desesperación, se le ocurrió desplazar la cama con la finalidad de tener una vista más elevada, y así, poder asomarse al exterior. Los barrotes de hierro de la minúscula ventana permanecían en perfecto estado, tiraba con todas sus fuerzas de ellos, pero sin éxito alguno. Se levantó agarrada a uno de los hierros, ayudándose con sus piernas, colocando delicadamente la punta de los pies entre las juntas de los ladrillos macizos para asomarse por el hueco. En el exterior tan solo la custodiaba un gran número de árboles frutales; la mayoría ciruelos. Ante la disyuntiva de quedarse completamente en silencio observando el perímetro de su alrededor, o pedir auxilio a todo grito; optaba por implorar socorro.

—¡Ayuda, por favor, ayúdenme! ¿Alguien me escucha? — sus ojos se movían en todas direcciones mientras su cuerpo empezaba a temblar debido al gran esfuerzo que estaba haciendo para sustentarse en alto.

Cuando se dio cuenta de que por más que gritara nadie la escucharía, tan solo algún pájaro, se derrumbaba y se dejaba caer, para quedar acostada en la cama cogiéndose la cabeza y negando la realidad mientras jadeaba.

(Varios días antes…)

Unas manos, unos guantes, un pequeño horno de fundición y un individuo. Todo esto se sumaba a una acción. Una acción, que distaba bastante de ser usual. Un intenso calor, propiciaba que trozos de algún metal, se derritieran con bastante facilidad. La poca luz que sobresalía del pequeño horno de fundición vagamente dejaba ver un rostro. Alguien que cubría su cuerpo con un delantal plástico, fundía plomo, seguidamente lo vertía dentro de unos moldes con forma de cruz. Rodeado de cuatro paredes, en algún sitio apenas iluminado, los quitaba de los troqueles y los dejaba reposar en una estantería metálica.

Al mismo tiempo, relativamente cerca de allí, las luces estroboscópicas de las atracciones de una feria se reflejaban en los cristales de un hospital psiquiátrico de Ourense, traspasándolos, hasta dibujar con colores las paredes de las habitaciones. A este lado de los vidrios, toda la diversión de la feria quedaba atrás, tan solo las luces acompañaban a el interior del centro, en el cual, la fiesta y las sonrisas ya no estaban tan presentes. En la cuarta planta, un largo pasillo central, separaba a ambas partes diferentes puertas, unas de personal sanitario, color gris oscuro y el resto de los pacientes, ceniza claro.

Un enorme grito de angustia se escuchó en la habitación 432, hasta tres veces se repitió, después un llanto lo seguía. La pasividad de todos hizo que volviera a gritar, ahora con un tono más vigoroso. Una paciente permanecía atada. Las correas en las muñecas le habían formado llagas y empezaban a supurarle las heridas. El área de enfermería de esa planta permanecía vacía. Una enfermera se atiborraba de comida rápida, sentada en la sala de descanso, un par

de bolsas de papel y envases vacíos eran la única muestra que iba quedando de ello. Por el momento, aún no era obesa. Aparentemente estaba cumpliendo el turno de la noche en la clínica psiquiátrica. Con las manos pringosas debido a varios tipos de salsas, cogía el vaso de refresco con sus dedos meñiques.

En ese mismo instante pasaba por delante de ella Laura, con un pequeño carro de acero inoxidable. Ella sí, sí que estaba cumpliendo con su tarea. En la parte superior portaba medicinas y en la parte inferior alguna sábana, junto con la ropa de cama de los pacientes, que llevaba un estampado con el dibujo de pequeñas pajaritas de papel, de varios colores.

—¡Anda, ve y pínchala, a ver si se calla de una maldita vez! —mandaba a la joven aprendiz a ejercer su trabajo, quería terminarse tranquilamente la comida—. ¡Todas las malditas noches igual!

—Sí. Voy —Laura hundía levemente su mentón entre su pecho. Abandonaba su ruta y se dignaba a obedecer a aquella compañera grosera y mal hablada. Al menos durante la poca relación que había mantenido con ella hasta el momento. Cogía la pequeña bandeja que ya tenían preparada para estos casos y la colocaba en el carrito de acero.

Laura era una chica joven, de rasgos mestizos y ojos oscuros, dirigía su cuerpo atlético con pasos titubeantes hacia la habitación 432. Llevaba apenas unos días en su nuevo puesto, no tenía nada claro lo legales que serían esas prácticas, pero no estaba en situación de armar mucho follón; pensaba que cuando más desapercibida pasara, mejor le iría. Parada delante de la puerta, mientras aquella mujer aún seguía gritando, cogía una pequeña bandeja con medicinas y una inyección. Al entrar en la habitación, un cuadro

decorativo se hallaba en el suelo, sumado a un puñado de finos cristales. Pudo observar que faltaba algún fragmento. Evidentemente, alguien lo había tirado al suelo. Cuando levantó la mirada, sus ojos reflejaron una imagen nada agradable. La compañera de habitación de la paciente de la 432, harta de escucharla gritar y con demencia, permanecía arrodillada encima del pecho de la mujer que suplicaba auxilio, le estaba intentando cortar la lengua con frenéticos movimientos agarrando un pequeño trozo de cristal. La sangre estaba por todos lados, la mujer que estaba agrediéndola, llevaba cortes graves en las manos, agarraba el cristal con una fuerza desmesurada, sin control alguno. Por otro lado, había llevado a la mitad su cometido, había cortado casi por completo la lengua a la paciente que permanecía atada, dejando otro reguero de sangre por toda su cara y su ropa de cama. Cuando la enfermera en prácticas, Laura, irrumpió en la habitación, la agresora estaba en estado de euforia, como poseída, como si alguien o algo mandara sobre sus movimientos perversos. Paró por completo lo que estaba llevando a cabo y giró el cuello con un movimiento lento, quedándose inmóvil, mirando fijamente a la aterrada becaria. La agresora, llevaba diminutas gotas de sangre por la toda la cara y por el pelo encrespado.

Laura soltó un grito y su pavor dejó caer la bandeja que sustentaba con sus inexpertas manos al suelo y se quedó paralizada. Como un pobre gato cuando ve unas luces directas sobre sus pequeños ojos mientras cruza la carretera, inmóvil esperando a ser arroyado. Segundos después entró la compañera y con su considerable experiencia junto a su envergadura se abalanzó contra la agresora, derribándola en el suelo. Mientras la mantenía inmovilizada sacaba unas bridas de su bolsillo y la maniataba con cierta destreza.

—No te preocupes, no será la última vez que veas algo así, aquí pasan muchas cosas. Cuando digo muchas, son muchas. Sí. Sí —se quedaba asintiendo con la cabeza unos segundos y tranquilizaba a Laura al mismo tiempo que aún permanecía sujetando a esa mujer, con el cuerpo tendido en el suelo con la cara hacia abajo y su imponente cuerpo aplastándola.

Laura, nerviosa abandonó la habitación, las manos aún le temblaban cuando estaba contándole todo lo que vio a su jefa de planta, que a la misma vez iba anotando todo en una hoja de incidencias cogida con una pequeña pinza a una tableta de madera de balsa.

—Entonces, ¿dices que el trozo de cristal lo consiguió del cuadro? —su superiora levantaba la mirada sin mover la posición de la cara, mirándola por arriba de los cristales de las gafas, con una expresión agria y un lenguaje áspero.

—Sí, cuando entré ya estaba roto, en el suelo, se habría cortado separándolo, ya había sangre en los otros cristales, no sé, o quizás le daría un puñetazo —Laura no entendía el porqué de tanta pregunta, se estaba poniendo a la defensiva, los gestos de su cara lo evidenciaban.

—Eh, tranquila, esto solo es protocolo, tengo que anotar todo lo sucedido, nada más.

—Vale, de acuerdo, es que ha sido violento, la imagen no se me va de la cabeza —era muy aprensiva, aún tenía en mente aquella mujer tirando de la lengua, con cara de sádica e intentando cortársela.

—Tendrás que ir acostumbrándote, esto es un hospital psiquiátrico, tienes que estar preparada para cualquier cosa, estos pacientes, como es comprensible, no son nada predictivos.

—Sí, entiendo —aún estaba temblando, solo pensaba en terminar e irse cuando antes a la cafetería.

Ese incidente, dio que pensar a Laura, ahora miraba con otros ojos a todos los pacientes al mismo tiempo que caminaba por el pasillo en dirección al ascensor, pasando por las puertas de las habitaciones y por una pequeña salita en donde se sentaban periódicamente en grupo.

Capítulo 1 (Laura)

Laura, a sus 24 años, empezaba a hacer prácticas de enfermería en el centro privado. Esa noche, se quitó la ropa de trabajo color lila con más ganas de lo habitual. Antes de salir del edificio, sus manos ya sustentaban las llaves de un viejo Ford Fiesta gris oscuro, compartido con su madre. Era de estatura media. Mientras se regulaba el espejo retrovisor interior, este mismo le devolvía su rostro de cara alargada y mirada decidida, dejando ver un par de hoyuelos, que, no son más que una muesca visible causada por la piel subyacente que se forma en las mejillas. Un fenómeno bastante común.

El camino de vuelta a casa era tranquilo, más aún, si cabe a esa hora. Por regla general, solo se cruzaba con un repartidor de pan que salía de Raminares en dirección a Ourense, cargado de pan recién horneado en la parte trasera de una vieja furgoneta de un verde militar, que se fundía con toda aquella vegetación frondosa con suma facilidad. Conocía de sobra su furgoneta, incluso se hacían luces siempre que se cruzaban. Pasados unos quince minutos giró la llave del vehículo para apagar el motor, era el tiempo que la separaba del pequeño pueblo donde vivía, junto con su madre.

Se acercaba caminando a una casa modesta, con un porche pequeño, un poco destartalado debido al paso de los duros inviernos. Unas petunias acompañadas de más plantas predominaban la pequeña entrada, acompañaban al caminante hasta una modesta puerta de roble vieja. Un pequeño cercado azul claro enmarcaba la puerta y las ventanas, era lo único que resaltaba en toda la fachada de color blanco roto, la cual empezaba a descorcharse; ya demandaba una mano de pintura. Se acababan de mudar. La casa donde habían vivido siempre le traía malos

recuerdos, su padre estuvo enfermo y dependiente varios años, debido a una enfermedad degenerativa, la cual se les hizo muy dolorosa a todos. No por el dolor físico. No, para nada. Se trataba de Alzheimer. Fue un dolor que para nada les produjo ningún tipo de afección fisiológica. Aunque, para la pobre Laura, fueron los peores años de su vida, cogiéndola por sorpresa y en plena adolescencia. Sí, sin duda alguna, motivos suficientes para cambiar de casa y empezar de cero.

Abrió la puerta muy despacio, con máximo sigilo, no quería hacer ruido, tenía que ir sorteando las cajas que había por todos lados. El caos y el desorden se estaban alargando. La mudanza se les estaba haciendo pesada, ya que tuvo que empezar las prácticas antes de lo esperado. Una baja de enfermedad sumada a una llamada telefónica antes de lo esperado, forzaron la situación, presionándolas a apremiar el traslado. Laura tenía dudas, pero finalmente y con el respaldo de su madre, decidieron mudarse a Ourense, para concluir apadrinadas por un pequeño pueblo encantador. Raminares.

—Buenos días, cariño, ¿cómo ha ido la noche? —su madre la llamaba desde el baño, el de la planta superior. Enmarcaba su cara un viejo espejo roto, con una grieta transversal, devolviéndole la mirada con un cepillo en la mano. Asunción, con pelo canoso y nariz redondeada. Resaltaban sus grandes ojeras, era obvio que necesitaba descansar, la mudanza también estaba causando mella en su madre.

—Bien, bien, bueno regular.

—Ven, cuéntame —la conocía de sobra. Una madre conoce los sentimientos de sus hijos tan solo con observarles el rostro y este no era un caso aparte.

—Pensaba que aún dormías. Esta noche ha sido muy extraño todo, no sé si tendría que haber hecho las practicas ahí —mientras se sentaban en la pequeña mesa del salón, Laura estaba recordando que también tuvo la opción de ir a una clínica de rehabilitación.

—Ya te dije que, en un psiquiátrico los pacientes son impredecibles —su madre había trabajado varios años limpiando en uno de ellos y sabía de primera mano lo que estaba diciendo. Sin duda alguna había sufrido en sus propias carnes un sinfín de incidentes —. A mí me daría como para escribir un libro entero.

Laura no quiso preocupar a su madre y decidió decirle una mentira piadosa, quitando hierro al asunto y contándole vagamente la mayoría del incidente, obviando casi todo lo que pasó aquella noche. Decidió engañar al sueño. Se tomó otro café bien cargado, para poder así, ayudar a su madre con las cajas. Cogiendo una de las últimas, se le resbaló de las manos, cayendo en el suelo, acompañada de un ruido fuerte y seco. El fino cartón se desgarró por la unión de celofán, esparciendo multitud de objetos por el viejo suelo. Lo que se diseminó por aquellos azulejos de gres, la hizo detenerse, quedándose inmóvil, mirando al suelo fijamente. Una avalancha de recuerdos se apoderó de su mente, no pudo evitar postrarse delante de toda aquella reminiscencia. Se trataba de su caja de recuerdos, su madre había vaciado su baúl, colocando todo en esa caja.

Se acercó al pecho con especial afecto un desgastado collar de perro al mismo tiempo que una lágrima solitaria bajaba por su mejilla. Le recordó a la perrita abandonada, que quiso ayudar cuando apenas tendría nueve años. Un gigante con ruedas la atropelló delante de sus inocentes ojos, mientras merodeaba por la puerta de su casa. No fue más que una pequeña camioneta, y la

perra, un cachorro, aunque a ella, tan pequeña, se le encogió el corazón. Decidió adoptarla y cuidarla. Pasado todo un ciclo escolar de muchos cuidados se recuperó por completo y fue un miembro más de su familia, hasta que hacía escasos inviernos. La vejez le arrebató la vida. Dejando un sentimiento de vacío enorme en ella, que todavía estaba a flor de piel. También había quedado desparramado un viejo y desgastado diario. Unas muñecas que permanecían perfectamente vestidas. Cerraba los ojos al mismo tiempo que pasaba su dedo pulgar e índice por el pelo de esos juguetes, ahí se transportó a su habitación, cuando no tendría más de siete años. Se veía a ella misma de niña, sentada en un suelo de moqueta azul cielo, con las paredes de su habitación empapeladas, con los dibujos de unos osos de peluche marrones y un lazo rojo en el cuello. Se recordaba intercambiando la ropa a esas dos en especial, que eran sus preferidas. Cuando abrió los ojos, otro objeto le evocó aún más nostalgia que los otros, se trataba de un pequeño álbum de fotos, de todo su ciclo escolar y universitario. Un cúmulo de recuerdos la enternecieron, aniversarios, excursiones, celebraciones de finales de curso e infinidad de momentos. En una instantánea de tantas, se quedó repasando en su archivo mental a todos y cada uno de sus compañeros. A la mayoría no los había vuelto a ver, solo mantenía el contacto con una chica, la cual se sentaba al lado suyo.

—Cariño, te has quedado atontada, terminemos ya, si te parece lo dejamos por hoy, estoy agotada.

—De acuerdo, yo debería de acostarme, esta noche también tengo turno —contestaba a su madre sustentando aún el álbum de fotos, las imágenes la transportaron al pasado y notaba una sensación muy agradable.

Ese día, se fue a descansar después de su ducha, cuando permanecía ya acostada, se durmió repasando aquellas fotos, recordaba que tuvo una infancia muy feliz, se acordaba prácticamente de todos y cada uno de sus compañeros, incluso sus segundos apellidos, solo le perdía la pista a un par de ellos, con los que nunca tuvo mucha relación. Los parpados se le cerraron cuando sus retinas reflejaban sus vivencias universitarias con compañeras e inclusive con profesores, sobre todo uno en especial.

A las escasas horas de estar durmiendo, empezaba a sudar y a mover las piernas de un lado a otro. En su mente, aparecía ella corriendo. Intentaba escapar de una niña adolescente que la perseguía, con una gran herida en la cabeza, la sangre le manchaba por completo todo un lado de una bata blanca. La adolescente, perseguía a Laura, ya en edad adulta. Esa pesadilla se repetía en su subconsciente a menudo, esa y otra pesadilla, la acompañaban muchas noches, no dejándola descansar casi ningún día.

Sonó una alarma programada en su teléfono móvil, era un tono muy fuerte e irritante, se veía obligada a aplicarlo, ya que por el día siempre había algo de bullicio en la calle, o su madre con el televisor encendido; necesitaba que se escuchara fuerte ya que le costaba despertar. Su celular anunciaba en la pantalla que eran las 20:47, extendía su brazo sin mirar, como cada día. Lo tenía programado para que, con solo moverlo se detuviera y repitiera el sonido a los cinco minutos. Ese día descansó bastante mal, le costó mucho dormirse, no podía quitarse la imagen de aquella mujer enferma, agrediendo a la otra, además de la maldita pesadilla.

En las dos plantas de la casa aún reinaba el desorden, ya llevaban varios días con la mudanza. Los viejos muebles carcomidos que la antigua propietaria quiso restaurar quedaron perfectos, le daban un

carácter fuerte al hogar. Ahora la mayoría estaban cubiertos de objetos, que poco a poco iban encontrando su lugar. Laura y su madre terminaban de cenar en la pequeña mesa redonda que separaba la cocina abierta del salón, con el televisor de fondo, el apartado meteorológico anunciaba chubascos intermitentes por la zona.

—Acuérdate de coger paraguas, últimamente no fallan en las predicciones.

—Me dejé uno en el maletero, siempre lo llevo —retiraba los platos de la cena e iba a la cocina para dejarlos en el fregadero.

—Déjalo cariño, se te hace tarde, ya me ocupo yo.

Se preparaba una pequeña bolsa térmica con sus neceseres cuando su madre se acercaba a la cocina.

—Hija, acuérdate de donde estás en cada momento. No tienes que hacer de tu trabajo nada personal, solo son pacientes enfermos y sí, debes tenerlo presente en cada momento, también estar preparada para que se comporten de manera inesperada en cualquier instante. Recuerda no darle la espalda a nadie, en ningún momento, no quiero asustarte, pero he visto muchas cosas en los diez años que trabajé en aquel maldito sitio.

—Sí, mamá, no te preocupes, me voy que se está haciendo tarde —se despedía cerrando la puerta y con las llaves del coche en la mano.

Había empezado a llover, nada fuerte, apenas mojaba la calle debajo de los coches estacionados, pero a lo lejos se iluminaba el cielo debido a la tormenta eléctrica. Caminaba en dirección al viejo

Ford fiesta cuando, los pequeños mechones que se le escapaban del recogido del pelo se les levantaban debido a pequeñas ráfagas de viento intermitentes. Además, el olor de alcantarillado llegaba hasta su nariz. Se notaba que la tormenta era inminente. No le hacia ninguna gracia conducir con lluvia y menos aún fuerte. Eso, de manera inconsciente, la hacía llevar una conducción más rápida. Más aún cuando el cielo iluminaba su cara en el ocaso, debido a la furia de la tormenta eléctrica y cuando se daba cuenta levantaba el pie del acelerador.

Nada más llegar al trabajo, al abrirse las simétricas puertas del ascensor, posaba los pies en la cuarta planta, cuando vio a una anciana completamente desnuda. Con las piernas muy delgadas y el abdomen hinchado, iba merodeando por el pasillo central, gritando.

—¡Manuel!, ven, acércate no, no lo tires, de eso ni hablar —hablaba a nadie, mirando al suelo y caminando en círculo.

Laura, aún sin colocarse el uniforme de trabajo, cogió a la anciana por el brazo, acompañándola al área de enfermería de la planta.

—Hola, no te preocupes, es inofensiva —una compañera de ella le hablaba desde atrás.

—Estaba en las puertas del ascensor, sola.

—Tranquila, la acompaño, es la de la 401, algunos días hace esto, cuando van a lavarla, se escapa.

Laura se dispuso a caminar en dirección a la habitación que hacían usar de vestuario <<empezamos bien el turno>>pensó mientras se acercaba a los casilleros. Al abrir su taquilla, en la puerta, recolocaba una fotografía de su padre difunto, en la imagen estaba

ella con unos 20 años, acompañada de él, en un parque de atracciones. Se besaba los dedos índice y corazón, para posteriormente deslizarlos suavemente por el rostro de su padre. El centro hospitalario, relativamente nuevo, dotado de cinco plantas y un sótano, cargaba con bastantes defectos de construcción. En la entrada principal, varias cintas bicolores de señalización sumadas a plásticos semitransparentes que iban del techo hasta el pavimento delimitaban zonas en reparación o modificación de las mismas.

Al acercarse a su puesto, caminaba hacia ella sorteando una zona delimitada y mirándola fijamente una chica joven. Un poco pecosa y pelirroja. Iba mascando chicle, con el cabello recogido, un bolígrafo se le asomaba de la coleta del pelo y calzaba unos zuecos de espuma color rosa intenso.

—Hola, a partir de esta noche, seré tu compañera, la que estaba en esta planta se dio un golpe en el codo, al parecer hubo un incidente y se hizo daño —sonreía y le extendía la mano cordialmente, parecía buena persona, los rasgos de su cara le transmitían tranquilidad.

—¡Estaba yo presente! —contestó con tono fuerte y nerviosa —. Hola soy Laura, sucedió cuando entraba yo a la habitación.

—Me han dicho que a la mañana siguiente tenía molestias, le han dado la baja.

—De acuerdo. ¿Y tienes nombre? —Laura le sonreía, le parecía a primera vista muy buena chica, su cara y su carácter le daban confianza.

—Clara, me llamo Clara —parecía que se llevarían bien, también le entró Laura por los ojos —. Escúchame, me fijé en cómo

te hablaba la jefa. Menuda prepotente. Si te sirve de consuelo, casi nadie se lleva bien con ella. Aún así no entiendo por qué te hablaba tan cortante. No le hagas caso —. Se mostraba muy simpática con la nueva muchacha.

Un reloj digital colgaba de la pared del control de enfermería, anunciaba las 22:03. Laura cogió el carrito de acero e iba con su nueva compañera a hacer la ruta de las medicinas nocturnas, muchas de ellas para ayudar a conciliar el sueño a muchos pacientes, eran casi imprescindibles para que las noches fueran relativamente tranquilas. Empezaba a conocer a los pacientes, la mayoría eran muy tranquilos, ella pensaba que se debería a los fármacos. En una habitación permanecía un individuo, bastante singular, era un tipo robusto, de nacionalidad francesa con mucho pelo en todo el cuerpo, se le notaba que ni siquiera la bata hospitalaria llegaba a tocarle la piel, el bello de la espalda se lo impedía, también se le asomaba por el cuello. No hablaba ni miraba a nadie a la cara, nunca.

—Hola, soy Laura

—No te esfuerces, no te responderá. Desde que estoy aquí que no he escuchado su voz, parece mudo, aunque me han dicho que no lo es.

Seguían su ruta, en la siguiente estancia, un metro con noventa y siete centímetros de paciente estaba orinando en los pies de la cama.

—¡Roberto!, ya me tienes harta, ¿otra vez? —la compañera de Laura, con un gesto rápido e intuitivo, tiró la carpeta que llevaba en las manos encima de la cama, agarraba el paciente por la espalda y lo obligaba a ir al baño. Mientras este, con el pene en la mano, iba orinando por el suelo, hasta el inodoro.

—¡No, no, van a venir a por mí, a por todos, arderéis todos, los he visto! —el paciente gritaba y lloraba, se resistía a orinar en el inodoro.

Era enorme, pero Clara se lo manejaba con suma facilidad. Laura llevaba reflejada en su cara la falta de experiencia estaba impresionada.

—Ven, no te quedes parada, ayúdame a sujetarlo, no te hará daño, pero no te confíes. Según él, van a venir los demonios a castigarnos a todos, para protegerse tiene que orinar en la cama, se lo han dicho las voces.

—Vaya —se quedó sin más palabras mientras se acercaba a ayudarla, al mismo tiempo le llegaba a su nariz el olor penetrante del orín de aquel hombre e iba sorteándolo con los pies.

Una vez el paciente tranquilo y con el medicamento, Clara llamó para que fueran a cambiarle la ropa de cama y limpiaran todo aquel desaguisado. Seguían avanzando por el pasillo. Las paredes de este estaban revestidas con azulejos de gres, de un gris muy apagado. El suelo, antideslizante, seguía la misma tónica, nada de colores fuertes ni llamativos. Se podía apreciar el desgaste del pavimento, en las zonas más transitadas, como el acceso a las habitaciones o el centro del pasillo, allí había perdido el brillo por completo; otra partida defectuosa de la obra relativamente nueva. El resto de pared lucía un blanco roto, muy apagado. El único color vivo que destacaba en todo aquel largo pasillo, eran las instalaciones contra incendios y los pequeños carteles verdes, que señalaban las salidas de emergencia. Al entrar en la correlativa habitación, una de las dos camas se encontraba vacía, una mujer de mediana edad permanecía inmóvil, frente a la ventana, observando las luces de la feria con mirada apenada.

—Vamos Rosa, sabes que es hora de que estén todos acostados.

—Sí, sí, lo se Cielo, ya voy —la paciente se daba la vuelta y se dirigía a su cama, obedeciendo a regañadientes a Clara —. Si tuvieras tú la culpa de todo esto… —se acostaba ofreciendo una leve sonrisa a Clara, mirándola ahora con dulzura.

—Anímate mujer, que esta semana te dan el alta —la ayudaba a arroparse, era evidente que se tenían especial afecto.

—No me lo recuerdes, aún tiene que pasar entera —se quedaba mirando la ventana fijamente y sin mediar palabra.

De vuelta al pasillo central, se escuchó un ruido estremecedor, acompañándolo una luz deslumbrante, se trataba de un rayo, había impactado muy cerca del centro. En cuestión de segundos se cortó la corriente eléctrica. Las tenues luces de emergencia apenas las dejaban moverse por el pasillo.

—No pasa nada, ahora se encenderán las luces, en el sótano hay una habitación entera destinada para estos casos, se trata de grupos electrógenos.

—Bueno, espero que no tarde —Laura caminaba despacio, anteponiendo sus manos a cada paso.

—Pues ya te anticipo que no es normal, siempre se conecta inmediatamente y tendría que estar ya conectado y funcionando. Apenas tarda unos segundos en reestablecerse la corriente.

Poco a poco sus ojos se iban acostumbrando a las tenues luces cálidas de emergencia y podían al menos ver con cierta claridad. Los pacientes empezaron a salir de las habitaciones. El pasillo se

convirtió en un mercadillo, el caos reinaba en ese momento. Las enfermeras, desbordadas, no podían asumir esa situación. Laura estaba pasándolo realmente mal, los sujetos merodeaban a su libre albedrío por todas partes y empezaban a preguntarles todos a la vez, e incluso algunos gritaban sin control. Laura se cogió la cabeza tapándose los oídos, sin duda alguna no estaba preparaba para abordar esa situación. Mientras aún mantenía los ojos cerrados y se tapaba los oídos, la corriente eléctrica se reestableció. Nada más regresar la luz, como si le hubieran leído la mente, todos los pacientes regresaban en silencio y de forma ordenada a sus respectivas habitaciones <<menos mal, que cuadro había aquí montado joder>> pensaba Laura mientras se quedaba perpleja viendo cómo se marchaban todos al unísono.

Terminando la jornada, apenas empezaba a salir el sol tímidamente, ya se estaba quitando la ropa de trabajo frente a la taquilla, con ganas de poca broma.

—Una noche movidita la de hoy —Clara le hablaba desde la otra parte de la habitación, quitándose la ropa de trabajo con una ligera sonrisa.

—Espero que no sean todas las noches como esta —sus labios dejaban ver una tímida sonrisa forzada, como si dos marionetas estuvieran tirando de sus labios con dos hilos. Lo había pasado bastante mal.

—No te preocupes, esta noche ha sido atípica, de hecho, en los cinco años que llevo aquí, nunca había pasado algo parecido, el motor auxiliar de luz siempre ha funcionado a la perfección, seguro que vendrán a primera hora a revisarlo.

Laura se montó en su coche con ganas de llegar a casa y descansar. Tiro de mala gana la pequeña mochila que llevaba en el asiento del acompañante e inició la marcha con cierto apremio. Nada más abrir la puerta de su hogar, vio a su madre que estaba terminando las últimas cajas. Sintió alivio, necesitaba terminar cuanto antes la maldita mudanza.

—Hola cielo, ¿qué tal la noche?

—Una locura —se quedó un instante pensando lo que había dicho mientras dejaba ver una sonrisa—. Aunque claro estoy en un manicomio —. Se echaron las dos a reír, como ya hacía tiempo.

—Así me gusta hija, que te tomes tu trabajo con un poco de alegría —la miraba a los ojos mientras sonreían las dos.

Laura se dispuso a hurgar en la nevera para poder matar su hambre e irse a dormir cuanto antes, solo pensaba en tumbarse en su cama y descansar. Así lo hizo, su habitación estaba orientada a oriente, penetraban tímidamente los primeros rayos de luz y bajaba por completo la persiana. Pretendía descansar bien esa mañana. Su claro propósito era ese, aunque no lo conseguiría. Apenas una hora después, se despertó empapada en sudor. Una pesadilla la obligó a levantarse para secarse e ir al baño. Estaba soñando con el incidente de la noche anterior. En el sueño deambulaban varios de los pacientes del centro psiquiátrico por el pasillo central, se acercaban de manera ordenada hacia la ventana del fondo, a escasos centímetros de donde estaba ella. Pasaban por su lado, podía sentir incluso como la rozaban. La miraban fijamente a la cara mientras se iban dejando caer todos al vacío. Ella intentaba detenerlos, aunque sin éxito. Gritaba y nadie la escuchaba.

Se acostó de nuevo e intentaba concentrase en dormir y quitarse ese mal sueño de la mente, que la había hecho pasar unos momentos lamentables.

Capítulo 2 (Natalia)

Una mujer de unas cinco décadas limpiaba una cocina y unas prendas de ropa, de una manera un poco excesiva. Vestía con una bata de seda natural de color negro, con un sutil estampado de flores blancas e iba equipada con unos guantes de látex, de uso común, azules y amarillos de bastante grosor.

La casa donde residía con su esposo, a las afueras de Ourense, en una zona residencial, era de las más lujosas de la zona, todos los vecinos los conocían debido a los excesos de la vivienda. Con sus seis mil metros cuadrados de parcela, no faltaba detalle, con sus tres piscinas, estanque japonés, pistas de tenis y todo tipo de lujos. Desde el aire se podían observar varias casas de invitados. En el medio de todas ellas, una casa de tamaño muy considerable, dotada de una claraboya central, la cual ocultaba una piscina cubierta en el suelo, separando dos largas alas. Esta misma, con fachada acristalada en la mayoría, con un toque sutil de hormigón, ocultaba revestimientos portentosos traídos desde todo el globo. Era una casa con inmensidad de luz y una enorme zona exterior destinada para las fiestas que celebraban con los amigos. Ella miraba a ese patio con nostalgia, hacía bastante que ya no tenían vida social con ninguno de sus amigos. La mayoría estaban fuera o separados. No obstante, ahora cabe hablar de Natalia.

Ese día, era festivo y carecía de todo el servicio. Estaban solos en casa. Su cara redondeada denotaba angustia, como preocupada. Una vez el mármol impoluto, limpió un bote de cristal. Los mechones de pelo se le escapaban del pañuelo que se había colocado para recogérselo mientras limpiaba. Natalia era una mujer con carácter y de oficio. Gerenciaba una consultoría. Sus cabellos dorados y piel delicada contrarrestaban con su carácter. Si tenía que perjudicar a

alguien por su propio beneficio, no dudaba en ningún instante. Sin embargo, los rasgos de su cara no aparentaban eso, parecía una mujer enternecedora, aunque su comportamiento, en muchas ocasiones no fuera muy ético, sin preocuparle para nada las consecuencias de sus actos en la repercusión de otras personas. Una vez estaba todo desinfectado, alargó la mano hasta su bolso, con la finalidad de sacar su teléfono móvil. Su dedo pulgar se deslizaba por la pantalla táctil, primero el 1, seguidamente lo pulsaba de nuevo, a continuación, un 2, para terminar, pulsaba llamar.

—112 ¿En qué puedo ayudarle?

—Ayúdenme, se lo ruego. Por favor, mande una ambulancia —hablaba muy nerviosa, atarantada. Nada que ver con su comportamiento de hacía escasos minutos.

—Dígame, ¿qué emergencia tiene?

—Mi marido, mi marido, he entrado en casa y lo he encontrado inconsciente en el suelo, no responde, puede que no respire. ¡Ayúdeme!

Dejó caer el teléfono encima de la encimera, mirando a su marido y mordiéndose el labio inferior. Segundos después cambió por completo la expresión de su cara, sacó un cigarrillo del bolso y le prendió fuego. Miraba a su difunto marido con los brazos entrelazados y sujetando el pitillo. Levantaba las cejas, con carea de pasividad. Él llevaba peor pinta, permanecía tumbado en el suelo bocabajo, con el rostro hinchado. Acababa de sufrir anafilaxia, que no es más que una reacción alérgica grave, además potencialmente mortal. Normalmente a consecuencia de picaduras de insectos, en su mayoría.

Un par de semanas antes de suceder todo esto, Natalia, entró en casa más pronto de lo habitual. Las paredes de su hogar, en ese momento rebotaban el sonido de los altavoces del hilo musical. Se escuchaba por donde iba pasando la canción de "Falling in Love". Subió a la planta superior para dirigirse a su habitación y para su sorpresa se encontró lo que nadie desea. En los pies de su cama deshecha, una traición con forma de objeto se hallaba en el suelo para clavarse en sus retinas. Un sujetador, que evidentemente no era suyo. Sigilosamente se acercó a la barandilla de cristal transparente que separaba el cambio de altura entre el pasillo superior y el salón. Permanecía escondida detrás de una escultura que le portearon desde Argentina, en un viaje de tantos, cuando tuvo los mejores momentos de su vida con su marido y veintisiete años de su vida se desmoronaban, como un castillo de naipes. Su marido, acompañado de una compañera del trabajo, reposaban desnudos en el sofá. Él, con un brazo extendido y ella sesteaba con la cabeza en su pecho.

Natalia, con mucha frialdad, se mantenía inmóvil, paralizada por completo, observándolos desde su altura privilegiada para ese momento. Su marido, pasados unos segundos, despertaba a la acompañante.

—Te has quedado dormida, vamos, no podemos quedarnos más tiempo.

—Déjame, un poco más —murmuraba con los ojos aún cerrados y restregando su mejilla contra su pecho.

—No, vamos, no tenemos tiempo de explayarnos.

—Pero ¿vas a dejarla o no? Siempre me dices lo mismo y no haces nada.

—Ten paciencia, joder. Necesito atarlo todo bien. Si no, se va a quedar con todo, tengo que hacer que me deje ella.

—Bueno, a ver si es verdad. Sí no, voy a pensar que no te gusto —la muchacha, con voz aterciopelada y su juventud a pleno rendimiento, le cogía la mano para llevársela hasta sus tersos pechos, mientras de reojo escaneaba con la mirada toda la fortuna que podría llegar a amasar.

Natalia seguía en la retaguardia. Esa conversación le hizo más daño que la imagen que presenció, ahora entendía el cambio de comportamiento de los últimos meses. Su marido deseaba librarse de ella. Sin pensarlo dos veces, se retiraba de su particular atalaya para abandonar con sigilo su papel de vigía, las venas del cuello se le hincharon, la cara se le subía de tono por momentos, aunque, nada más lejos de la realidad, se marchó por donde había entrado, sin mediar palabra. Hacía un tiempo que la relación se había marchitado, de eso ella era consciente. Lo que nunca hubiera esperado era un golpe tan bajo. Fue entonces, mientras bajaba los peldaños de la escalera para irse sin que los amancebados se percataran de su presencia, en ese mismo instante, decidió acabar con su marido. Él era alérgico a la picadura de las avispas. Una tarde, tenía todo preparado, disponía de una avispa en un bote de cristal. Mientras él aún dormitaba ella se acercó a la cama, abrió el bote de vidrio y se lo pegó al cuello. En cuestión de segundos intentaba levantarse de la cama, en busca del antídoto, siempre lo tenía controlado, en todo momento. Aunque no lo encontraría más.

El veneno de la picadura es tóxico, más aún para él, su reacción era muy grave. Cuando la avispa le inyectó el veneno, los primeros síntomas apreciables, no tardaron en aparecer. Se le estaban hinchando la garganta, los labios, la lengua y la boca. Después era el

turno del corazón y los vasos sanguíneos, la presión arterial cayó en picado, finalmente la toxina afectaba a sus pulmones, empezaba a tener mucha dificultad para respirar.

—¿Qué te pasa cielo? no te veo buena cara.

—Ayúdame —apenas podía hablar, tendido en el suelo y levantando la mano.

—Cariño ¿Dónde demonios lo has dejado? —lo miraba sin apenas mover un dedo, haciendo tiempo —. Tiene que estar ahí en tu cajón. Estoy más que segura. Esta mañana lo he visto. Sigue buscándolo, en el fondo.

—No es…—Ya casi no podía moverse ni hablar bien.

—¿Buscas esto? —sustentaba un pequeño estuche en su mano, lo movía ladeándolo y lo miraba a la cara, su rostro declaraba rabia, satisfacción y alegría al mismo tiempo.

—A… —ya no podía ni tan solo articular palabra.

Apenas treinta minutos y la anafilaxia acabó con él, bajo la pasiva mirada de Natalia. Una vez yacía el cuerpo inerte en el suelo, sacaba con unos guantes la solución intravenosa del estuche y la arrojaba cerca del cadáver. Fue entonces cuando, con absoluta frialdad, dejó pasar un tiempo, para cerciorarse de que nada podrían hacer los servicios de emergencia cuando llegaran. Se dispuso a limpiar la cocina y el bote de cristal. Para terminar, llamando al 112.

Los avisos activos de las luces anaranjadas llenaron la casa, la tarde empezaba a caer y las paredes se tintaron con luces intermitentes mientras bajaban por la escalera revestida de madera oscura, el cadáver, ya reposando en el interior de una bolsa. Un

equipo de la policía rellenaba una hoja rutinaria a las puertas de la casa, en el jardín. La mujer del difunto permanecía con ellos de pie y enrollada en una manta. No le dieron mucha importancia, los hechos estaban muy claros, permanecía en casa con la ventana abierta y sufrió la picadura de un insecto, siendo mortal para él debido a la alergia de la toxina en el decesado.

Ella nunca había estado muy cuerda, ahora, que sus ojos se llenaban con la imagen de su marido abandonando la casa con los pies por delante, ahora se derrumbaba y se desvanecía en el suelo, para posteriormente, los servicios sanitarios atenderla a ella. Ese acto le desencadenó ansiedad, después, pasados unos meses paranoia y finalmente locura. Necesitaba ayuda médica, cada vez lo tenía más claro, más aún cuando pasaba cerca de la barandilla y empezaba a tener visiones. Empezaba a notar un pitido tenue en los oídos, que iba en aumento, hasta ser insoportable. Veía entonces a su marido con la amante, permanecían tumbados en el sofá. Abría y cerraba los ojos repetidas veces, en ocasiones él la miraba a ella con el rostro hinchado, también veía a la amante con el bote de la avispa en una mano y la otra sustentando una jeringuilla, acercándose en su dirección, a cada fracción de segundo más cerca, como si se teletransportara, sin caminar, moviéndose como si flotara en el aire y desnuda por completo. Con el rostro ensangrentado y chorreándole entre los senos. Hasta que quedaba a escasos milímetros de su cara, mirándola fijamente a los ojos. Eso le provocaba autentico pavor, salía corriendo de su casa cada vez que sufría alguna crisis. Durante medio año estuvo sufriendo esos episodios, cada vez sumando la frecuencia.

En alguna ocasión mantenía un bote de ansiolíticos entre sus manos, con el cuello ligeramente inclinado y con expresión de angustia, miraba las pastillas con la intención de provocarse una

sobredosis para acabar con esa locura. Natalia ya no aguantaba más, día a día las visiones se repetían con más frecuencia. Entendió entonces que necesitaba ayuda. Una mañana, tomando café con algo parecido a una amiga, le recomendó que visitara al médico de su hermana, la cual tuvo problemas por la pérdida repentina de un familiar no hacía mucho y los resultados según la afectada fueron muy satisfactorios. Cinco fueron las veces que estuvo a punto de llamar, aunque no se decidía. Ya no podía soportarlo, esa noche se acostaba en la cama y se despertaba para ir al baño. Al conectar el interruptor de la luz, se estremecía de un sobresalto.

Veía a un lado de su cama, de pie observándola a escasos centímetros suyos a su difunto marido desnudo, el particular pitido de sus oídos sumado a un zumbido ensordecedor con un enorme enjambre de avispas rodeándole y el rostro desfigurado. A su lado, acostada en la cama y semicubierta con la sábana, se encontraba la amante, con el cuerpo también desnudo, sangriento y repleto de jeringuillas clavadas en el cuerpo y rostro, incluso en los párpados. De un enorme grito, se levantó apresurada, llevándose con ella la sábana enganchada a su pie y tirando al suelo la mesilla de noche y la lámpara, para darse la vuelta antes de abandonar la habitación y ya no ver nada. Permanecía sola y con los muebles desperdigados por el suelo. Aun así, estaba aterrada, ya no distinguía entre realidad y ficción. Huyó de casa a toda prisa con lo puesto. A la mañana siguiente, muy temprano, no tenía duda alguna, se puso entonces en contacto con el doctor Vargas. Mario, la hizo llamar a su consulta para un previo análisis.

—Adelante, pase por favor. ¿Y bien? Cuénteme —estiraba el brazo señalándole su diván para que se acomodara.

—Mi marido. Era alérgico —le costaba soltarse.

—Bien, siga, cuénteme —permanecía con el bolígrafo pegado al papel, dispuesto para ir anotando.

—Traté de darle el antídoto, pero lo cambió de sitio, no pude hacer nada, para cuando lo encontré ya era tarde.

Natalia cargaba con mucho remordimiento, concluía la conversación contando al doctor lo sucedido vagamente y a su interés, pensaba que tampoco resultaría tan relevante esconder algún pequeño detalle. Lo que más le preocupaba eran sus visiones y si podía ayudarle saltándose algún paso, bueno, mejor que mejor.

Al doctor Vargas le bastaron tres sesiones para una primera evaluación psiquiátrica. Debido a sus pensamientos suicidas, decidió internarla en el hospital psiquiátrico de Ourense.

Capítulo 3 (Mario)

Unas manos suaves sacaban artículos de unas bolsas de papel, depositándolos en una alacena. Dejaba reposar los objetos minuciosamente, en ese instante giraba unos 15 grados un bote de legumbres, dejándolo en la misma alineación que los otros y colocándolo con la etiqueta de frente, como todos los alimentos que reposaban en el mueble. Para él era extremadamente importante que quedara todo bajo su control, aún más si estaba a su mano.

—¡Hola Mario, ya estoy aquí! —una mujer de mediana edad con el pelo corto entraba en su casa, cargando con unos documentos. Era la secretaria, la cual se encargaba de llevar su agenda.

—¡Buenos días, estoy en la cocina! —gritaba mientras se recolocaba las gafas con su dedo índice en la parte central, para rectificar hasta tres veces más, de nuevo el bote de conserva. Estaba en las primeras fases, cuando aparecen las primeras dificultades de lectura y separaba el libro a la máxima distancia que les permitía el brazo. Ese era el momento que empezaba a utilizar gafas de cerca. Sufría presbicia, que es un error de refracción que dificulta a la gente de mediana edad y a los adultos mayores a ver cosas de cerca. Se empieza por una dioptría y se va aumentando a medida que no va siendo suficiente. Él aún no se había acostumbrado a las lentes.

Mario era un señor joven, con cuarenta y cinco velas a cuestas, de constitución fuerte, cara con rasgos acentuados y una barba corta cuidada al detalle, castizo, de renombrada familia, nuca había destacado por su carácter extrovertido. Se hallaba en su casa, permanecía todo impoluto, extremadamente ordenado. Encima de los muebles, no había ni tan solo algún pequeño marco de fotos ni

plantas. Solo un televisor se podía ver reposar en uno de ellos, en el mueble central del salón. Se dirigió a la entrada para reunirse con su secretaria, cuando pasaba por la puerta de una habitación, se detuvo, como si hubiera recordado algo. Se metió en su despacho, cogió unos documentos que reposaban encima de la mesa y los partió en pedazos, para seguidamente verterlos en la papelera. Puso cara de satisfacción, como si se hubiera quitado un peso de encima o hubiera terminado una tarea importante. Saliendo, en dirección a la puerta, daba un paso atrás acompañado con un gesto de asombro. Deslizaba el dedo por la parte superior de un cuadro enmarcado para quitarle unas pequeñas motas de polvo. Se podía leer en él: Mario Vargas, DOCTORADO EN PSIQUIATRIA.

En las paredes de su despacho, colgaban varios diplomas más. Nuevamente, todo inmaculado. Destacaba sobre las paredes blancas, un armario empotrado con una caja fuerte repleta de documentos y un cómodo diván con respaldo lateral y trasero para pacientes en un lado, cerca de un sofá confortable para él. El doctor estaba especializado en el duelo, abordaba favorecer la expresión de las emociones en familia, en especial la tristeza, como respuesta al suceso de una pérdida de un ser querido. Trataba muchos pacientes de terapia cognitiva, un tipo de psicoterapia con la que ayudaba a modificar conductas, pensamientos y sentimientos relacionados con situaciones específicas. Generalmente para el tratamiento de trastornos mentales. Derivado a las pérdidas, asimismo trataba a algunos enfermos de autolisis, que básicamente son pensamientos suicidas.

—Mario, acuérdate que le cambié la hora al nuevo paciente. Llega en diez minutos.

—Sí, lo recuerdo —caminaba en dirección a la consulta—. Por cierto, puedes dar de baja a Guzmán. No vendrá más.

—De acuerdo, ahora mismo —ella sabía que el doctor nunca fallaba, si decía que alguien no regresaría a la consulta, por regla general nunca lo hacía.

El pequeño martillo del timbre de la puerta empezó a vibrar, anunciaba la llegada de Álvaro, pasados un par de minutos, sus piernas le acercaban al encuentro con el doctor.

—Hola. ¿Cómo te fue lo que hablamos? —le estrechaba la mano un tipo estirado, bien vestido, con un cordial saludo. Mientras, con la otra le indicaba el cómodo diván, invitándole a que se acomodara plácidamente.

—Mal, muy mal —miraba al techo durante un largo silencio de varios segundos—. La policía está empezando a sospechar de mí.

—Bueno, según tú, no tienes nada de qué preocuparte. Fue un accidente. ¿Verdad?

—Ya te lo dije, te lo conté todo tal y como sucedió, cuando llegué estaba muerta —sus gestos de abrir y cerrar las manos, sumados a mover mucho la mirada mientras hablaba, daban a entender otra cosa.

—Bien, bien, tranquilo —simulaba anotar brevemente la conversación debajo de la fecha, pasando el bolígrafo a escasos milímetros del folio sin llegar a anotar nada en absoluto.

La esposa de Álvaro sufrió un fatídico accidente. A él le estaba costando bastante esfuerzo superar su pérdida. Su mujer disfrutaba de un placentero baño en su piscina privada, mientras permanecía

sola en casa, en una agradable tarde de verano. Desgraciadamente, de forma accidental, se resbaló, dándose un gran golpe en la cabeza en el borde de la piscina. Inevitablemente murió ahogada y de no ser así, hubiera muerto desangrada, debido a la cantidad de sangre que tintó el agua.

—Pero ¿Qué dudas tienen? ¿Acaso han visto algo raro?

—Dicen que después de examinar el cuerpo, no les cuadra mi versión. Que el golpe de la cabeza tendría que estar en un costado. Tienes que ayudarme, yo no he hecho nada —aún permanecía nervioso, ahora incluso más, pequeñas gotas de sudor empezaban a formarse en su frente.

Mario aún no tenía una opinión firme de lo que sucedió aquella tarde de verano, no obstante, su trabajo no era ese, era hacer sentir mejor a sus pacientes con el fin de que cuando se marcharan de su consulta, lo hicieran con mejor estado de ánimo.

—Acuérdate de que yo no estoy aquí para juzgar a nadie, no soy ningún juez ni ningún policía. Solo estoy para ayudarte. Si sucedió algo más, puedes confiar en mí, tenemos un contrato de confidencialidad. Ni debo, ni puedo contar nada a nadie de lo que se habla aquí.

El paciente permanecía callado. Juntaba sus manos y entrelazaba los dedos mirando al suelo. No soltaba prenda. Tan solo miraba al suelo unos incomodos segundos, pero la pasividad del doctor surgió efecto.

—¿Qué estas esperando que te diga?, no me jodas. ¿Qué la maté yo? —sus labios soltaban una risa nerviosa al mismo tiempo

que ladeaba la cabeza una sola vez y la regresaba al sitio, para quedarse mirando al doctor a los ojos fijamente.

—No, solo quiero que me hables de lo que tú quieras contarme.

—La verdad, es que era insoportable.

—Tranquilo, por hoy es suficiente, vete a casa y descansa, nos vemos mañana.

Álvaro, se había declarado, su especialidad hacía que la gente confiara en él, era como un sacerdote detrás de un confesionario.

—Por cierto, nos vemos en mi otra consulta, estaré por allí a partir de mañana —lo llamaba cuando ya estaba saliendo de la consulta. Lo hacía regresar para que cogiera un papel con una dirección anotada.

Después de que el paciente abandonara la consulta, Mario sacó un informe del cajón, aparentemente de Álvaro. Lo dispuso encima del escritorio y empezó a repasarlo con todo detalle. Cuando iba pasando páginas, se detuvo en un párrafo. Acercaba el haz de luz de la lámpara de escritorio para subrayar palabras sueltas. Acto seguido lo cerró de golpe y miraba al frente mientras se recolocaba las gafas, estaba navegando algo en su cabeza. Después de una corta reflexión, acercaba la mano hasta el fondo de su cajón, su mano iba tocando objetos sin encontrar su objetivo. Finalmente abrió el cajón por completo para sacar un encendedor. Prendió fuego a los documentos y los vertía a una papelera metálica mientras las llamas lo consumían en cuestión de segundos. Todo el historial completo de Álvaro se había esfumado, como si nunca hubiera pisado esa consulta. Cuando se agotó el fuego, Mario cogió la papelera y vaciaba las cenizas en el

retrete. Después se colocó el abrigo y agarró las llaves para abandonar la consulta.

Partió en dirección a su casa de campo. Era sumamente grande, con multitud de habitaciones. Fue una herencia familiar, de varias generaciones. No figuraba a su nombre. Figuraba a nombre de una tía de su madre, que residía en Francia. De todos modos, se la dejó a su cargo ya hacía muchos años. La fachada hablaba por sí sola, formada por anchos muros de piedra natural, con una generosa puerta principal de roble, que separaba un par de alas, una para la familia y otra para el servicio e invitados. Un muro perimetral de considerable altura delimitaba la propiedad. No se encontraba en óptimas condiciones, aunque, cumplía de sobra su cometido; al menos hasta la fecha.

En ese momento solo residía él, además temporalmente, no obstante, solía ir periódicamente para cuidar de los perros. Tres hermosos ejemplares de rottweiler campaban a sus anchas por las dos hectáreas de terreno. La noche había ganado por completo al día y en el exterior, la húmeda tierra emanaba neblina. Por el día, en las horas fuertes de sol, aún estaba haciendo bastante calor y el suelo caliente contrastaba con la baja temperatura de la noche radiando el calor residual, facilitando así que se formara una especie de bruma. El doctor se dirigió a la chimenea con los hombros encogidos y arropándose la bata, se agazapaba con una rodilla en el suelo, después prendía fuego a unas viejas hojas de periódico que anteriormente había arrugado y colocaba trozos de leña en las llamas. Cuando la lumbre se nutría con fuerza, conectó la antigua y pequeña televisión y pulsó el mando a distancia quitándole por completo todo el volumen. Se sentó en su sillón de relax, gozaba de una copa de su licor favorito mientras ojeaba su agenda, repasando sus apuntes. Decidió en su día comprar los dos sillones de relax y el

sofá de tres plazas en tela de algodón, color marrón oscuro, pensó que era un color bastante sufrido, ya que la chimenea abierta, siempre ensucia bastante más el ambiente. Es el material más utilizado, ya que es cómodo, resistente y flexible, no obstante, pierde el color con más facilidad que otras telas usadas en las mismas elaboraciones, lo que puede parecer que se desgasta antes. Acentuaba más el desgaste en la zona del reposabrazos derecho, cuando estaba nervioso o impaciente, frotaba la mano en el mismo sitio, quedando desgastado y descolorido por completo. Frotaba la zona en el mismo momento que ojeaba unos apuntes en especial, era una tarea que arrastraba pendiente, la había pospuesto un par de veces. No era procrastinador, para nada, todo lo contrario, en abundantes ocasiones hacía las tareas antes del momento que acordaba hacerlo y tachándolas en su agenda sin que llegara ese día y hora señalada.

La finca, con mucha historia a cuestas, fue una granja en su día, permaneciendo las instalaciones intactas desde hacía más de cincuenta años. Tan solo el tiempo había sido el encargado de deteriorar las cuadras de los cerdos, que en su día sus abuelos dejaron funcionando a pleno rendimiento. Estas guardaban en la zona del fondo. Desde la misma casa, apenas se podía ver, debido a la cantidad de árboles que había. La casa, evidentemente, cargaba con muchos otoños a cuestas, este en especial no estaba siendo muy frio de momento, solo repuntaba la temperatura en plena noche, e incluso al alba, también eran frías. Las paredes, emitían chasquidos y pequeños ruidos, ya bien debidos al asentamiento de la obra, movimiento de esta o cambios de temperatura. Los ruidos eran bastante frecuentes, el calor de la chimenea hacía especial contraste con las paredes frías de piedra natural, e incluso con los viejos muebles carcomidos, acentuando los crujidos. Muchas noches, los ruidos no cesaban, entre las paredes y las viejas tuberías, los crujidos

eran muy intensos. Mario, se arrodilló frente a la chimenea, sacó de su bolsillo una pequeña biblia y una cruz unida a un rosario. Aunque los rosarios y las cuentas de oración no se limitan al catolicismo. Muchas religiones lo usan, incluidas la iglesia episcopal y ortodoxa, el islam, el budismo y más. No obstante, en este caso, Mario era un fiel cristiano. Se dispuso a rezar, postrado en el suelo mientras susurraba, así unos quince minutos, hasta finalizar y volver a acomodarse en el sofá. Esa noche, se escuchaba un ruido que para nada era un sonido habitual de casa vieja, era un golpe muy fuerte escuchado de lejos, como si alguna persona o cosa lo hubiera provocado con algún objeto, escuchándose parecido a algo metálico, se repetía de forma arrítmica, sin embargo, Mario apenas levantó la mirada a la puerta con dos cerraduras que se encontraba a su lado, la que daba acceso a la otra parte lateral de la casa. De hecho, hizo como si no hubiera escuchado nada, simplemente se tocó el bolsillo de su bata de dormir, con clásico estampado de cuadros, para cerciorarse que aún estaba la llave que abría las cerraduras en su poder. Minutos después se escuchó más fuerte, segundos después aún más intenso y nítido, pero su reacción fue subir el volumen del televisor para hacer caso omiso y acoplar la cabeza para quedarse finalmente dormido al calor del fuego.

A la mañana siguiente, Mario se despidió de sus perros, acariciándolos con mucho cariño. Uno de los tres siempre se sentaba frente a él mirándole inmóvil y con la cabeza ladeada, el perro sabía que se iba e intentaba retenerlo más tiempo haciéndole carantoñas con el fin de que lo acariciara un poco más. Tras cerciorarse de que bastaban de agua y comida, montó en su coche y abandonó la casa de campo. Accedía a la carretera secundaria, dejando atrás una señal direccional en la cual se podía leer Ourense. Se dirigía a una gasolinera, la cual le quedaba relativamente cerca de la casa de campo y de su consulta; solía frecuentarla periódicamente.

Capítulo 4 (Álvaro)

El doctor Vargas, estacionaba su vehículo en un aparcamiento abierto, eran las 8:00 de la mañana, se miraba el reloj, siempre le gustaba ir con tiempo a su favor. Se encontraba en el hospital psiquiátrico, se había agendado con Natalia, a las 8:30 exactamente. Disponía de tiempo de sobra para entrar a la cafetería y tomar un desayuno en condiciones. Siempre aprovechaba para sacar sus documentos y repasar sus citas tranquilamente.

Mario entrecerraba los ojos e inhalaba fuerte, ya podía sentir el olor del pan recién tostado, sumado al aroma de café matutino, le encantaba el olor a café intenso. Todo esto también sumado al sonido de los cubiertos y de la barra, además del barullo de la gente y de la cafetera a pleno rendimiento. Sí, se encontraba ya en el interior de la cafetería, bastante concurrida, más si cabe a esa hora. La cafetería, disponía de una zona compartida para pacientes y clientes, la otra era expresamente para personal sanitario. Apenas las separaba un pequeño cartel, que no era más que un papel din A4, imprimido en una impresora de calidad pésima, metido en una funda de plástico transparente, que empezaba a ser casi ilegible, eso y una vieja cinta roja con dos pies metálicos, que ya hacía meses que demandaban que los cambiaran, aunque todo apuntaba que hasta que llegara el punto de que no fueran capaces de sostenerse en pie, no los sustituirían. El doctor transitaba por la barra, saludó a un par de colegas y seguidamente se acomodó en su mesa preferida, la de la esquina en el fondo. Quedaba la última, pegada a la pared alicatada con esos típicos azulejos de color crema, que ya parecían sucios a simple vista, así podía controlar toda la perspectiva del local. Cogía la taza del café con leche con la mano izquierda y daba pequeños sorbos por el lado que quedaba justamente en frente del asa, él

pensaba que por ese lado de la taza nadie bebía nunca, de modo que nadie o muy poca gente colocaba sus labios en esa zona de la taza, ni diestros ni zurdos, más aún en una cafetería donde transcurría tanta gente. Acto seguido, colocaba la tostada de modo vertical y rascaba todo lo chamuscado con un cuchillo, con sumo cuidado, para que no cayeran migas fuera del reducido plato; inevitablemente, todos los días que repetía su ritual, manchaba la mesa. Cogía el vaso de zumo de naranja y vertía un chorretón en la tostada, como si de aceite de oliva se tratara. Ese era su protocolo siempre que pisaba la cafetería. Antes de levantarse, con una servilleta de papel, recogía todas las migas hasta dejar la mesa impoluta, como si se tratara de su propia casa. Dejaba todo el menaje en la esquina de la mesa y se marchaba. Marchó en dirección a la zona de admisión, para que le informaran sobre el paradero de su paciente.

—Hola, soy el doctor Vargas, vengo a visitar a Natalia Santoña —dejaba su cartera de piel en el suelo con un gesto delicado y se recolocaba la chaqueta en el antebrazo.

—Enseguida le digo —antes de terminar de hablar ya estaba tecleando, era una chica muy avispada—. La tengo, 415.

—Muy amable —cogía de nuevo su maletín del suelo, casi no le dio tiempo a soltarlo y ya tenía que cogerlo.

Colocaba los dos pies dentro del ascensor y pulsaba el 4º piso, después de abrirse las puertas, se quedó unos segundos inmóvil, buscaba con la mirada la pequeña indicación para saber qué dirección escoger. Sabía de sobra a que ala se dirigía, no obstante, no podía evitarlo, necesitaba leer los carteles indicativos, tanto ahí como en el supermercado que visitaba todos los días, su inconsciente le demandaba leer las pequeñas señales. Avanzaba hasta la habitación por el largo pasillo, caminando, por un lado, pegado a la pared, por

donde el brillo del suelo aún lucía todo su esplendor, evitando pisar por el centro, donde pisaban todos y apenas quedaba brillo. Llegó a la puerta y con sus nudillos daba unos golpes de cordialidad para entrar, llamando a la puerta para posteriormente entrar sin esperar a que le abrieran. Entraba y cerraba la puerta despacio, Natalia permanecía de pie, pegada a la ventana, al escuchar que los pasos no seguían se percató de que no era ninguna enfermera ni las auxiliares que entraban a menudo, giró la cabeza y reaccionaba al ver al doctor.

—Hola, ¿No me esperabas?

—No me acordaba, la verdad, ya no sé ni a que día estoy, aquí pierdo la noción del tiempo.

—¿Cómo te funciona el medicamento?

—Me va mejor, pero todavía los veo —se sentaba a los pies de la cama y se cogía la cabeza—. ¡Sigo teniendo las visiones, sobre todo por la noche, ya no sé qué hacer! Desde que se quedó muerto en el jodido suelo, que no puedo superarlo, joder. Es terrorífico. Esta noche me levanté para ir al baño y estaban ahí —se hizo un breve silencio—. Fornicando como muchas noches. Repletos de sangre. Ella sigue con las mismas agujas, después ella intenta agredirme, mientras que él se queda mirándome, con una ligera sonrisa, Sí, una puta sonrisa cargada de rencor.

—De acuerdo, tranquila, no te agobies. Te subiré la dosis, te ayudará a dormir.

—Bueno… —permanecía callada, como si quisiera hablar, pero no se atreviera—. Sí está bien.

—¿Quieres contarme alguna cosa?

—No, no. Nada —bajaba el mentón hasta su pecho y miraba al suelo.

Natalia seguía con el remordimiento en el cuerpo, sentía que hasta que no le confesara al doctor, seguiría cargando con la culpa y no pararían las visiones. En el hospital, la noche anterior se levantó para ir al baño y cuando conectaba el interruptor, se los veía a los dos, fornicando, de pie, contra el lavabo, él la miraba con el rostro desfigurado mientras seguía penetrándola y ella gemía sin parar, hasta que la miraba fijamente y le gritaba con el cuerpo ensangrentado y con el rostro lleno de jeringuillas igualmente, sacaba un cuchillo de carnicero de la nada y la perseguía varios metros, mientras ella corría despavorida, con el asombro de todos, que la veían salir huyendo de nadie. No obstante, sus visiones no seguían patrón alguno, cada vez las sufría en cualquier sitio, como la vez que entraba a su habitación del hospital y veía a los amancebados acostados en su cama, cubiertos con la sábana.

—Y, ¿cada cuánto las tienes? ¿todos los días?

—¡No, por dios! —gritaba sin querer—. Perdona, que va, una vez a la semana más o menos, sino me hubiera suicidado ya, no lo soporto.

—No digas eso —paraba de hablar para ir anotando toda la conversación —. ¿Cuándo se producen normalmente?

—Por la noche —contestaba muy rápido, estaba claro que no había duda alguna.

En este caso, Mario tampoco tenía una opinión sólida de lo que realmente sucedió, aunque estábamos en las mismas, su trabajo no era investigar, sino ayudar. Ahora bien, indiscutiblemente poseía un

don, era como un pequeño haz de luz, siempre lo había tenido. Sabía de antemano cuando le ocultaban la verdad, o simplemente se la disfrazaban. Los gestos faciales, las expresiones, los nervios, para él, era como si viera a la gente desnuda, metafóricamente hablando. Solo un par de frases y ya sabía de qué pie cojeaban. En las primeras sesiones nunca le gustaba presionar a los pacientes, a partir de la cuarta ya se iban soltando, para concluir contándole todo. Además, sinceramente para él, cuantas más sesiones, más trabajo, más dinero.

—Bueno, mira, tengo una idea —había permanecido un tiempo anotando y estaba dándole vueltas al caso, para una posible mejora indiferentemente del medicamento— vamos a probar que tal te funciona esto.

—Estoy ansiosa, dime.

—Vamos a hacer como los niños pequeños, en verdad las visiones se repiten más por la noche, cuando te levantas para ir al baño, ¿Correcto?

—Sí. En principio sí.

—Pues no vas a beber ningún líquido a partir de las siete de la tarde, así no tendrás necesidad de despertar para orinar y dormirás de un tirón.

Natalia, en un primer momento, le miró levantando las cejas y acentuando la mirada, mostrándole con un rápido movimiento de cabeza un ademán de asombro y rechazo, le pareció como una burla, se sintió hasta indignada. Pero poco a poco iba asimilándolo y en cuestión de escaso tiempo ya le parecía hasta una buena idea.

—Puede funcionar, sí, puede que sí.

—Tómatelo como una prueba —Estaba seguro de que descansaría mejor, no era la primera vez que proponía una cosa así.

El doctor le recomendó que usara un antifaz para dormir y terminaron la conversación. Se marchaba del centro y se detuvo delante del control de enfermería con el fin de que quedara constancia de que le subieran la dosis del medicamento a su paciente.

Mario abandonaba el centro psiquiátrico, se montaba en su viejo pick up blanco y arrancaba el motor. Cambiaba sus gafas por las de sol graduadas, se ataba el cinturón de seguridad, volvía a comprobar que se había colocado el cinturón correctamente y emprendía la marcha. Se dirigía al extrarradio, exactamente a un centro comercial, para ser más exactos aún, a una tienda de bricolaje y construcción. Le acompañaba la tarea en la mente, durante toda la mañana. Mientras conducía, colocaba el dedo en la palanca del intermitente, tocándolo con la yema del índice, rozándolo con suavidad. Estaba de camino a donde iba, aunque su mente ya hacía rato que había llegado al punto de destino que le deparaba. Una vez ubicado en el aparcamiento, sacaba su agenda y tachaba una tarea, lo hacía con especial atención, sus dedos sustentaban un bolígrafo de gel, color azul, para dejar por zanjada la tarea pendiente. Tachaba la nota que decía: PASAR POR LA TIENDA DE BRICOLAJE Y COMPRAR LAS HERRAMIENTAS.

No era especialmente de su agrado sacarlo de su zona de confort, el simple hecho de ir a un centro comercial le incomodaba, rodearse de mucha gente, aún le fastidiaba más, casi seguro se debería a todo lo que tuvo que soportar de pequeño, sufrió acoso escolar, nada del otro mundo, solo cuatro abusones de su clase, no obstante, eso le obligó a excluirse de pequeño e intentar pasar inadvertido el mayor

tiempo posible. Antes de bajar del vehículo, se colocaba una gorra, no le agradaba que le reconocieran, menos aún sus pacientes, no era la primera vez que se encontraba con alguno y le daban la tabarra, haciéndole perder un tiempo precioso, además sin lucrarse, eso no le convenía para nada. Como la vez que vio a Guzmán, que también padecía esquizofrenia y sufría visiones. Le montó un enorme circo en el interior de la tienda, además tuvo que esperar a la policía y le tuvieron que tomar declaración. <<Menudo fregado el que me metió, el hijo de puta de Guzmán. Cerdo gordo cabrón. Tenía que haberme hecho cargo antes de él>> su cabeza no podía evitar tener esos pensamientos. Tan solo ver los carteles del centro comercial y ya se le clavaba ese tipo en la mente, como un dardo envenenado, que le hacía sacar lo peor de él.

Se detuvo delante de los carritos, se recolocaba la gorra, sacaba un pañuelo de papel y limpiaba el asa del carrito de la compra. Vertió el papel en la papelera y emprendió la marcha. Era cliente habitual del centro, de todos modos, no podía evitar, levantar la cabeza en busca de las indicaciones de los enunciados de secciones que colgaban en los pasillos centrales, aunque sabía de sobra donde se encontraba la gran mayoría de artículos. Acercándose a las herramientas, le venían imágenes a la mente. Repasaba en su cabeza todas las tareas pendientes en la casa de campo, una finca de tal dimensión necesitaba de sumo mantenimiento. La casa de los perros tenía un descorchado, necesitaba cemento, una cerradura oxidada había dejado de funcionar y así una lista que repasaba en su mente sin necesidad de anotarlo en un papel, su mente era privilegiada; siempre se acordaba de todo. Se demoró bastante en el pasillo de las herramientas de mano, cargaba en el carrito, sierra, un par de martillos, un hacha de tamaño medio, tenazas y varias cosas que no tenía anotadas en su cabeza. Le gustaba estar bien provisto de herramienta y necesitaba sustituir varias. Una vez disponía de todos

los aparejos que necesitaba, incluso varios tipos de clavos, tornillos, bridas y demás, se trasladaba hasta la sección de droguería. Cargaba gran cantidad de material de combate, en cuanto a limpieza se refiere. Varios tipos de desinfectantes, amoniaco, lejía y plásticos grandes de uso convencional, de los que se suelen definir de un solo uso, para cubrir objetos con el fin de protegerlos. Cualquiera que observara su carrito de la compra pensaría que Mario tenía un arduo trabajo por delante, pero no era así, solo le gustaba disponer de todo, para cualquier situación. Ya parecía satisfecho, encaminándose a la salida, cuando se detuvo.

—Vaya, los candados, menos mal —estaba murmurando, hablando solo sin darse cuenta.

Se acercó a la zona de ferretería. Necesitaba candados, no todos son iguales, debido a que evidentemente hay necesidades distintas de acuerdo con cada requerimiento. La seguridad que se espera tras cada candado, no se define por su volumen, sino por los componentes y el diseño de cada uno. A mayor seguridad requerida, mayor resistencia se le exige. Mario, se equipó con varios tipos de cerraduras móviles.

Un puñado de candados de uso general. El cuerpo, los pernos del cilindro y los muelles, son de latón y su arco de acero niquelado. Varios candados denominados de remolque, que, son especiales, cuentan con un pasador de acero reforzado recto, en lugar de la clásica argolla curva, se utilizan para un modo más seguro, ya que quedan menos expuestos. Finalmente añadía un par de candados de bloqueo, su particularidad es que llevan un mecanismo de seguridad que evitan que puedan, tanto abrirse, como cerrarse sin llave, así evitar que alguien lo cierre sin que el poseedor de la llave lo permita. Pasaba a la zona de las cajas de pago y depositaba todos los objetos

de manera ordenada, de más liviano a más grande y pesado. Él nunca tenía duda alguna, si cualquier objeto era grande y liviano a la vez, siempre primaría el volumen del mismo. Una vez terminado su ritual, cargaba todo en la parte trasera de su pick up y se encaminó a la finca. Nada más llegar, dudó un instante si descargar y dejarlo todo en su sitio o ponerse un poco más formal, necesitaba darse una ducha para recibir a Álvaro, el paciente que había quedado esa tarde. Decidió ir colocando cada herramienta en su lugar, también tenía que retirar las viejas herramientas que quería sustituir, cuando se miraba el reloj y decidía parar, su intención no era hacerlo con prisa alguna, le agradaba tomarse su tiempo para dejarlo todo ordenado. Dejó todo y se fue a comer algo, para posteriormente darse una ducha.

Álvaro se acercaba con su coche al encuentro con el doctor, siguiendo sus indicaciones, había introducido la dirección en el GPS, no le estaba resultando complicado llegar, la pantalla digital del aparato de localización, apenas le marcaba un par de curvas hasta su destino. Cuando se acercó a la puerta de acceso principal, bajó del vehículo con la intención de buscar un timbre. Nada más colocar los pies en el suelo, incluso antes de salir completamente del coche, apreciaba un agradable aroma a campo, era un olor limpio, a campo húmedo, con muchos matices, notaba pinos, flores aromáticas, madera, hojas secas y húmedas en el suelo, parecía que el ambiente emanaba energía vital. No localizaba nada donde poder llamar, entonces pegó la cara a los barrotes de hierro, miraba dentro de la finca por si veía al doctor. Los perros, repentinamente salieron por un lateral, venían corriendo a toda velocidad por el muro perimetral, uno de ellos dio un salto, buscada morderle la cara y casi lo consiguió. Álvaro se llevó un susto de muerte, lo pilló por sorpresa, incluso llegó a notar la humedad de sus mandíbulas. Los animales estaban como poseídos, sacaban la cabeza entre los anchos barrotes,

no podían salir por escasos centímetros y los ladridos estaban ensordándole, se retiraba hacia atrás, buscando la protección de su coche, cuando un silbido los detuvo. Era Mario, solo con un silbido, los enfurecidos perros que parecían endemoniados paraban por completo de ladrar y se sentaban mirándole fijamente. Con otro silbido diferente, se retiraron, Álvaro se quedó muy sorprendido, los perros le obedecían con estricto rigor.

—Tranquilo, no te asustes, no te harán nada —el doctor se acercaba a la puerta y pulsaba el control remoto que activaba el mecanismo de apertura automática sin sacar las manos de los bolsillos de su bata corta.

—Buenos perros. Menudo susto me han dado.

—Son guardianes —sonreía con ironía—. Adelante, entra el coche, ya no los verás más. Al menos por hoy.

Álvaro apagaba el motor del coche y caminaba detrás del doctor, sorteando los árboles frutales, que no estaban dispuestos en línea recta, le obligaba a caminar en forma curvilínea, siguiendo el camino de hormigón impreso. Podía sentir el perfume del doctor, con carácter fuerte, a cada paso que recorría detrás de él, se le metía en las fosas nasales, aunque no le molestaba, en absoluto. Levantaba la mirada observando la fachada de piedra natural, para nada sutil, bastante ostentosa. Una vez en el interior, llegaron hasta la consulta, que solo se diferenciaba del resto de habitaciones por el mobiliario. En esta un diván de forja, acompañado de cojines gruesos, muy bonito, pero no tan cómodo como el de su otra consulta. Por otra parte, una mesa y una silla de oficina en el otro lado, nada más ocupaba la instancia.

—Adelante, por favor — le ofrecía asiento, indicándole el diván con un gesto forzado, amable, pero forzado, extendiendo el brazo sin mirarle a la cara.

—Gracias, muy amable —se quitaba su chaqueta de entretiempo y la dejaba en el respaldo, con cuidado.

El silencio estaba presente, el doctor abría una carpeta y sacaba una hoja en blanco, la colocaba en la tapa y la sujetaba con la pinza, después cogía su bolígrafo de gel con calma y se recolocaba bien sentado en la silla.

—Bien, cuéntame. ¿Cómo te va? Soy todo oídos.

—He estado mejor que los días anteriores, pero me cuesta conciliar el sueño.

—Te puedo cambiar la medicación, cuéntame más.

—No sé, tengo pensamientos extraños desde aquel día.

—Si quieres puedes contarme lo de aquel día, lo que pasó realmente.

—Estaba harto, no la soportaba más, esa tarde, llegué a casa y tuvimos una pequeña discusión, nada especial en nuestra relación, los últimos cuatro años estaban siendo nefastos, se me fue de las manos, le di un golpe y se desplomó en el suelo, pensé que la había matado. Le quité la ropa y le puse un bikini, para posteriormente tirarla en la piscina e irme de casa. Empecé a arrastrarla, la sujetaba por los pies e iba arrastrándole la cabeza por el suelo. Llegando a la piscina, se despertó, balbuceaba y apenas movía las manos. Yo creía que la había matado, después pensé que tenía una oportunidad única, ya estaba casi todo el trabajo hecho. Me dirigí al garaje y

agarré lo primero que vi —se quedaba un momento callado—. Sí, cogí una pala que usaba para recoger las hojas, me acerqué a ella, empezaba a recuperarse y casi gateaba, me miró a la cara y le metí un palazo en la cabeza, después la tiré a la piscina y pude ver como se ahogaba, tuvo espasmos. Dejé la pala en el garaje y me fui al bar a tomarme unas cervezas.

El doctor, a las primeras palabras dejó de anotar, solo escuchaba.

—Bueno, ya está, lo has soltado, ahora te sentirás mejor.

—Sí, pero tengo pensamientos, ayer hubiera matado a mi vecino, ahora que he probado, tampoco es para tanto, los problemas se solucionan muy rápido.

—Pero tú, entiendes que eso no está bien. ¿Verdad?

—Más o menos, aunque hay mucha gente que debería pagar por sus actos.

—Correcto, pero para eso está la ley.

—Sí, supongo que sí —no tenía sentimiento alguno de culpa, se mostraba pasivo.

—Bueno, no te preocupes. Pronto pondremos una solución a todo esto, además muy buena —el doctor arrancaba la hoja del cuaderno, la cual había comenzado a anotar y la rompía en pedazos, mientras lo miraba fijamente a los ojos.

La ausencia de sentimiento de culpa es también patológica. Moverse socialmente sin avisos internos de culpabilidad que adapten nuestro comportamiento a las normas culturales, da lugar,

en casos extremos a actuar de modo psicopático o sociopático. Eso el doctor lo tenía muy claro. Desde hacía mucho tiempo.

Capítulo 5 (El Encuentro)

Laura conducía por una carretera secundaria, dejaba Raminares atrás, se dirigía al trabajo. Ese día estaba muy cargada de ánimo, sin motivo alguno. Ese día era uno de esos que se sentía estupenda, capaz de todo y motivada. Estacionó su coche y subía a cambiarse al vestuario de su planta, hizo su rutina, abría la taquilla y se colocaba la ropa de trabajo color lila. Acto seguido se despedía de su padre, se besaba los dedos y acariciaba con suma delicadeza la fotografía de la taquilla, como una madre que acaricia la frente de su recién nacido.

—Te hecho mucho de menos, aquí va todo bien y como te digo siempre, espero que me perdones —Murmuraba a la desgastada fotografía que reposaba en la puerta, para finalmente cerrar la taquilla.

Laura recordaba la enfermedad de su padre, su cabeza le repetía el recuerdo de su padre enfermo. Ella inconscientemente no le trató con la paciencia de la cual merecía. Su padre le preguntaba una y otra vez las mismas cosas, como un viejo vinilo rallado, el cual se repite porque la aguja se queda atrapada en un mismo surco, para quedarse reproduciendo siempre la misma sección, una vez y otra, y otra. Ella era joven y ahora se arrepentía de no haberle hecho el caso necesario, más aún en la situación en la que estaba su padre, volviéndose como un niño pequeño. Antes de fallecer, ella incluso le gritaba, le hablaba de malas formas y todo eso le estaba pasando factura ahora, que ya tenía más uso de razón. Pensaba muchas veces<<ojalá pudiera viajar en el tiempo y haberle dado el cariño y cuidado que se merecía. Maldita enfermedad la del Alzheimer>> aunque solo una máquina del tiempo la hubiera podido ayudar.

Cerró la taquilla de un portazo y se acercó al control de enfermería antes de tiempo. Se reunía con Clara. Ese día su compañera calzaba unos zuecos verdes, le gustaba cambiar cada día a un color diferente, según ella las pequeñas cosas eran las que daban la felicidad. Se pusieron manos a la obra, ella cogía el carrito y Clara los informes e iniciaban la ronda. Laura empezaba a soltarse, ya no era la chica del primer día que andaba temerosa. De manera paulatina, pero sin pausa iba cogiendo confianza. Ya mantenía incluso conversaciones con algunos pacientes. Tenía que saber mantener la cordura y saber escuchar sin que nada llegara a afectarle, cada cual cargaba con su historia; apenas casi ningún paciente se consideraba así mismo como loco. No obstante, cabía recordar firmemente, que todos eran enfermos del centro psiquiátrico y no podía bajar la guardia en ningún instante. La noche estaba siendo muy tranquila, rondando las cuatro de la madrugada, Clara y Laura, permanecían tranquilas en el control de enfermería, junto con el enfermero y la enfermera de la otra ala. Estaba todo en calma, en pleno silencio, un grito estremecedor se escuchaba, se levantaron todos y se dirigían en su búsqueda. De pronto, la paciente de la habitación 415, salía disparada al pasillo central, seguía gritando y mirando hacia atrás aterrorizada, se trataba de Natalia. En ese mismo instante sufría una de sus crisis, estaba teniendo una de sus visiones, seguía avanzando pasillo en dirección a ellas, cada vez más aterrada.

—¡Vienen a por mí, ayudadme! —Natalia miraba atrás en todo momento y se resguardaba detrás de Clara, despavorida.

—Tranquila, mira no hay nadie, cálmate —se daba la vuelta y la cogía de las manos.

—Vosotras no los veis, pero están ahí, me van a matar —ella sí que los veía, de hecho, caminaban en su dirección, con pasos lentos, mirándola a los ojos. Sorteaban incluso a los sanitarios de los cuales se refugiaba ella.

—Tranquilízate. Mira, no lo ves, no hay nadie que quiera hacerte daño —Clara le hablaba intentando calmarla y a los ojos de Natalia, el difunto marido estaba detrás mismo de ella.

Laura también intentaba calmarla, aunque sin conseguirlo, Natalia se adentró dentro del control de enfermería, estiró su mano para coger unas pequeñas tijeras, quería clavárselas en su propio cuello, el enfermero que estaba atento a lo que estaba sucediendo, la intentaba tranquilizar.

—¡Que venga mi doctor! —gritaba amenazando a todos con la punta de las tijeras, enfocando con los filos abiertos, ahora a sus caras.

—Tranquila, mírame a mí, eh, mírame, voy a llamarle, de acuerdo, voy, quieta, quédate quieta y le llamo —Laura estuvo ágil, se dio cuenta de que Clara estaba detrás de la paciente preparada con una jeringuilla, con el fin de adormecerla e intentaba centrar toda su atención mientras le hablaba mirándola a los ojos y gesticulando bastante. Clara pudo llevar a cabo su cometido, con un pequeño pinchazo la adormeció. Le suministró Propofol, es un medicamento de acción corta que se administra por vía intravenosa, en dosis bajas sirve como sedante y en dosis más altas como anestésico. En apenas unos segundos se desplomaba en el suelo, la llevaron a la habitación y avisaron a su doctor.

A las seis en punto de la mañana, se personaba Mario en el centro. Al abrirse las puertas del ascensor de la cuarta planta, el doctor se

acercaba a la habitación, eso sí, observando todos los pequeños carteles. Le ponían al corriente en el control de enfermería de todo lo sucedido y se acercó a la puerta 415. Nada más abrir, Laura permanecía custodiando a Natalia, cuando todo el interés por la paciente desapareció.

—Hola, pero bueno. ¿Qué haces tu aquí? —Mario se quedó pasmado, no sabía si mirar a su paciente dormida o a Laura.

—Pero, que sorpresa tan agradable.

—Ni que lo digas, no lo hubiera esperado para nada. Por nada en el mundo —Mario también seguía alucinando.

—Hola, que fuerte, yo estoy haciendo las practicas aquí —se puso nerviosa, muy nerviosa. Se recolocaba el pelo detrás de las orejas, varias veces, como con una sonrisa tonta, hacía escasos días se dormía mirando una fotografía, en la cual aparecía él, junto con ella y otra amiga de la universidad, en una noche que terminaron saliendo a cenar los dos solos.

—Pero tú, estabas estudiando medicina forense —esperaba una contestación, mirándola embobado.

—Sí, no lo tengo apartado, pero necesitaba empezar a trabajar, ya sabes, cada cual tiene sus motivos.

Se pusieron a conversar, mientras esperaban a que despertara la paciente. Laura fue alumna de Mario, en la universidad le daba clases y tuvieron un tonteo, el cual no llegó a ningún puerto. La cantidad de años que les separaban era notable y cuando sucedió esto ella apenas tenía 18 años. Mario era un profesor muy joven,

pero la ética le hizo dejar de tontear con ella. Dejaron atrás una fuerte tensión sexual acumulada.

Natalia empezaba a despertarse. Abría y cerraba los ojos desorientada mirándolos.

—Si te apetece desayunamos, termino la jornada ahora mismo —todavía sentía atracción, se notaba en su manera de actuar a leguas. Alternaba las manos entre los bolsillos del uniforme y detrás de sus orejas recolocándose el pelo, repetidamente. Seguía muy nerviosa. Como una adolescente de quince años.

—Perfecto, termino con ella y nos reunimos en la cafetería —se acicalaba la corta barba, también sentía atracción por ella.

Laura cerraba la puerta exaltada, una vez al otro lado de la puerta, ya en el pasillo central, se quedaba inmóvil con la mano en el pecho. Estaba reviviendo en su mente gran cantidad de recuerdos. Sabía que eso no estaba del todo bien. Bueno, en verdad sabía que no estaba nada bien. Habían nacido con 21 años de diferencia, aun así, pensaba que un pequeño desliz no tendría mucha importancia. Se marchó a la cafetería impaciente, cuando llegó, se dio cuenta que ni siquiera se había quitado la ropa de trabajo. Entonces subió de nuevo para cambiarse. Mientras tanto, el doctor esperaba a que Natalia estuviera completamente despierta. Se sentaba a su lado mientras la paciente empezaba a estar dispuesta por completo.

—Buenos días dormilona —cruzaba las piernas para apoyar la carpeta y sacaba el historial para colocarlo boca arriba.

—Buenos —abría y cerraba los ojos de manera repetida, permanecía aturdida.

—Cuéntame ¿Qué ha pasado?

—Anoche desperté, no sé la hora que era —se llevaba las manos a la frente y se restregaba los ojos— estaban acostados a mi lado, ella me clavó el cuchillo en el abdomen, llegó a hacerme daño, esta vez sí.

—Vamos a ver, enséñame la herida —le levantaba la bata hospitalaria para que se diera cuenta de que todo era imaginación suya.

—Pero no lo entiendo, me clavó un cuchillo y salí corriendo hasta el control de enfermería. Estaba sangrando —ella misma se miraba el abdomen y quedaba perpleja de ver que no había herida.

—No pasa nada, te cambiaré la medicación, al menos hasta que te encuentres mejor, no quería darte nada fuerte, pero es preciso, no te preocupes —Mario le estaba dando placebo, a muchos pacientes les funcionaba el hecho de tomárselo sin más, ahora sí le estaba recetando una medicina fuerte—. Necesito que te calmes, no puedes ir por ahí amenazando a la gente, terminaran atándote.

Mario se despedía de Natalia, con el nuevo tratamiento, esperaba que no tuviera esas crisis, pensaba que, de algún modo, podría hasta hacer que le contara la verdad de todo lo sucedido, llevaba mucho tiempo ejerciendo y sabía de sobra que no le estaba contando la verdad, tal vez así podría ayudarla mejor. No obstante, ahora tenía a Laura metida en su cabeza, también notaba que eso no era del todo correcto, pero algo le impulsaba a verla. Cerró la puerta y se encaminaba a la cafetería con especial interés. Entrando por la puerta ya podía verla, sorteaba un par de mesas para atajar el camino y encontrarse cuanto antes. Laura le esperaba impaciente, ahora la diferencia de edad no le importaba tanto. Mario estiraba el

brazo para separar la silla que pretendía sentarse y ella ya cargaba con una enorme sonrisa en sus labios. La tensión era palpable, no obstante, su intención no era la de precipitarse, en absoluto, Laura llevaba en mente hacer las cosas despacio y con buena letra. Tenía muy claro que eso solo acabaría en un par de frenéticas noches, tampoco auguraba más expectativas, pero con calma. Por otra parte, apenas sin abrir la boca ninguno de los dos, Mario ya podía vaticinar lo que sucedería en breve, la mirada de ella la delataba por completo. Estuvieron recordando los varios meses que estuvieron tonteando, sin llegar a nada. Aunque los dos derrochaban ganas de verse, Laura todavía más que él.

—¿Te apetece si cenamos mañana?

—No estaría nada mal, aunque… ¿Qué tal si hacemos algo diferente? te podría enseñar algo de por aquí, podríamos salir de excursión. La ruta de los cañones del Sil está estupenda, por ejemplo.

—Perfecto. ¿Mañana sábado, por la mañana? —Laura estaba ilusionada.

—De acuerdo, podríamos ir con una pequeña barca, la excursión es genial y muy divertida. Si quieres te recojo yo.

—Genial, espero en casa a que me recojas.

Cuando concluían con todos los detalles de la escapada, se daban los teléfonos y la dirección para irse levantando con la intención de pagar sus consumiciones. Cuando se pegaban a la barra, la televisión, en el canal local, anunciaba la desaparición de un vecino. La noticia afirmaba, que hacía más de 72 horas que Álvaro Caminos estaba desaparecido, la familia había denunciado su desaparición.

—Imposible, hará poco más de 24 horas —el doctor susurraba un poco sorprendido.

—Pero ¿Qué pasa? ¿Le conoces?

—Es un paciente mío, estaba tratándole estos días.

—¿Por qué hablas a regañadientes? ¿Qué pasa? —le estaba pareciendo un poco extraña la reacción.

—No, nada, simplemente que estuve pasándole consulta ayer y aún no han pasado 72 horas desde que nos vimos.

—Mario, me estabas asustando, seguramente cuando fue a tu consulta no diría nada a su familia, nunca es plato de buen gusto ir a ver al loquero, no hace falta anunciarlo a toda voz. Entonces claro, para la familia, horas antes ya no sabrían de su paradero —cambiaba la cara dejando ver una pequeña sonrisa de alivio.

—Sí, es verdad. Es que no me esperaba esa noticia, la verdad —le cambiaba la expresión de la cara, ya estaba menos tenso.

—Me vas a perdonar, pero estoy agotada, necesito una ducha. Recuerda, nos vemos mañana sábado.

—Perfecto, ya tengo ganas de que llegue.

Laura se marchaba como una colegiala enamorada, con una sonrisa de oreja a oreja. Al montarse en el viejo Ford Fiesta, se alejaba del aparcamiento del centro con la música a todo volumen, cantando a toda voz. Al entrar en casa y cerrar la puerta, su madre, que la conocía de sobra, notaba que algo bueno había marcado su turno nocturno. Se quedó observándola, esperando a que le contara, ladeando la cabeza y cruzando los brazos.

—Sí mama, sí, te lo cuento. He visto a un chico que conocí en la universidad, mañana nos vamos de excursión. Me gusta mucho —no quería comentarle la indiferencia de edad, sabía que no lo tomaría muy bien.

—Fenomenal, y, ¿qué es enfermero? Porque espero que no sea paciente —fruncía el ceño, estaba realmente preocupada por si era un paciente.

—No, tranquila, es sanitario, como yo —tenía claro que no iba a decírselo, pretendía tener solo un par de citas y no quería que se preocupara.

Deseaba que pasara el día cuanto antes, estaba frente su armario, eligiendo la ropa que se iba a poner. Quería ir guapa, pero no podía pasarse, se trataba de una excursión, tampoco podía ir muy arreglada. Sin apenas darse cuenta ya estaba disfrutando de la cena, acompañada de su madre, estaban conversando con el televisor de fondo. Fue motivo de su atención, el apartado de noticias. Emitían en directo a una periodista que informaba de una batida formada de familiares y guardia civil por una zona rural cercana. Buscaban a una persona desaparecida, se trataba de Álvaro, el paciente de Mario, según la noticia, el desaparecido frecuentaba esa zona cuando iba a buscar setas.

Cuando las hojas de los árboles se tornan amarillentas o amarronadas, caen encima de la hojarasca, como un manto, cubriendo por completo y apoderándose del suelo de los montes de Ourense. Una vez ya han caído las primeras lluvias, llega el otoño con sus boletus y demás especies, de aromas especiales, húmedos y exquisitos. Empieza entonces la búsqueda de ejemplares, que finalmente se convierte en festines de bocados suculentos y exquisitos. Fondo inigualable, que era el escape de Álvaro, el cual se

perdía por la zona con la ilusión de regresar a casa con al menos varios ejemplares en su cesta de mimbre. Solo el hecho de caminar por ese entorno ya le purificaba el alma. No era un neófito en el tema, todo lo contrario, conocía la zona como la palma de su mano, de todos modos, tampoco tenían ninguna pista sobre su paradero y decidieron emprender la búsqueda por esa zona. En la misma predominaban los robles, es un árbol robusto, de porte majestuoso y que puede superar los cuarenta metros de altura.

Laura se acostó con la sonrisa en los labios, como cualquier niña pequeña que le cuesta dormirse por la noche pensando en la excursión del día siguiente. Notaba una sensación de bienestar imaginando lo que le depararía el día. Pasadas varias horas consiguió conciliar el sueño.

Capítulo 6 (La Garganta)

Laura, veinte minutos antes de sonar la alarma de su teléfono, ya la había desactivado. Se preparó una mochila térmica con algo de comida y café, una vez ya estaba preparada, tomó asiento en el salón para hacer tiempo. Encendió el televisor, aunque no le prestó importancia alguna, se quedó el mismo canal de la noche anterior, el cual emitía en ese momento anuncios de teletienda. Ella miraba el televisor, pero no lo escuchaba y mucho menos lo veía. Estaba ilusionada pensando que le depararía el día. No tenía ni la más remota idea de cómo se desarrollaría la excursión, ni de donde pretendía llevarla. Cada cinco minutos, se levantaba y apartaba ligeramente las cortinas, miraba al exterior con la esperanza de que apareciera Mario. Se levantó a repasar la comida de la mochila, cuando, de vuelta al sillón, miraba el teléfono que había dejado en el reposabrazos, lo tenía silenciado. Al mismo tiempo que lo cogía con la mano, emitía una pequeña vibración. "Buenos días, estoy fuera". Un par de latidos le aceleraban el pulso y le subía calor a las mejillas. Notó como si un dedo caliente le tocara el corazón. Un poco atarantada, buscaba el control remoto y apagaba la caja tonta, más aún para ella en ese momento. Se metió las llaves en el bolsillo y cerró la puerta despacio; no quería despertar a su madre.

Mario llegó a por ella con su pick up blanca, también iba con la idea de sacar el mayor resquicio posible al día en cuanto a la escapada y estar con Laura. Cuando su invitada subió al coche, se saludaron con un par de besos, cordialmente. Iniciaron la marcha cuando apenas había arrancado el día. Una débil niebla se disipaba rápidamente con los primeros rayos de sol. Las diminutas nubes de evolución que se podían observar en el cielo también se iban clarificando, dejando paso a lo que sería un día azulado. Todo

apuntaba a que se convertiría en una jornada fantástica. Al menos en la mente de los dos.

—Ahora pasaremos por la casa de campo, tenemos que coger la barca —Laura miraba por la ventanilla y para captar su atención le tocó la rodilla sutilmente con su dedo índice.

Ella no dijo nada, simplemente asintió con la cabeza, ese gestó la puso nerviosa, aunque era una simple tontería, le gustó. Llevaba las expectativas por las nubes, ese día pensaba disfrutarlo al máximo y a la vista de sus ojos empezaba estupendamente.

—¿Está muy lejos? —la varilla larga del reloj de pulsera de Laura ya había girado sobre si misma cinco veces y todavía seguían con la misma cara de tortolitos, mirándose de reojo mutuamente.

—No. En menos de veinte minutos estaremos

De camino a la excursión que Mario había planeado, pasaron por su propiedad para enganchar la embarcación. Cuando llegaron, Mario accionaba el botón desde su coche, para abrir la puerta corredera. Apagó el motor y los perros daban vueltas a la camioneta. Nada más bajar Laura, se pusieron a ladrar enfurecidos, como poseídos. Le dio el tiempo justo para volver a montarse y cerrar rápidamente la puerta por los pelos. Una vez sentada en el interior del vehículo, miraba a los enfurecidos animales con un enorme sobresalto en el cuerpo. Se mantenían pegados a la ventanilla ladrando, incluso uno de ellos se colocaba a dos patas, apoyando las otras en el cristal y mostrándole los dientes a la aterrada intrusa, ensordeciéndola con sus fuertes ladridos. Mario, que se había despistado, juntaba los labios muy rápido para emitir un par de silbidos, los perros desaparecieron.

—Lo siento mucho, perdóname —le abría la puerta para que bajara, sabía que ya no le harían nada.

—No, tranquilo, esperaré aquí —no se fiaba un pelo, aún permanecía aterrorizada.

—Bueno, como prefieras, quería enseñarte la casa, a la próxima más tranquilos.

—Sí, otro día mejor —por un momento se había quitado las mágicas gafas de color de rosa que ficticiamente se había colocado al levantarse. Lo último que quería es que se truncaran sus planes. Por suerte, todo había quedado en un pequeño susto.

Mario, colocaba el enganche desmontable, para posteriormente acercarse marcha atrás, encarándose a unas puertas dobles, que guardaban una pequeña embarcación rígida de unos cinco metros, con un motor fueraborda de cuatro tiempos. La enganchaba a la camioneta y arrancaban la marcha en dirección al Río Sil.

—Te va a encantar, dejaremos el coche en un sitio, aparcado. Después, haremos una ruta a pie, pasaremos por varios miradores, en los cuales hay unas vistas inmejorables.

—Estupendo, cuéntame más —le gustaba escucharle, se sentía encantada con su compañía. Además, el endemoniado ladrido de los perros se estaba tintando nuevamente de color rosa fucsia.

—El Sil nace en la vertiente leonesa de Somiedo, a más de mil quinientos metros de altura. Atraviesa las comarcas de Laciana y el Bierzo, entra en Galicia y desemboca en el Miño por la derecha en Os Peares, al sur de Monforte de Lemos. Tiene una cuenca de casi 8.000 km2 y una longitud de casi 234 km.

Llegaron a la zona secreta de Mario, no era más que una zona donde no transitaba la gente, quedaba muy escondida de los excursionistas curiosos. En esta podía dejar el coche, además le permitía botar la barca en una pendiente natural muy suave. Era uno de sus lugares preferidos. Arrancaban a caminar y empezaba el espectáculo, comenzaba el primer asalto. En el primer tramo que transitaban, las pendientes del cañón eran de más de ochenta grados, ofreciendo una enorme sensación de vértigo. Se iniciaban en el Parador de Santo Estevo. Era un antiguo monasterio, rodeado de exuberante vegetación, restaurado recientemente y con un buen uso como Parador Nacional de Turismo. De este empezaron a recorrer varios miradores, con unas vistas que se le gravaron a fuego a Laura. El paisaje la envolvía y la atrapaba, quedándose embrujada por él. Los cañones ofrecían imágenes inéditas.

—Te gusta. ¿Verdad? —Mario sacaba una botella de agua de la mochila y paraban a reponer fuerzas.

—Es increíble, ya tengo ganas de verlo desde el agua.

—No tardaremos, aún te gustará más —el lugar lo merecía, era digno de admirar.

En poco tiempo, Mario estaba botando su pequeña embarcación al agua, amarrándola a una piedra que hacía servir de bita. Montaron y empezaron un paseo de ensueño. Laura permanecía hipnotizada por el lugar, el cañón la estaba hechizando, aunque era una mezcla explosiva de emociones, se sentaba junto a él en el estrecho asiento y sus cuerpos iban rozándose, sin apenas espacio entre los dos, literalmente estaban pegados. Laura notaba una sensación agradable e iba deleitándose, además, también del paisaje. Navegaban a buen ritmo, la suave brisa, ondulaba el cuidado cabello de Laura, rozándose con movimientos muy delicados este sobre sus suaves

hombros, dándole a Mario la sensación que estaba viendo una imagen a cámara lenta, se sentía completamente embelesado por la joven e inocente muchacha. En un tramo, le bajaba revoluciones al pequeño motor hasta quedar a la deriva del escaso viento.

—Mira, disfruta, esta mi zona preferida.

—Sí, es precioso —movía la cabeza de un lado a otro, el olor, las vistas, las paredes escarpadas, el color intenso del agua y la situación le resultaban insuperables.

—Aquí es donde vengo a relajarme y desconectar —frecuentaba el lugar a menudo, con frecuencia iba por la zona a pescar truchas.

El día lucía en todo su esplendor, sin ninguna nube, dejando que el sol radiara un calor agradable. En ese tramo, las paredes se elevaban más de quinientos metros de altura, el cañón de sinuosas curvas no dejaba indiferente a nadie que lo recorriera, el olor era fresco e intenso. Laura se levantaba para acercarse a la proa, el poco viento que soplaba hacía que, aunque se hubieran detenido, su pelo negro siguiera acariciando sutilmente los hombros, dejando a Mario con la mirada fija. La chica giraba el cuello lentamente, para mirarle, él seguía observándola a cámara lenta, ahora se devolvían las miradas y sonreían tontamente. Le resultaba casi imposible apartar la mirada sobre ella. Cuando la joven imponente regresaba a sentarse a su lado, resbaló. Mario estuvo muy atento y la agarró de la mano con firmeza, evitando que cayera al agua.

—¿No querrás hundirte en estas aguas?

—Gracias, que susto.

—Cuidado, en esta zona la profundidad es igual o más que lo que alcanzan tus ojos hacia arriba, imagínate, lo que estás viendo, pero hacia abajo. Esa profundidad hay, quinientos metros. ¿Te imaginas que habrá ahí debajo? Oscuridad absoluta seguro.

—Vaya —se quedó pensando, eso le daba un poco de aversión, todo lo bonito que le estaba resultando el entorno, le cambió por un instante, le parecía ahora un poco siniestro.

—Que no se te olvide, este es un lugar mágico, se llama la Garganta del Sil, es debido a su profundidad en este tramo.

Laura, muy despacio se volvió a sentar junto a Mario, ya no le parecía tan emociónate la excursión, el agua le daba respeto y las zonas profundas pavor. Las gafas ahora se estaban tintando de gris y por momentos empezaban a subirse a negro.

—No esperaba que fuera tan profundo —empezaba incluso a temblar.

—No te preocupes, ahora mismo volvemos, mira en esa revuelta, ya no hay más que un par de metros de profundidad, no tienes que padecer —eso era completamente falso, la profundidad era prácticamente la misma, no obstante, tenía que ofrecerle una pequeña mentira piadosa.

La cara de la pobre muchacha era un poema, blanca por completo, empezaba a tomar color de cara al girar la revuelta, el gesto de Mario de navegar pegado a la orilla también ayudó bastante. La excursión le dio un giro radical, ahora al mismo tiempo que temblaba y se hacía pequeña, solo pensaba en poner los pies en tierra firme, apenas movía ni el cuello, permanecía inmóvil, con la esperanza de llegar cuando antes al punto de partida. Estaba tan aterrada que su

teléfono sonó y le dio un susto de muerte, era su madre, lo sabía, le había advertido de que la llamaría, pero no podía ni contestar a la llamada, estaba demasiado ocupada, agarrándose con todas sus fuerzas a una pequeña asa y a la rodilla de Mario.

—Ok, tranquila llegamos.

Mario se veía obligado a que le soltara la rodilla, necesitaba levantarse para amarrar la barca, sujetaba el cabo y tiraba de ella para acercarla al máximo a la orilla. Laura sin saberlo, había descubierto uno de sus grandes temores, incluso puede que el más grande hasta la fecha. Era otra persona, completamente cambiada. No tenía capacidad de reacción. Resultaba muy curiosa la reacción de ambos en un mismo lugar, lo que para él era un lugar de culto consigo mismo, el cual consideraba sagrado, incluso místico, para ella era el mayor de sus infiernos.

—Vamos, tranquila, dame la mano, ven, te ayudare a bajar.

Le ofrecía la mano al mismo tiempo que ella temblaba y una vez conseguía levantarse, él la ayudaba con un tirón para ponerla a salvo.

—Perdóname, te he arruinado el día, lo siento —ahora, ya en suelo firme, comenzaba a reaccionar y coger color de cara —. Lo siento. De verdad.

—No te preocupes por nada, no tienes culpa alguna —él, como bien entendía gracias a su profesión, le resultaba evidente que todas las personas, no conocen sus fobias hasta que no se encuentran con ellas, el tema de superarlas ya era otra cosa.

—No sé lo que me ha pasado, me he imaginado ahí, sumergida, ahogándome y no podía reaccionar, lo siento, no me había sentido nunca tan agobiada.

—Fobia, se llama fobia, pero déjalo por hoy, no te agobies.

Mario recogía todo, subía la embarcación al remolque mientras ella, ahora más tranquila le esperaba en el coche. De camino a casa aún estaba disculpándose.

—No te disculpes más, es normal. Mi trabajo también consiste en ayudar a las personas a superar las fobias, la tuya es comprensible, pero hay muy poco comunes, que dificultan la vida normal a mucha gente.

—Pensaba que había sido muy extraña mi reacción.

—Para nada, hay muchísimas, muchas más de las que te podrías imaginar. Y para la mente de los demás más absurdas aún. No obstante, para la persona que las padece son un calvario. Mira, por ejemplo, la Xantofobia es una de las más raras, se define como miedo injustificado hacia el color amarillo. La Uranofobia es el miedo al cielo, es decir, mirar hacia arriba. La Crometofobia puede llevar a una desagradable angustia, si te da miedo pagar hasta un misero café, entonces, sin duda alguna, la sufres. Y hay muchas más, podría hablarte de ellas hasta llegar a casa. Así que tener miedo de ahogarse es muy común, se llama hidrofobia. La tuya no es severa, hay quien teme hasta lavarse las manos. No te agobies más —notaba que con esas palabras se estaba relajando bastante.

—Bueno, me dejas más tranquila, y ¿Cómo ayudas a esa gente?

—Mediante hipnosis, pero no quiero aburrirte, es un poco más complejo de lo que suena. Les ayudo a ganar resiliencia en cuanto a sus situaciones de pánico.

—Que interesante, ya me quitarás el miedo a mí —soltaba una sonrisa, ya empezaba a ser ella.

—Por supuesto, cuando quieras.

Sin apenas darse cuenta ya estaban lejos de su mayor temor hasta el momento, la Garganta del Sil. Una maravilla de la naturaleza para muchos y un horror para ella.

—Si me dejas te puedo compensar, si te apetece te invito a cenar.

—Bueno, te he salvado la vida, hubieras podido hundirte en ese infierno y morir ahogada, quedándote en la penumbra para la eternidad —sonreía mirándola de reojo, mientras llegaban a casa de Laura.

Decidieron quedar esa misma noche, ella se había quedado con una sensación agridulce. Entraba en casa y su madre la esperaba detrás de la puerta.

—Cuéntame cariño —no la dejaba apenas entrar, estaba impaciente.

—Bien, es encantador, nos vamos a cenar.

—Me alegro hija —se sentía bien, le agradaba verla feliz. Desde la muerte de su padre que apenas la había visto con ilusión.

Laura se vistió para la ocasión con un vestido corto, semitransparente. Una vez arreglada, consensuaba con su madre y decidió cambiarse. Les parecía poco formal. Su decisión final fue un vestido corto de una sola manga larga, color negro, bastante elegante y escote moderado. Terminaba de maquillarse y eligió para la ocasión pintarse los labios con carmín, es uno de los colorantes rojos más apreciados, especialmente antes de la introducción de los colorantes artificiales, aunque todavía se utiliza de manera amplia en las industrias cosméticas. Una vez se sentía preparada y con sus labios color rojo encendido, se acercaba a su madre.

—¿Qué tal? ¿cómo me ves?

—Estas guapísima, ven, acércate —le acicalaba el pelo.

Una vez preparada, se colocaba delante de la puerta, daba un fuerte suspiro y abandonaba la casa con pasos decididos, como una leona cuando sale a cazar en busca de su presa. Aunque ella, en el caso de comérselo; en este caso se lo comería de otro modo. Se montaba en el coche y encendía la radio, se sentía fenomenal, estaba segura de que lo pasaría mejor en el restaurante que en el Sil. Se incorporaba a la carretera en dirección Ourense. La cena formal era en un local de renombrado nombre. Nada más llegar, Mario la esperaba en la puerta, vestido muy elegante para la ocasión. Observaba a Laura de arriba abajo, la veía imponente, a pesar de todo, ya no le ganaban los nervios tan pronto como a cualquier chaval de veinte años, estaba bastante entrado en materia en el tema de relaciones, los veintiún años de diferencia eran evidentes en cuanto a experiencia se refiere.

La comida que les ofrecieron combinaba una elaboración sofisticada, con materia prima de la mejor calidad y técnica avanzada, además el restaurante contaba con un ambiente funcional

y estéticamente impresionante. No obstante, todo eso estaba ganando poco peso en la cena. El centro de atención no eran los bocados suculentos, ni el servicio excelente, ni incluso el vino que les sirvieron; un Pago de Carraovejas para maridar. Lo que primaba en la cena eran ellos mismos, un ambiente agradable y un poco tensionado sexualmente. La conversación fluía sola. Mario le estuvo contando de la paciente por la cual se conocieron, de las visiones que tenía y de las sesiones de hipnosis. Aparte de sus terapias en cuanto ayudar a la gente con la pérdida de seres queridos.

—Me parece sumamente interesante, yo desde que falleció mi padre, que me cuesta mucho dormirme cuando me acuesto.

—No se hable más, cuando quieras te ayudo con tu nueva fobia y con tu falta de conciliar el sueño —se mantenía con los codos apoyados en la mesa y sus manos juntas, cuando terminaba su proposición las separaba para coger su copa y ofrecerle un brindis.

Al terminar la cena marcharon cerca del lugar, a un bar de copas. Para finalizar la velada, decidieron de manera consensuada, dejarlo ahí, a los dos les estaba resultando muy grata la compañía y no quisieron tensar más la situación por esa noche. Se despidieron y se marcharon a sus respectivas casas. Esa noche no dejó indiferentes a ninguno de los dos, les condicionaría de manera inesperada a partir ese encuentro.

Laura apoyaba su cabeza en la almohada y le costaba dormirse, pero esta vez no rondaba su padre por su cabeza. Por momentos ya no le importaba tanto la edad <<bueno, 21 tampoco son tantos>> le daba vueltas al tema mientras al fin caía rendida.

Capítulo 7 (El francés)

En la mañana siguiente, Laura se despertaba entusiasmada, optimista. Esa noche también tenía turno asignado, pero no le importaba mucho; actualizaba los datos de la noche anterior mientras permanecía aún en la cama. Pasó el día con su madre, quiso que le contara todos los detalles, ella no pretendía contárselos todos, al menos todavía. La puso al corriente en cuanto a la cena, de a que se dedicaba y poco más.

— Y, ¿es Orensano? ¿O solo trabaja aquí?

—No, es Ponferradino, como nosotras.

—Algo no me cuadra, si dices que te daba clases, será bastante mayor que tú —no le salían las cuentas, en algún momento tendría que enterarse.

—Sí, es un poco más mayor, pero no te preocupes mamá, creo que serán siete u ocho años —mentía, no quería que fuera una relación seria, para nada. Aunque desde la noche anterior, aparte de la atracción sexual, se estaba ilusionando, le parecía encantador y muy buena persona.

Ella y su madre siempre habían vivido en Ponferrada, en la provincia de León. Junto con su padre, aunque cuando falleció, decidieron mudarse y cambiar de lugar. En Ourense, a pesar de estar cerca, no tenían familiares ni amigos, pero el trabajo de Laura las arrastró allí y así lo decidieron. Llegaba la hora de irse a trabajar. Más contenta que los últimos días, montaba en el coche e iniciaba la marcha. Esa noche volvía a cargarse el tiempo, amenazaba con lluvias intermitentes, pequeñas ráfagas de viento le movían

ligeramente el pequeño coche. Sin mucha dificultad, llegaba a su destino, estacionaba en el aparcamiento y accedía al centro para cambiarse. Mientras se colocaba el uniforme lila, entraba su compañera, le daba los buenos días y se quedaba mirándola.

—A ti te ha pasado algo, venga cuéntame —la chica amable del bolígrafo, esta vez con zuecos amarillos, notaba a Laura sonriente, radiante, demasiada ilusión de cara a la jornada, para ser un turno de domingo por la noche.

—¿Te acuerdas del doctor de Natalia? La 415 —no podía evitar seguir sonriendo.

—Anda. Mírala a ella —sonreía y se llevaba las manos a la boca, con gesto de asombro—. Pues la verdad es que no. Estaba a mis cosas y no le vi muy bien la cara.

Laura cogía el carrito de las medicinas y comenzaban su ronda nocturna, esa noche se le estaba haciendo más liviana, cada vez que retomaban el pasillo, remontaban la conversación. Clara quería que le contara absolutamente todo. Paraban de hablar y entraban en la habitación del hombre de nacionalidad francesa.

—Este hombre. ¿Dónde demonios estará? —Miraba a la puerta del baño que permanecía entreabierta—. Laura, mira dentro a ver.

—Sí, miro, aunque parece que no está ahí —ya estaba cerca de la puerta y aparentemente no había rastro del francés—. No, no está aquí.

—De acuerdo, avisaré a los celadores, bueno cuéntame más.

Seguían con su tarea, esa noche estaba siendo tranquila. Una vez pasada la medianoche, amenizaban el turno con sus compañeros en el control de enfermería. Tomaban café y escuchaban un programa de radio nocturno. Permanecía todo en calma, salvo un pequeño ruido de plástico en movimiento, bastante molesto. En el pasillo de Laura, esos días hacían arreglos en un par de habitaciones, los plásticos delimitaban la zona. A la puerta de una habitación en obras, el plástico se movía haciendo un sonido bastante molesto.

—Clara, voy a ver, la ventana estará abierta, voy a cerrarla.

—Date prisa, ahora viene lo más interesante —permanecían todos reunidos escuchando con poco volumen el programa en los altavoces del ordenador.

—Sí, la cierro y un minuto estoy de vuelta.

A Laura le molestaba el ruido que estaba emitiendo el plástico debido al viento. Se encaminó a la habitación con la intención de cerrar la ventana. Cuando se acercaba a los plásticos en movimiento, los apartaba ligeramente. Podía ver en el fondo, la ventana abierta. Se metía en la habitación, rozaba despacio con la mano la pared hasta encontrar el interruptor y prendía la luz, pero no se encendía. Estaban haciendo arreglos en la instalación eléctrica en la misma. La poca luz que llegaba desde la calle la deslumbraba, hacía que le costara bastante avanzar. Caminaba con sumo cuidado, había materiales de obra por el suelo y precisaba de colocar los pies empleando toda su atención, si tropezara, seguro resultaría mal parada. Sorteando los obstáculos casi con el tacto de sus pies, ráfagas de viento acompañadas de un silbido y diminutas gotas de agua le impactaban en el rostro, moviéndole el pelo y obligándola a entrecerrar los ojos. Llegaba a la ventana. Eran ventanas batientes de recorrido regulable, solo podía abrirse escasos centímetros por la

parte superior con el fin de ventilar las habitaciones y poco más. Pero no conseguía cerrarla por completo, entre el viento, las diminutas gotas en su rostro y el poco uso, la maneta se le resistía, después de varios intentos, ejercía presión ayudándose con la otra mano contra el cristal y conseguía su objetivo, de nuevo calma y tranquilidad, se estaba poniendo nerviosa, las inclemencias del tiempo la inquietaban.

—Ya está, al fin silencio —murmuraba sin darse cuenta mientras se daba la vuelta para sortear de nuevo con calma los obstáculos.

Le había resultado complicado entrar sin tropezar para abandonar la habitación con seguridad, ahora que estaba más tranquila, se le ocurrió conectar la linterna de su teléfono. Con el tacto de sus pies y sin ninguna prisa, conseguía salir de la habitación. Ahora, sin agobios, se miraba el teléfono móvil para desconectar la linterna mientras caminaba por el pasillo central en busca de sus compañeros. Sus pies iban pisando las desgatadas baldosas cuando, a escasos metros de la puerta, de nuevo otra vez se escuchaba el mismo silbido y el plástico volvía a emitir el mismo ruido molesto que, inevitablemente para ella, la ponía bastante nerviosa. Se quedó parada, otra vez se alteraba, le costó bastante cerrar, no dudó en ningún momento de que no lo hiciera bien, pero sin duda alguna se había vuelto a abrir. Un poco mosqueada, repetía la operación. Esta vez encendía la linterna antes de entrar, apartaba el plástico y se adentraba, despacio conseguía llegar a la ventana. Alargaba el brazo hasta la manivela de la ventana batiente. Desde la oscuridad, notó una presencia, miró enfocando con el pequeño haz de luz que le ofrecía su teléfono, sin poder distinguir nada. Cuando de pronto unos brazos robustos se le abalanzaron sobre el cuello, rodeándoselo y casi asfixiándola. Con una mano le tapaba la boca para que no

gritara. Laura llevaba sus manos rápidamente a los brazos del intruso, cuando notaba una gran cantidad de pelo en los antebrazos. Se dio cuenta de que era el paciente francés, el que no hablaba nunca. Desprendía un fuerte olor agrio, de sudor ácida, muy desagradable.

Desesperada y con mucho esfuerzo, consiguió separarle ligeramente los dedos de la boca y le mordía muy fuerte uno de ellos con el fin de que la soltara. El paciente apartaba la mano y Laura soltaba un grito enorme. A los pocos segundos entraban a la habitación los demás compañeros a ver que le estaba sucediendo, ellos, que ya sabían que había zonas que carecían de luz, iban siempre provisionados de pequeñas linternas en el bolsillo de sus uniformes y empezaron a iluminar la cara de los dos. Ella intentaba librarse de él, aunque de manera inútil. Había conseguido taparle la boca de nuevo y la reducía por completo, además de manera muy fácil y sin esfuerzo alguno. Los dos enfermeros, se abalanzaron encima del agresor, consiguiendo que la soltara mientras intentaban reducirlo.

—¡Clara, rápido, trae para pincharlo! —les estaba resultando complicado debido a su robusta envergadura.

—¡Soltadme, solo quiero salvarla, tengo que llevármela, el mal se le acerca, no lo entendéis, quiero ayudarla! —eran unas de las pocas palabras que salían de la boca del paciente desde que había ingresado, de eso hacía casi un año—. Ayudarla, por favor, va a morir, lo he visto en sus ojos —miraba a Laura a la cara mientras le suministraban el sedante y se le iban apagando los ojos.

Finalmente consiguieron reducirlo, lo sedaron, lo sentaron en una silla de ruedas y se lo llevaron, según ellos a otra planta con más control. A Laura, se le quedó el fuerte olor impregnado en el

uniforme, su cara de asco declaraba pequeñas nauseas involuntarias. La sudoración es una actividad completamente normal del organismo. Su función es regular la temperatura del cuerpo e ir bajándola en función de la necesidad. El cometido del sudor es muy importante, siendo incluso preciso en ocasiones para la eliminación de toxinas, pero se entiende que hay un problema en cuanto el olor de la piel se vuelve especialmente fuerte y desagradable. Alterando incluso cualquier tipo de relación social a quien lo padece. Llegados a este punto, se trata de una infección bacteriana, que afecta sobre todo a los pliegues de la piel, es decir, las partes que se rozan entre sí. Visualmente se manifiesta en concreciones amarillentas, pero ante todo el olor fuerte, agrio e intenso. El paciente francés sin duda alguna lo sufría. En estado de reposo, Laura entró en su habitación varios días, notaba olor fuerte, aunque nada comparado con el estado de euforia y movimiento que ofrecía el robusto personaje en esa situación. Era tan intenso que incluso le escocían los ojos, cuando inhalaba por la nariz, en este caso obligada, porque todavía notaba la presión en su garganta. El desagradable olor aún le penetraba por la sien hasta el cerebro. Ella miraba cercos amarillos en su ropa; se imaginaba como las microscópicas bacterias correteaban por su uniforme de trabajo y por su piel. No pudo evitar regurgitar en el pasillo, dejando un vomito en el suelo en dirección hacia los servicios del personal.

Mientras se quitaba la parte superior de su uniforme, se lavaba cara y brazos frente al espejo y no podía borrar de su cabeza las palabras del paciente desequilibrado. Caminando semidesnuda, miró en su taquilla, comprobaba que disponía de repuesto, se desnudaba completamente y se metía en la ducha de los vestuarios. Cayéndole el agua por el pelo, se frotaba la piel con esmero, aunque solo estaba en su cabeza, ella todavía podía sentir el pestilente olor cada vez que inhalaba. Cuando cerró el grifo, emitió un suspiro, se

sentía afligida. Era una mujer fuerte, pero se había asustado bastante y para ella, que nunca se mostraba así, ni sola ni en compañía, se notaba justificada a su mismo criterio. Se frotaba el pelo con una toalla, insistía varias veces, quería secarlo todo lo posible. Cuando se sintió preparada física y mentalmente, colocaba la mano en el pomo redondeado de la puerta. Paralizada unos segundos; se agarraba la parte superior de su vestimenta y se la llevaba a la nariz con los ojos cerrados. Sabía de sobra que estaba recién lavado, que el olor cortante de aquel energúmeno ya no estaba, pero necesitaba comprobarlo. Inhalaba un aroma florar muy agradable, el suavizante que siempre usaba su madre desde que ella era pequeña, entonces abría los ojos con mirada decidida y cara elevada. Sí, ahora sí, se sentía preparada, abrió la puerta y se reunía con los compañeros.

—¿Cómo te encuentras? —la chica amable del bolígrafo en la coleta se acercaba con pasos rápidos en dirección a su encuentro.

—Bien, sí, estoy bien —miraba al frente decidida.

Clara entendió que no estaba bien, las formas y la contestación cortante y seca le dijo muchas cosas en pocas palabras. La invitó a sentarse junto a ella, apartadas del resto de personal, le propiciaba un ambiente reservado, con el fin de que se tranquilizara. Laura permanecía inmóvil con la mirada perdida.

—Que susto me he llevado —ya se iba soltando, quería hablar, pero lo evitaba a fin de no rememorar lo sucedido, sentía rabia, impotencia y pena. Cambiaba la cara y soltaba solo una lagrima intensa, que le mojaba la mejilla y le llegaba hasta la barbilla.

—Tranquila, puedes llorar, ven —Clara la abrazaba con todas sus fuerzas animándola.

El acto surgió efecto, rompió a llorar desolada, agarrada al cuello de su compañera y con la cabeza apoyada en su hombro pasaron varios minutos. Una vez había soltado la represión de aguantarse las ganas de llorar y haberlo hecho sin tapujos, iba encontrándose mejor, se acicalaba el pelo, que todavía permanecía un poco húmedo y se levantaba de la silla.

—Vamos, hagamos la ronda.

—De acuerdo, vamos, como quieras —Clara entendió, que anuqué todavía se sentía un poco apenada, le estaba pidiendo que le iría bien hacer la ronda que siempre hacían a las cuatro de la madrugada para comprobar que todos los pacientes duermen. Se miraba el reloj. Aún faltaba un cuarto de hora, no obstante, se levantaba con la intención de acompañarla en su decisión.

Hacían la ronda de costumbre, esta vez sin incidentes, eso sí, bastante más rápido de lo habitual. Todos los pacientes permanecían dormidos. Tres largas horas más tarde terminaban el turno. Laura se montaba en su coche, conducía con atención, la tormenta había remitido, pero el suelo estaba mojado. Se acercaba a su casa deseando que su madre no se hubiera levantado todavía. Cuando llegó a casa, abría la puerta muy despacio, pero su madre ya estaba levantada, preparaba el desayuno para las dos. Decidía en ese momento hacer un esfuerzo, no pretendía contarle nada, pensaba que era inútil preocuparla o hacerla padecer para nada.

—Buenos días cariño, siéntate, come algo antes de acostarte.

—Sí, de acuerdo.

—¿Cómo ha ido la noche?

—Bien. ¿Y tú? ¿Has comprado los utensilios para el baño? —quería cambiarle de tema de conversación. Hablar de cualquier cosa, con el fin de evitar que le preguntara por la jornada.

—Sí, después lo colocamos al sitio.

—Termino y voy a acostarme, estoy cansada —Quería irse cuanto antes a la habitación y dormir.

Así lo hizo, se acostaba y se dormía pensando en Mario, en cuando lo vería de nuevo.

Capítulo 8 (La cita)

Mario se levantaba con intención de terminar la tarea que se había dejado pendiente. Se colocaba cómodo, colocándose su batín a cuadros de andar por casa. Ordenaba las herramientas en su sitio, no era más que un panel en la pared; iba recolocando o reponiendo respectivamente cada objeto en su lugar. Cuando dejada la sierra en su sitio, se daba cuenta de que, gotas resecas ensuciaban el filo y los laterales de la hoja; decidió descolgarla de nuevo. Sacaba de un armario que tenía a su disposición justamente al lado, productos de limpieza. Giraba el tapón de una botella de desinfectante, mojaba un trapo y se daba la vuelta para apoyar la sierra en la mesa de trabajo, debajo del panel de herramientas. Con todas ellas de fondo, sumamente ordenadas, limpiaba con esmero la hoja de su vieja sierra de mano. Cuando terminó de sacarle toda la suciedad, la colocaba colgada, delante de nueva sierra que reciente había adquirido.

Se encontraba en una especie de cobertizo, anexado a la casa. Era lo que hacía servir de garaje. Mientras terminaba su cometido con la reposición de las herramientas, detrás de él, reposaba su pequeña barca, tapada con una lona plástica. Era la que usaba para ir a pescar truchas; debajo de la lona, un par de cañas y un salabre aguardaban en un lado. Cuando se dio por satisfecho, abría una puerta de bisagras chirriantes, un poco vieja y carcomida, que ya empezaba a descolgarse de un lado. Daba acceso a un corto pasillo que desembocaba en el salón de la casa. El doctor se detenía en la cocina abierta, solo la separaba una pequeña barra de mármol vieja. A los pocos minutos de moverse por delante del fogón, se escuchaba un silbido tenue, acompañado de vapor y un aroma a café muy agradable. Mario siempre lo preparaba con la clásica cafetera

italiana. Produce un café de calidad, intenso, y en escasos minutos se puede disfrutar de un sorbo con cuerpo. Es la manera casera de conseguir un café expreso a baja presión. Se tomaba su café a pequeños sorbos, saboreándolo al máximo. Una vez saciada su necesidad de cafeína, se encaraba a la puerta del salón, la puerta de las dos cerraduras, la puerta que un puñado de horas antes miraba mientras se quedaba dormido en el sofá. Introducía su mano en el bolsillo de su batín estampado. La punta de sus dedos notaba el frio metal usado comúnmente en el instrumento que, introduciéndolo dentro de una cerradura permite activar el mecanismo que la abre. Sí, sacaba la llave del bolsillo y hacía girar las dos cerraduras. Un chirrido acompañaba a su gesto de empujar la puerta y abrirla, las bisagras que guardaban en la parte interior se habían oxidado debido a la humedad que emanaba de la parte inferior de las escaleras que apuntaban a una oscuridad total. Mario, con un movimiento casi involuntario, disparaba su mano hasta el interruptor, que básicamente era una pequeña cuerda que colgaba de un lado. Era muy antiguo, de los primeros en su uso, no fue hasta el 1884 cuando se inventó el primer interruptor, que funcionaba con interrupción rápida. Poder llenar un espacio de luz con un simple movimiento de mano, era un acto asombroso en aquellos tiempos, lo que ahora hacemos sin apenas prestarle mayor importancia, antaño se consideró un cambio radical, revolucionando el sistema.

Toda una hilera de bombillas, llenaban de luz un pasillo subterráneo, construido únicamente con ladrillos macizos, con forma de bóveda. Conectaba la casa central con otra estancia. Unos cien metros de pasadizo húmedo y angosto, hacían llegar al caminante hasta otras escaleras. Mario las subía y aparecía frente a una puerta con varias cerraduras. Rebuscaba en su bolsillo y hacía girar los mecanismos de cierre. Tras esta, aparecía en el módulo que hacían servir de granja sus abuelos. Mario se desplazaba solo a unos escasos

metros de la puerta, extendía su mano para coger dos sacos. Retomó el camino por el túnel de bóveda, arrastrándolos por el suelo. La expresión de su cara reflejaba que el peso que deslizaba era notable, sin prisa, pero sin pausa, llegaba a las otras escaleras. Subía los sacos uno a uno y los dejaba a un lado, en el cobertizo que hacía servir de garaje. Con actitud decidida, retiraba la lona que cubría su embarcación y la guardaba en una estantería, bien doblada. Comprobaba que estaban todos sus aparejos de pesca abordo, una vez cerciorado, se dispuso a cargar los dos sacos en la barca, junto con varios trozos de cuerda.

Una vez su camioneta arrastraba la lancha, ponía rumbo al Sil, al lugar en donde se sentía en paz y se deleitaba del paisaje en sus ratos libres. Mientras conducía, se encendió la pantalla de su teléfono móvil, que reposaba en el asiento del copiloto. Era una notificación que podía ver en la pantalla emergente. Una leve sonrisa, mostraban sus labios. Era Laura, decía: "Tengo ganas de verte", estas sumadas a un emoticono de un beso. Mario cambió la expresión de su cara el resto del viaje, ya no estaba tan concentrado en su tarea, sino en ella. Ahora miraba la carretera, pero no la veía, solo una conducción automática lo estaba llevando a su destino. Su cabeza estaba a otra cosa. Había llegado a su lugar preferido. Botaba la barca al agua, haciéndola deslizarse suavemente por los rodillos del remolque mientras la aguantaba sujetando una cuerda en sus manos. Solo el hecho de esa acción, ya le estaba proporcionando placer, evidentemente, siempre que la hacía le aguardaba un estupendo paseo por aquel paraje mágico, al menos para él.

Prendía el motor y empezaba a navegar muy despacio, sentía la ligera brisa que hacía la barca al desplazarse en su cara. Esa mañana, el día estaba en calma absoluta. La bruma se llevaba todo el protagonismo, ocupaba todo el ambiente. Esa niebla tan

característica que se forma encima del agua, en la superficie del mar o en este caso encima del río, que le obligaba a navegar con cierta atención. Cuando llegaba a su zona preferida, abría los dos sacos y sacaba un pequeño pedral. Cerraba los sacos con cuerda fina, dejando un pequeño trozo sobrante para posteriormente atar el peso muerto a estos, con la intención de que se hundieran en el fondo. Uno a uno, los echó al agua, empezando a descender hasta el fondo. Pequeñas burbujas de aire iban subiendo a la superficie. Una vez todo preparado, ya podía probar suerte, ahora sí, lanzaba su caña, con la esperanza de coger algún buen ejemplar.

En ese instante estaba en calma absoluta, disfrutaba de una jornada inigualable; para él no había mejor plan para un día de ocio. Detrás suyo, los viñedos más antiguos de la Ribera Sacra. Con una orografía escarpada y por supuesto, los longevos viñedos, ubicados en zonas de hasta 85 grados de inclinación y predominando en estos la uva Mencía, de tamaño medio, con piel fina y de color rojo oscuro y negro. Estos hermosos paisajes otoñales de esta región, se convierten en un regalo para los sentidos. El silencio, roto en pequeños instantes por alguna ave rupícola o rapaz, se esfumaba cuando su teléfono móvil empezaba a sonar. Mario cambiaba la expresión de su cara, se enojaba solo de escucharlo, no obstante, volvería a cambiar la misma cuando observara la pantalla táctil. Era Laura, soltaba la caña y sonreía ligeramente.

—Buenos días, ¿qué me cuentas?

—Hola, te llamaba por si quieres que vayamos a comer a algún sitio.

—Pues no sé cómo tengo el día, déjame ver la agenda —paraba de hablar y sonreía, la aguantaba a la espera, para hacerla padecer cariñosamente—. Parece que sí puedo, ¿a las dos va bien?

—Perfecto —soltaba un pequeño suspiro y una sonrisa, apenas inapreciable al otro lado de la línea, aunque Mario, acompañado de calma absoluta, pudo apreciarlo, haciéndole sonreír a él también.

Parecía que ya no alargaría tanto la jornada de pesca. Decidió poner rumbo tranquilo hacía su zona de partida, eso sí, no podía permitirse el no disfrutar del paraje otoñal, navegaba despacio y observando todo. Llegó al vehículo y se daba un poco de prisa por recoger los bártulos e irse cuanto antes.

Por otra parte, Laura, se probaba un par de vestidos. Se sentía entusiasmada, como una colegiala enamorada. Se decidía por un estilo Casual Chic, que marca un modo de vestir elegante, pero cómoda y relajada. Trata de utilizar prendas básicas o diseños sencillos, acompañándolas de otras prendas más elegantes, dando un toque sutil al conjunto. Ideal para cualquier evento o comida semiformal. Se decidió por una falda un poco ajustada y una blusa blanca, acompañada de un pequeño bolso de fiesta y un poco de bisutería moderna estrafalaria. Terminándose de maquillar, ya un poco nerviosa, repasaba no dejarse nada fuera de lugar, devolviéndole repetidas veces la imagen de su cuerpo el espejo empotrado en el armario. Cinco minutos antes de la hora que se había propuesto partir, ya estaba preparada por completo. Se colocaba un pañuelo en el cuello y se miraba otra vez al espejo, ahora en el de la entrada de casa. Con el pulso acelerado, decidía no esperar más, agarró las llaves del coche y cerraba la puerta de casa de un portazo, decidida y con la mirada al frente. Arrancaba el motor y sintonizaba la emisora preferida para su estado de ánimo, elevando el volumen casi al máximo de su rendimiento. Esta vez, llevaba las expectativas por las nubes, estaba decidida a dejarse llevar por lo que surgiera. Sin forzar nada, pero sin frenar lo que

pudiera ocurrir. Llegaba a la cita y Mario la esperaba en el aparcamiento del restaurante, junto a una columna, apoyado y con una pierna entrelazada con la otra, con pantalones vaqueros y una americana color café crudo. Él sonreía mirándola, entusiasmado con la cita.

En toda la comida no cesó la conversación en ningún momento, apenas hubo silencios para que pudieran escuchar el sonido típico de cualquier local de restauración, con las voces de fondo y el sonido de los cubiertos. En todo momento tenían conversación entablada. La botella de vino, en un lado la mesa, empezaba a restar, sin embargo, ellos empezaron a sumar, cada vez más sueltos y con menos tapujos. Esta vez tampoco empleaba mucho protagonismo el suculento bocado que les acercaba un empleado del local. Les dejaba en la mesa, un chuletón madurado, que iba enfriándose sin que le hincaran el diente, estaban demasiado ocupados hablando de sus vidas, desde su infancia hasta el presente. Esto forzó que se les juntaran varios platos en la mesa, alargando la comida hasta casi tres horas. Aún no querían que finalizara la agradable cita; decidieron sentarse en un bar de copas cercano. El alcohol empezaba a hacer efecto, dejando que Laura se mostrara totalmente como era, ahora sin vergüenza alguna, bromeando y riendo en todo momento. Eso todavía no lo había visto Mario, ella siempre había estado muy reservada a la vista de sus ojos, pero ahora le gustaba más, si aún cabía. La noche había entrado por completo y la tensión iba en aumento. Sin mediar palabra, ya estaba decidido, se marchaban del local y ponían rumbo al piso de Mario. Estaba cerca, caminaban por la acera e iban besándose. El ambiente subía de tono por momentos. A un portal antes del suyo, se detenían, ella lo empujaba a la pared y llevaba sus manos a los pantalones vaqueros.

—Vamos, es aquí mismo —miraba a derecha e izquierda, la calle permanecía despejada, no obstante, la calmaba indicándole el siguiente portal.

Una vez montados en el ascensor, ya tiraba el bolso al suelo, las manos de ambos se movían libremente por todas direcciones. Se abrían las puertas y permanecían en el sitio, cuando ella se dio cuenta, se bajaba la falda y se dirigían a la puerta. Mario trataba de meter la llave en la cerradura, entre el alcohol y las manos de Laura, le estaba costando abrir. Finalmente, abría la puerta y se metían dentro del minimalista apartamento. Por el pasillo iban dando tumbos, enroscados la una al otro. El pañuelo del cuello fue la primera prenda que tocó el suelo, antes incluso de entrar en la habitación. Varios segundos después llegaban al catre y dejaban rienda suelta a todos sus sentidos. Una vez desatada la tensión sexual, reposaban los dos en la cama. Laura permanecía con la cabeza apoyada en el pecho de Mario, acariciándole el brazo.

—¿Y esta marca? —le acariciaba el interior del antebrazo, por arriba de la muñeca.

—Nada, una chiquillada —Le enseñaba una marca de una quemadura, con forma de cara contenta, de unos cuatro centímetros de diámetro—. Un campamento de verano. Fue una especie de juramento.

—Vaya, pues esa tontería te acompañará toda la vida —miraba con recelo la quemadura. Por un instante pensó que no era muy normal, dejarse hacer una quemadura tan grande. Le parecía muy raro y la observaba con calma.

—Bueno. Me hace recordar cosas —le quitaba importancia, como si se sintiera avergonzado o quisiera ocultarla.

A la mañana siguiente, le daba el sol en la cara a Laura, abría los ojos y los volvía a cerrar. La resaca era considerable, no obstante, le estaba bien justificada. Miraba a Mario, que aún dormía y sonreía, se sentía feliz. Una lluvia de prendas de ropa inundaba la habitación, esparcida por todos lados. Completamente desnuda, se levantó y recogía su ropa, se veía obligada a buscar por toda la habitación, le faltaban las braguitas, moviendo la cabeza en todas direcciones, las veía colgadas en la luz de la mesilla del lado de Mario, las cogía y se dirigía a la ducha. Mario se despertaba con el ruido del agua, sonreía, frotaba sus ojos y miraba la ropa esparcida, la sonrisa se convertía en risa, se sentía feliz. Se levantó dispuesto a preparar café y algo para llevarse a la boca. En poco tiempo, preparaba algo decente para desayunar. Se sentaban a la mesa, recordando la noche anterior, ambos notaban buenas sensaciones hasta el momento de cómo se estaba desarrollando la situación. Una bonita despedida y Laura cogía todos sus efectos personales para irse a casa. Al mismo tiempo, Mario se preparaba para salir del apartamento, al lado de un mueble, en el suelo, veía el pañuelo de Laura, lo recogía y se lo llevaba a la nariz. Le encantaba su olor y su perfume. Se lo guardaba para devolvérselo y finalmente, con una sonrisa en los labios cerraba la puerta del piso. Se dirigía a la casa de campo, llegaba y daba de comer a los perros. Repasaba vagamente el correo de varios días y desechaba la mayoría en la papelera. En un acto decidido, como si estuviera esperando con ganas a ello, abría la puerta de las dos cerraduras que conducían al paso subterráneo y bajaba las escaleras.

Caminaba decidido, sin titubeos. Subía las escaleras y hacía chirriar la otra puerta abriéndola rápido para volver a cerrarla. Se desplazaba unos pocos metros y llegaba a un pasillo en donde sus abuelos criaban a los cerdos, a modo de jaulas. Silencio absoluto, solo sus pasos rebotaban con efecto sonoro a eco, en aquellas paredes húmedas.

—¿Qué diablos quieres de mí? ¡Estás loco, suéltame maldito enfermo! —una voz rota, le gritaba reprochándole desde dentro de unos barrotes, la poca luz solo dejaba ver un rostro humano, atrapado dentro de esa celda. Estaba herido, sangrando y agotado.

Mario no se dignó a contestar, simplemente pasó de largo y se disponía a colocarse un delantal de carnicero; acto seguido se arrodilló frente a la celda y se puso a rezar sustentando su pequeña biblia.

Capítulo 9 (El alta)

Laura se dirigía al trabajo, daba pequeños golpes al volante mientras conducía, acompañaba los acordes y los bajos de la música, cantaba y marcaba el paso. Debajo de sus gafas de sol, unos labios exuberantes. Quedaba muy poca luz del día, en breve entraría la triste noche y su turno nocturno, aunque no le importaba, eso estaba en segundo plano. Llegaba al aparcamiento y cerraba la puerta del coche con el talón del pie, mientras se estiraba el cabello para atárselo con una goma del pelo. Caminaba decidida a su puesto de trabajo. Una vez veía a Clara, que ya llevaba su particular bolígrafo introducido en su coleta, ella la miraba fijamente a los ojos.

—¡Mírala! Pues sí, sí que ha ido bien la cita —colocaba sus brazos en jarra, apoyándolos en su cadera, con máximo asombro.

—Para, espérate Clara —susurraba y bajaba la mirada al mismo tiempo que se sonrojaba, su superiora permanecía cerca y para nada pretendía que se enterara de, que se estaba viendo con un médico con pacientes en el centro, al menos por el momento.

—Bueno, cuéntame, bien seguro, porque la cara que me traes… —la iba acompañando al vestuario, caminando juntas y hablando en voz baja.

—Sí, bien, lo pasamos bien.

—No fastidies. ¿Ya está? Cuéntame todo.

—Sí, terminamos en su casa —sonreía y se llevaba la mano a la cara, tapándose los labios sonrojada, refrescando la velada anterior.

Laura, mientras se cambiaba la puso al corriente de casi todo. Antes de cerrar la taquilla, le pedía perdón a su padre, para posteriormente, como de costumbre, besarse los dedos y deslizarlos por la instantánea. Llegaban al control de enfermería, permanecía todo tranquilo, quizás demasiado. La recién enamorada, cogía el carrito y empezaban el turno de las medicinas. Haciendo la ruta, Clara intentaba sonsacarle hasta el más mínimo detalle, consiguiéndolo por completo. Entraban a la habitación de Rosa. Tenía la maleta en la cama y observaba la feria, pegada a la ventana.

—Que bien Rosa, ha llegado el momento —dejaba la carpeta en los pies de la cama y se dirigía a abrazarla.

—Gracias cielo, se me ha hecho eterno.

—Me acordaré de ti.

Rosa se despedía de Clara, llevaba bastante tiempo ingresada y mantenían buena relación, era una, ahora ya expaciente, que había dado muy pocos problemas. Se abrazaban cuando, un enorme grito les quitó el protagonismo de la situación por completo.

A tan solo un puñado de metros, Natalia, la paciente del doctor Vargas, al parecer, estaba autolesionándose, dándose cabezazos contra la pared, poseída. Actuaba de una manera antinatural, arrojándose contra las paredes, como si una fuerza extraña o paranormal la impulsara a hacerlo. La sangre protagonizaba la escena, tintaba toda su ropa de cama y las paredes de la habitación. Comenzaba a desfigurarse la cara, la situación era dantesca, su rostro infernal, Sus ojos marcaban derrames internos de sangre, marcándole un aspecto diabólico. Los celadores intentaban calmarla, pero sin éxito alguno, finalmente, tres celadores la reducían inyectándole Propofol.

La jefa de planta llamó de inmediato al doctor Vargas, para que se presentara de urgencia. En cuestión de minutos, ya presente en el centro, hablaba con la superiora de lo sucedido, aportando esta, imágenes de las cámaras de seguridad. Laura, con calidad de testigo los acompañaba en control de enfermería, que a la vez no daba crédito a las palabras de Mario.

—Puedes ver que no hay mejora alguna —le señalaba con la mirada las imágenes del monitor, reproduciéndolas en bucle.

—Sí, ya veo —se quedaba en silencio, pensando durante un momento—. Bien, le voy a dar el alta ahora mismo.

—¿Cómo el alta? —Laura interrumpía por primera vez en la conversación, no entendía nada—. Esta mujer está fatal, no puede andar sola por ahí.

—No, para nada, me haré yo cargo de ella, tranquila, estará en buenas manos —le guiñaba un ojo a Laura, a espaldas de la superiora—. Además, desde que está ingresada aquí no ha habido mejora alguna, más bien, todo lo contrario.

—Bien, perfecto —La jefa de planta, estiraba la cara y apretaba sus labios, mostrando frialdad absoluta y dejando entender, que le importaba bien poco lo que sería beneficioso o no para su paciente, su rostro pasivo y cejas ligeramente elevadas, mostraba alegrarse de quitarse un problema de encima.

Laura intentaba encontrarle alguna explicación para lo que pretendía hacer Mario. Abandonaba la reunión, totalmente confusa, por muchas vueltas que le daba, no encontraba ninguna opción que pudiera ayudar a la paciente. Esperaba cerca a que terminaran el papeleo y cuando el doctor se marchaba, se acercaba a él.

—No entiendo nada —caminaba a su lado, bastante rápido.

—Tranquila, no te preocupes, la voy a ingresar en otro sitio —paraba de caminar y la miraba fijamente a los ojos—. No tengas ninguna duda de que, estará mejor que aquí.

—Bueno, claro, ya comprendo —cambiaba la expresión de la cara, ahora lo entendía.

—Confía en mí, no te preocupes, estará bien cuidada

—De acuerdo, me dejas más tranquila.

Laura y Clara, ayudaron a Natalia, con las curas en su cara y ayudándola a limpiarse toda la sangre reseca del cuerpo en la ducha.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te has hecho daño? —Laura, ahora que ya la veía más tranquila, le preguntaba intrigada mientras la secaba con la toalla.

—No he sido yo —se quedaba en silencio unos segundos—. Se que pensáis que estoy loca, claro, evidente; ha sido ella. Venía a por mí con un cuchillo y me empujaba contra las paredes. He conseguido quitarle el cuchillo, entonces se ha enfadado y ha empezado a golpearme y a levantarme por el aire.

—Tranquila, te pondrás bien. Confía en él. El doctor es muy buena persona, te cuidará bien, no tengo dudas —terminaba de peinarla mientras Natalia permanecía sentada en los pies de la cama, aún con la mirada perdida.

Laura sabía que eran todo imaginaciones de la paciente, aunque repasaba las imágenes en su cabeza y se le erizaba el vello de sus brazos. En la pantalla, como bien decía ella, se podía observar algo

que la inquietaba, como si sus movimientos fueran antinaturales, no encontraba ninguna explicación científica para alguno de sus movimientos contra aquellas paredes, no obstante, decidió no calentarse la cabeza en ese tema, intentando no pensar más en ello; ese tema la horrorizaba. Poco antes de terminar su turno, pasaba por la puerta del ascensor. En ese momento miraba en el interior y pudo observar a Natalia, ya vestida con su ropa y con la maleta en la mano, la acompañaban dos celadores que no había visto aún, bastante robustos. Laura estaba relativamente cerca de la puerta y vio como uno de ellos introducía una pequeña llave en la botonera interior de la cabina, para bajarla hasta el sótano. En la planta menos uno, donde según le había dicho Clara, solo había maquinaria y grupos electrógenos.

—Pero ¿dónde la llevan? —susurraba mientras se cerraban las puertas y Natalia se quedaba mirándola a los ojos.

En ese momento se marchó en busca de Clara, que permanecía en control de enfermería, rellenando una hoja del turno correspondiente.

—Clara, escúchame. ¿Dónde se llevan a Natalia? He visto que la bajaban al sótano.

—¿Cómo al sótano? Es imposible, le han dado el alta, te habrás confundido —seguía con lo que estaba haciendo sin prestarle mucha atención, casi sin mirarla.

—Escúchame, te digo que lo he visto seguro, la bajaban al sótano, con la llave —la cogía del brazo para que le prestara atención.

—Pues no sé, puede que se equivocaran, ¿rutina? Podría ser.

Laura se convenció, no mucho, pero lo suficiente como para no darle más vueltas, entonces se miró el reloj y tocaba ir a cambiarse, el turno había terminado. Esa misma tarde, había quedado con Mario, para pasarla en la casa de campo. Se marchaba a casa pensando en eso, estaba ilusionada. Su intención era descansar un poco para reponer fuerzas e irse a conocer la casa; así lo hizo.

Mientras tanto, Mario ya se encontraba allí, en su casa de campo. Terminaba de llegar del centro psiquiátrico, entraba en la casa y hacía una parada en la cocina para comer algo, seguidamente se preparaba un café y lo tomaba a pequeños sorbos, mirando con atención a la puerta de las dos cerraduras, llevaba algo navegando en su cabeza. Disfrutaba tranquilamente hasta terminarse su dosis de cafeína y empezaba a avanzar con pasos decididos, en dirección a la puerta, sacando la llave antes de llegar a ella, para bajar las angostas y empinadas escaleras. Caminaba de nuevo los metros que separaban la casa de la granja, a través del paso subterráneo. Infinidad de pequeñas gotas de agua se sustentaban en el techo de bóveda, de las cuales la mayoría se deslizaban hasta acabar chorreando por las paredes, dando al claustrofóbico pasadizo un ambiente un poco tétrico. Llegaba al final y subía las escaleras. Nada más entrar, caminaba varios pasos hasta una zona con unas herramientas sobre una mesa. El aspecto del lugar era sombrío, apenas pequeños haces de luz entraban por un lateral de la fachada, a través de diminutas ventanas muy elevadas, haciendo que varios rayos de luz marcaran todo el polvo en suspensión que se sustentaba en el aire.

Se colocaba otra vez el delantal de carnicero, pretendía retomar la tarea que no le habían dejado hacer a causa de la última llamada telefónica. Pequeños ruidos ajenos a él se escuchaban en el mismo sitio. Era la persona que estaba retenida dentro de la celda, apenas se distinguía un rostro humano, agotando sus pocas fuerzas para agarrar sus manos en los barrotes y aguantarse de pie. Mario se acercaba hasta una pared, casi a oscuras, llevaba su mano hasta un viejo interruptor de conexión, de pared, con mango de madera y base de mármol, el mismo que usaban sus abuelos hacía cinco décadas. Con un movimiento, de casi todo el brazo, conectaba la luz y se encendían toda una retahíla de focos redondos, de grandes bombillas de luz cálida en el techo.

Capítulo 10 (Oscuridad absoluta)

Laura, llegaba de regreso al trabajo, se reunía con sus compañeros y el turno estaba siendo tranquilo; quizás demasiado. Eso estaba dejándole tiempo para pensar. Pensar, en Natalia, en la agresividad de su autolesión, sus palabras y las imágenes que vio.

—¿Hola? ¿Hay alguien? Pásame esas medicinas —Clara mostraba un pedazo de ironía, estaba viendo a Laura en otro mundo.

—Perdona, sí, te las doy —sus pupilas se contrajeron mientras movía la cabeza, agitándola levemente, se había quedado atontada mirando al frente.

—¿Qué te pasa? Estás muy pensativa hoy.

—Estoy pensando en Natalia, ¿tú crees que estará en casa? ¿Seguro que no está en el sótano?

—Mujer. ¿Cómo va a estar ahí?

—No sé, los celadores del otro día, sus caras, no las había visto antes. Además, le vi colocando la llave en la botonera, muy sospechoso todo —arrastraba el carrito al lado de Clara, pero ella seguía mirando sus papeles, apenas la estaba escuchando.

—Chica, yo creo que estás paranoica. Pásame la medicina de este paciente.

—Bueno, sigo pensando que algo pasa —su cara mostraba que no estaba convencida, para nada.

Terminaron su ronda y regresaron al control de enfermería. Una vez allí, se sentaron todos, mientras Laura permanecía apoyada en el mostrador. En una esquina, había una pequeña caja con llaves, eran de las habitaciones, removiéndolas, pudo observar que no todas eran iguales. Cogía una pequeña llave, rectangular. <<será esta, seguro>> Se iba convencida hacia el ascensor, pulsaba el botón impaciente, mientras miraba a derecha e izquierda. Eran las cinco de la madrugada, estaba todo en calma absoluta. El ascensor subió, ella se metió dentro, un poco nerviosa, intentaba colocar la llave en el hueco de la botonera de la planta menos uno. Después de varios intentos, se dio por vencida, esa llave no era. Decidió bajar por las escaleras para intentar acceder hasta el sótano, cuando llegaba a la planta inferior, unas puertas de emergencia le impedían avanzar, solo podían abrirse desde dentro. Regresaba cabizbaja con sus compañeros. Una hora después, se acercaba un celador, se detuvo delante de Clara y mantenían una pequeña conversación sobre un paciente. Laura pudo observar que llevaba un pequeño llavero colgado en la cintura. Agarraba el carrito de las medicinas y haciéndose la torpe, tropezaba con él para hacerse con la ansiada llave. Se metía en el ascensor e introducía la llave en la botonera. Esta vez sí, las puertas se cerraron y el ascensor comenzó a descender, al contrario que sus pulsaciones, que empezaban a subir.

Las puertas correderas se abrían y tímidamente asomaba la cabeza. El pasillo permanecía oscuro, apenas cuatro luces de emergencia indicaban la salida hacia las puertas dobles de emergencia. Detrás de ellas las escaleras. En la parte opuesta, varias puertas con indicaciones de salas de máquinas. En el fondo una puerta doble. Se acercaba con pasos tímidos, una vez delante de ella, la observaba minuciosamente. <<esta puerta parece que no se usa mucho>> Finalmente se convencía, le pareció que llevaba tiempo sin abrirse. Miraba a su alrededor y había una calma absoluta, solo

podía escuchar un zumbido sumado a una pequeña vibración, que provenían de la parte posterior de las puertas de mantenimiento, entonces regresaba al ascensor para subir. Ahora más tranquila.

—¿Dónde te habías metido? Estaba preocupada —Clara la veía acercarse a ella por el pasillo de desgastadas baldosas.

—He bajado al sótano, necesitaba verlo con mis propios ojos.

—Que cabezona eres, Natalia estará en su casa, le han dado el alta, no sé por qué le das tantas vueltas.

A un puñado de kilómetros de allí, Mario, seguía con su cometido. Con su delantal de carnicero y sus herramientas en la mesa, estaba preparado. De fondo, la persona que tenía retenida entre los barrotes. Era Álvaro, desnutrido y sin fuerzas, casi no podía sostenerse en pie. El doctor, lo acompañaba cordialmente a una habitación, completamente alicatada. Revestida de azulejos cerámicos de color blanco roto, de pequeño formato, antiguos, con las juntas amarillentas por el paso de los años. Lo cogía y lo tumbaba en algo parecido a una mesa metálica. Lo sujetaba con correas y se puso a esperar.

—Tranquilo, ya casi te toca, rezaré por ti.

—Estás loco, suéltame —le costaba bastante hablar y el miedo le estaba haciendo temblar mientras permanecía tumbado en el frío metal.

—Bueno, es una forma de verlo. ¿Quién decide quien está cuerdo o está loco? ¿Dios?, tranquilo, estarás bien —le acariciaba la frente tranquilizándolo.

Minutos más tarde, se escuchaban pasos, se acercaba una persona con vestimenta médica, con un carrito de acero, en la parte superior, un par de bandejas con herramientas quirúrgicas, en la parte inferior algo que no podía verse bien, la poca luz no dejaba distinguirlo con claridad, al parecer un bulto grande.

—Juan, te has retrasado, pensaba que estarías aquí.

—Sí, démonos prisa, ya tendría que estar marchándome —el nuevo individuo, se colocaba bien unos guantes de látex acercándose a Álvaro, que permanecía tumbado y atado en la mesa de acero. La expresión de su mirada y la cinta americana en la boca, no presagiaban nada positivo para él.

Los dos, se situaron frente a Álvaro, lo miraban fijamente a los ojos. Juan, el de momento, misterioso individuo, vestía completamente de blanco, con zuecos de espuma blancos, con un estampado de pequeños corazones y mascarilla quirúrgica azul, tapándole el rostro. Tan solo unos ojos oscuros y un cuello robusto se podían distinguir. Se acercaba el carrito a la mesa y repasaba visualmente los instrumentos.

—Vamos a empezar, démonos prisa.

—Sí, cuando quieras —Mario, con absoluta frialdad, recolocaba una lámpara Cialítica, que colgaba del techo. En ese mismo instante, su teléfono móvil empezaba a vibrar y miraba la pantalla táctil—. Empieza tú, voy a contestar, si terminas me avisas, estaré fuera.

Salía de la oscura habitación con una sonrisa, se apartaba unos metros de la puerta y contestaba a la llamada.

—Hola, que bien escucharte —bajaba la cabeza y aún sonreía más, era Laura.

—Tengo ganas de verte, ¿te parece que comamos juntos? ¿Te va bien?

—Por supuesto, en media hora nos vemos, perfecto. Estaba haciendo unas cosas, pero eso puede esperar —miraba de reojo a la puerta de la habitación, al mismo tiempo que se escuchaban gritos de dolor, espantosos, Mario tapaba la parte del micrófono y se alejaba más para terminar la conversación.

—De acuerdo, nos vemos pronto —se despedía con una pequeña sonrisa.

Mario, cambiaba la mirada de indiferencia por una de alegría, mientras tanto se acercaba a la sala en donde estaba su compañero. Los gritos no cesaban. Asomó la cabeza y la blanca vestimenta de aquel individuo, ahora estaba tintada de rojo, la sangre predominaba toda la escena.

—Escúchame, tengo que irme, es urgente.

—No me jodas, ¿ahora mismo?

—Sí, necesito irme, cuando termines lo dejas todo así, yo me haré cargo del resto, como siempre, no te preocupes.

Mario abandonaba la macabra escena para verse con Laura. Se quitaba el delantal y lo tiraba despacio en el respaldo de una vieja silla de madera. Regresaba por el claustrofóbico y enladrillado pasillo, cepillándose el pelo con los dedos y estirándose las mangas de la camisa. Quería estar perfecto para la ocasión, antes de salir de casa, se miraba en un espejo y repetía la operación. Montaba en su

coche ilusionado, Laura le estaba haciendo sentir como ya hacía tiempo. Esta vez quedaron en un bar de tapas, un poco más informal, de todos modos, la comida que les sirvieran en la mesa, poca importancia tomaría. Laura se acercaba al local sonriente, no se le iba él de la cabeza. Notaba una sensación agridulce, porque no quería encapricharse, pero le resultaba imposible. Sus gestos, su mirada, su manera de hablar, todo en él, le resultaba hechizante. Por un instante, deambulaba por su cabeza, su madre. Si todo iba como ahora, tendría que afrontar el contárselo, la diferencia de edad, sin duda alguna era un gran problema.

Mario llegaba al local el primero, escogía una mesa en la cual vigilaba la puerta, para poder verla al entrar, en ese momento, sentado esperándola, sus manos sustentaban un objeto. Cerraba los ojos e inhalaba la prenda de Laura, el pañuelo del cuello que se dejó en su casa, el día que pasaron la noche juntos. Repetía el gesto, volvía a inhalar, ahora más fuerte, le producía una enorme sensación de placer el recordar su olor corporal y su perfume. Su idea era devolvérselo, pero cuando la veía entrar por la puerta, decidía guardárselo en el bolsillo, así podría recordar su olor cuando quisiera. Laura llegaba a su encuentro, él se levantaba y dudaba. No sabía cómo saludarla, si con un saludo formal, o arrojarse a sus labios. Se saludaban formalmente y se sentaban a la mesa.

—Cuéntame, ¿qué era eso que estabas haciendo? Eso que podía esperar para más tarde —sonreía y se mordía el labio mirándolo a los ojos, de cerca.

—Estaba deshaciéndome de cosas inservibles. O tirando la basura, algo así.

Esta vez, el alcohol no hizo acto de presencia, aun así, la tensión sexual iba en aumento, cuando terminaron de comer, casi sin mediar

palabra, subieron de nuevo al pequeño apartamento. En esta ocasión, el ascensor no se convirtió en el primer escenario de pasión, no obstante, el recibidor sí que se llevó el protagonismo, terminando casi desnudos en él. El espejo de la entrada reflejaba sus cuerpos, girando y golpeándose contra los muebles y las paredes. Dando tumbos llegaban a la cama y empezaba una nueva lluvia de prendas, las pocas que habían resistido hasta llegar allí.

Desatada toda esa locura, se quedaron dormidos, una hora más tarde, Mario se despertaba, se miraba el reloj de pulsera y se acordaba de Juan y de Álvaro, los dos le esperaban, cada uno a su modo. Le levantaba la cabeza con cuidado a Laura y la dejaba reposar con suavidad en la almohada, consiguiendo que no se despertara. Se vestía bastante apresurado y le escribía una nota mientras sonreía.

*Eres increíble, necesitaba irme urgentemente, estás en tu casa. Nos vemos pronto.

Dejaba la nota en la mesita, debajo del teléfono móvil. La arropaba con la sábana y se marchaba en dirección a la puerta con las llaves de su vehículo ya en la mano. Montaba en el coche y ponía dirección a la casa de campo. Casi murmurando, repasaba lo que llevaba en mente y en pocos minutos llegaba a su destino. Sin más preámbulos, abría la puerta del pasadizo, bajaba las estrechas escaleras y avanzaba de nuevo por el pasillo de bóveda. Subía por la parte opuesta y se dirigía a la habitación en la cual dejaba a Álvaro horas antes. Cuando llegaba a su destino, entraba en la habitación de al lado y cambiaba su calzado. Salía de esta con unas botas de agua y con el delantal plástico. Ahora, ya marchaba al encuentro con Álvaro. Se aproximaba a la maneta de pared y conectaba la luz. En la mesa metálica, reposaba él, ya sin vida y con la tripa abierta en canal.

La grasa del abdomen, que estaba pegada a la pared del estómago, viscosa y de color blanco. Aún con las palas quirúrgicas colocadas, para abrirle el abdomen. Tenía una incisión por encima del vello pubiano, se prolongaba hasta las caderas y subía hasta el pecho. En el suelo, un par de barreños vacíos a su lado, solo manchas de sangre ocupaban sus paredes. La escena era macabra, en el interior del cuerpo inerte, solo algún órgano, que daba la impresión de que lo habían extirpado, observado con atención y desechado, dejándolo caer libremente dentro de la cavidad abdominal. Mario cogía un par de sacos, de un plástico grueso. Estiraba su mano hasta una sierra y empezaba a trocear el cadáver. Primero una pierna, seguidamente la otra. Después seguía con el resto de las extremidades y llegaba a la cabeza, le colocaba su mano en la frente y le propinaba un par de hachazos, hasta separarle por completo la cabeza del cuerpo. Colocaba todo esto en un saco. Posteriormente introducía su mano dentro del abdomen, que era lo poco que iba quedando de Álvaro, un tronco con varios órganos revueltos. Sacaba estos y los vertía en el otro saco, colocando también el tronco dentro del mismo. Una vez terminaba esto, apartaba los sacos a un lado, en un pequeño carrito de acero y extendía una manguera, para limpiar todo con agua a presión. La sangre, mezclada con el agua, iba abandonando la escena, desaparecía por un desagüe central, en el suelo. Pasados cinco minutos, terminaba con el agua a presión, limpiaba la mesa con desinfectante y dejaba el escenario como si no hubiera pasado nada. Lo único que quedaba de su paciente eran un par de sacos, los arrastraba hasta el acceso a las escaleras, los abría para introducir dos pesas de plomo, las que fundía él mismo con forma de cruz y los cerraba con un trozo de cuerda fina. Seguidamente, los arrastraba hasta su embarcación, los cargaba en ella y repasaba sus instrumentos de pesca.

—¿Listo para salir a pescar? —el doctor hablaba mientras llevaba su mirada a los sacos de plástico y colocaba en la barca una pequeña caja con aparejos—. Sí, lo sé. Sé que no estas muy entusiasmado, pero tenemos que irnos ya, antes de que empieces a apestar. Con el aspecto que tienes, dudo que tardes mucho en hacerlo.

Abría la puerta para introducir su camioneta y enganchar la pequeña embarcación. Se dirigía al Sil, a su lugar de culto. Daba paso a repetir todo su ritual, hasta llegar a la denominada garganta. Una vez en el sitio exacto, apagaba el motor y dejaba la embarcación a la escasa deriva. Abría los sacos, sacaba las piezas de plomo, las ataba al corto trozo de cuerda y volvía a cerrar los sacos con el otro extremo. Una vez que terminaba sus comprobaciones y se cercioraba que quedaba todo bien atado, con los particulares viñedos a su espalda, se disponía a echarlos al agua.

—¿Algunas últimas palabras? —se colocaba de pie, apretaba los labios y levantaba la frente con la cabeza ladeada, mirando a los restos humanos—. Bueno, como quieras.

Un chapoteo en la superficie del río, seguidamente burbujas de aire que iban dejando paso al agua y Álvaro desaparecía para la eternidad. Sus restos se perdían en la fría oscuridad del fondo. Un fondo considerable. En el agua dulce es muy complejo saber a qué profundidad se pierde la luz solar, ya que influyen muchos factores, como materias en suspensión y pureza del agua, no obstante, en condiciones normales, a 20 metros de profundidad, solo llega el 55 % de luz, a 100 metros, es casi nula. Con los 500 metros de profundidad que le separaban de la superficie, difícilmente lo encontraría alguien. Por muchas batidas que hicieran por la zona en donde buscaba setas, muy difícil resultaría encontrarlo. Su tumba era bastante inhóspita,

solo algún pequeño cangrejo y algún animal carroñero de aquellas profundidades lo encontraría.

El doctor, después de deshacerse de los restos, sacaba sus aparejos y se disponía tranquilamente a pescar.

Capítulo 11 (La Hipnosis)

El hasta ahora misterioso Juan, aparentemente colega de Mario, o al menos confidente, ocupaba sus suaves y cuidadas manos sujetando un volante. Conducía una pequeña furgoneta, en la parte trasera, le acompañaba Álvaro. Bueno, lo que quedaba de él. El mantenimiento de la viabilidad de los órganos desde su extracción hasta su trasplante es un factor crucial para su adecuada función y supervivencia. El daño en estos ocurre principalmente como resultado de lesión por la preservación. Para minimizarlo, Juan, en este caso, usaba la conservación en frío, estática, es el más utilizado por su extremada simpleza, aunque, cuestionado por no garantizar el poder prevenir la calidad en el deterioro de los órganos en su transporte. En este caso, el cirujano transportaba lo que quedaba de Álvaro, dentro de una nevera portátil convencional, cubierto de hielo. Con cierta prisa, llegaba a un garaje, de un edificio acristalado, una vez estacionado, antes de apagar el motor del vehículo, un par de personas ya estaban abriendo las puertas traseras. Cargaban la nevera en un carrito de acero y se adentraban los tres dentro del edificio. En el interior, se encontraban con Mario. Juan se detenía para tener una corta conversación con él, después entraban en una sala con puertas de acero y personal médico.

Dos personas esperaban tumbadas en sendas mesas de operaciones, ya dormidas para la ocasión. Juan, pasadas cuatro horas, ponía fin a las intervenciones, cerrando con puntos de sutura ambos cuerpos. El remanente de Álvaro quedaba ahora fundido con otras personas, dos mujeres en este caso. Una vez quedaba la cirugía concluida, Mario se despedía y abandonaba el lugar para irse a la casa de campo; subía a la camioneta e iniciaba la marcha.

Llegaba a su destino, saludaba a los perros, entraba a casa y se ponía cómodo, con su batín de cuadros. Se preparaba café y se sentaba en su sillón para disfrutarlo, como le gustaba a él, a diminutos sorbos, cerrando los ojos a cada vez que se mojaba apenas los labios; se tomaba su tiempo para su ritual. Su momento de paz mental, se veía truncado por la vibración de su teléfono móvil. La pantalla emergente anunciaba un mensaje, el cual le cambiaba la expresión de la cara.

—Sigo esperando mis sesiones de hipnosis —Su amancebada compañera, con estas palabras y un emoticono de dos copas cava, le hacía sonreír. Recordándole la conversación que mantuvieron días antes.

—Señorita, tendrá que pedir cita formalmente en la consulta. Eso o compensarme por atenderla sin cita previa —le sumaba un emoticono de una cara guiñando un ojo.

—Bueno, no se me ocurre forma alguna de compensarte.

—Seguro que la encontrarás. Si puedes, en un par de horas tengo un hueco.

Terminaban la conversación de este modo, Mario se levantaba del sillón, ahora más contento. Dejaba la taza en el fregadero y miraba la puerta de las cerraduras mientras pasaba la mano por la parte exterior de su bolsillo, comprobando si estaba la llave en su sitio. Su intención era clara, caminaba en dirección a la puerta y bajaba las escaleras. Caminaba por el angosto paso, para subir del lado opuesto, en la granja. Al llegar, cerraba la puerta al mismo tiempo que escuchaba golpes, bastante fuertes. Andaba ahora más apresurado, hasta una habitación, que antiguamente solo se cerraba con una pequeña reja de hierro a media altura, la cual él había

remodelado, terminando de cerrarla por completo, hasta el techo. En el interior de lo que ahora era una celda, había una persona que estaba autolesionándose. Donde antaño reservaban a las cerdas con lechones, ahora estaba encerraba una mujer, que en ese momento se daba fuertes cabezazos contra las paredes y agitaba los brazos en todas direcciones. Se trataba de Natalia.

Estaba sufriendo una de sus visiones, en la cual la perseguían y no podía huir. Ya cubierta de sangre y casi a punto de desplomarse por la autoagresión, la veía el doctor Vargas, que llegaba corriendo a su encuentro y abría apresurado la puerta, la cual era una reja de hierro que se sustentaba con bisagras a un lateral.

—¿Qué cojones haces? Si sigues así tendré que mantenerte siempre sedada —la cogía por la espalda y le administraba una inyección en el cuello, que la dejaba quieta.

—Me querían matar, eran ellos que —se desplomaba por completo, quedando a merced de Mario, que la acostaba en la cama, era el único mobiliario que había en la habitación.

Las paredes de la celda, revestidas con mortero de cemento y cal, aún mantenían las marcas de suciedad y desgaste de los gorrinos, a la altura de ellos, cuando se frotarían contra las paredes o se pegarían a ellas. El suelo era de cemento fratasado, con pequeñas hendiduras en forma de pendiente, para que el orín, en este caso de las cerdas se deslizara hasta los desagües en alguna de sus esquinas. En el techo, que nunca había sido revestido, se podían ver las vigas hechas con piezas cerámicas y rellenadas de hormigón, junto con las bovedillas de yeso, como construían los forjados en los años sesenta. En el centro de la estancia solo una bombilla encendida en un portalámparas sujeto a unos cables, revestidos con un viejo tubo corrugado. A media altura, una vieja manguera sujeta a la pared

para suministrar agua a los bebederos, ahora inservible por infinidad de marcas hechas por las mordidas de los ratones o las ratas. Sobre este se podían ver gran cantidad de excrementos de los roedores. El olor era intenso, todavía estaba presente en el ambiente, el hedor del orín mezclado con los excrementos de los animales que habitaron en la granja.

Natalia, ahora reposaba tumbada y dormida por completo. El doctor, la ataba tranquilamente a la cama, la cual ya estaba preparada para ese cometido, con abrazaderas de cuero regulables. Cogía gasas estériles y le limpiaba las heridas de la cara, con gestos suaves, como una madre que cuida de su hijo.

—Ahora eres uno de ellos, se han apoderado de ti. Pero no te preocupes, yo te libraré de los demonios —le daba un beso en la frente y le acariciaba el pelo—. Yo sé que te obligaron a hacerlo, tranquila, todo acabará pronto.

Seguía limpiándola, la sangre le bajaba por el cuello y se le perdía entre los pechos. Le cortaba con unas tijeras la camiseta de licra blanca que ahora era casi roja, dejándole los pechos al descubierto y se marchaba. Regresaba un par de minutos después con un barreño de agua caliente y un trapo. Con gestos delicados empezaba a quitarle toda la sangre que empezaba a quedar reseca.

—Sé que eres una víctima más, perdóname por lo que me toca hacer, no es nada personal, pero tengo de deshacerme de ellos. Ahora están en ti, al igual que estaban en Álvaro. Ves, él ya está descansando. Ya no podrán manejarlo más, los demonios no descansan— le hablaba mientras enjuagaba el trapo en el agua, tintándola de rojo en segundos.

Cuando terminó, sacaba su pequeña biblia, se arrodillaba ante ella y empezaba a rezar con los ojos cerrados. Después se levantó para acercarse a ella, ahora llevaba en las manos una bandeja con gasas, unas pinzas y un cuenco con yodo. Este se utiliza como antiséptico tópico para el tratamiento y prevención de infecciones como bacterias, virus u hongos sobre las heridas. También se usa para la preparación preoperatoria de la piel. En este caso, Mario le bajaba parcialmente el pantalón, hasta la pelvis. Cogía una gasa con las pinzas y la mojaba en el yodo, después dibujaba en la piel de Natalia, una línea, desde el pecho, hasta la pelvis, seguidamente otra de una parte a otra de la cadera. Deslizaba la gasa, ahora hasta la frente de la dormida.

—¿Lo ves? Pronto descansarás, te dejarán libre, sí, se irán — ella, completamente dormida, estaba ajena a la situación. Mientras, él le dibujaba una cruz en la frente y rezaba unas palabras susurrando.

Finalizado por completo su ritual, la cubría con una sábana y la dejaba descansar, apagando la luz central. Natalia se quedaba, atada y con una pequeña luz tenue de emergencia. Cerraba la puerta de barrotes de hierro y colocaba un candado en el pestillo. Caminando en dirección a la puerta del pasadizo, se miraba el reloj, Laura no tardaría en llegar y quería estar preparado. Caminaba con cierta intensidad por debajo del pasillo de bóveda, cerraba la puerta y guardaba la llave en su batín. De ahí, directamente a su habitación para prepararse. Se metía en la ducha, para seguido vestirse y perfumarse con esmero. <<Sí, mejor lo dejo preparado>> por su cabeza rondaba la idea de montar la mesa para cuando terminaran la sesión de hipnosis, se pasaba por la cocina y colocaba un mantel de tela sobre la mesa. En el centro una vela aromática sumada a un par de copas de vino y una botella de Regina Viarum 2022, de variedad

Mencía, la que mayormente se cultivaba en los escarpados viñedos de la garganta del Sil.

De pronto, los perros empezaron a ladrar sin pausa, eso le indicaba, que no era un senderista paseando o alguna persona que pasaba por los alrededores corriendo, no, era alguien que permanecía parado en la puerta. Era Laura, sin duda alguna. Aceleraba sus pasos mientras se acicalaba la barba, de camino a abrirle. Esta vez, silbaba a tiempo, los perros, haciendo caso a su orden, paraban de ladrar y desaparecían. Entre el cristal delantero del viejo Ford fiesta, Mario distinguía una sonrisa. Laura estaba radiante. La acompañaba cordialmente al interior de la casa y se dirigían a su consulta para tratarla, aunque de camino, no pudieron aguantarse, ella se abalanzó a sus brazos. Difícilmente él conseguía calmarla.

—Espera, hagamos la sesión. Primero trabajo, después ocio. ¿Te parece?

—Por supuesto, claro —se colocaba bien el pelo y se estiraba la blusa sonriendo.

Entraban en la consulta y cerraba la puerta, Laura se tumbaba en el diván y Mario hacía girar la barra del store, para oscurecer el ambiente, después acercaba una silla para sentarse a su lado. Estiraba la mano a su mesa y cogía una grabadora con el fin de que quedara todo registrado, era su costumbre y además le propiciaba el trabajo, teniendo la posibilidad de analizar la sesión tantas veces como fuera necesario.

—¿Nerviosa?

—Un poco, la verdad.

—No te preocupes, pronto habremos terminado y no te vas a enterar si quiera.

—¿Tengo que preocuparme por algo? ¿Acaso me vas a asesinar? —Laura sonreía mientras se recolocaba para estar más cómoda.

—Bueno, mientras no sea necesario, no —la miraba también sonriendo—. Aunque te recuerdo que vas a quedar a mi completa disposición.

Mario le cerraba los ojos con una caricia y preparaba su ritual para comenzar la hipnosis. Encendía la grabadora y hacía la cuenta atrás; ya estaba dormida. Empezaba a hacerle las primeras preguntas mientras ella estaba completamente inmóvil y ajena a cualquier cosa que pudiera suceder.

—Estas muy relajada. Ahora vas a empezar a contarme la repetición de tus pesadillas, el momento que te inquieta y te provoca tensión.

—Mi padre está enfermo. Ahora está gritando. Yo lo cuido. Grita más fuerte —Empezaba a hablar, hipnotizada por completo y el doctor la escuchaba con atención entre los espacios de silencio que dejaba a cada frase.

De pronto, Mario, con todo ese silencio, le pareció escuchar gritos <<no puede ser, si está dormida>> no se explicaba que, después de sedarla estuviera despierta y gritando. Dejaba a Laura en espera, tumbaba en el diván e hipnotizada y se dirigía apresurado en busca de Natalia. Corría por el pasillo enladrillado, subía las escaleras con la llave ya buscando la cerradura. Cuando entraba y se acercaba a la celda, no daba crédito. Natalia estaba como poseída, no miraba a

ningún sitio, solo gritaba e intentaba librarse de las correas. El doctor se acercaba con la intención de calmarla y le murmuraba unas palabras religiosas, cuando ella aún se alteró más, estaba endemoniada. Los gritos eran espantosos, maldecía todo, por un instante colocaba la espalda como encorvada, un movimiento antinatural, como si flotara en el aire, sacando una fuerza sobrenatural, sujetándose solo de la punta de sus pies y de su cabeza. Casi parecía que iba a levantar la cama del suelo. Esta temblaba por completo. En un movimiento brusco, conseguía librarse de una de las correas y empezaba a disparar la mano en todas direcciones, con una velocidad sorprendente. Mario se apartaba a un lado.

—Joder, estás peor de lo que esperaba, no podré aprovechar nada tuyo, estás completamente endemoniada. No puedo arriesgarme contigo —permanecía inmóvil, mirándola fijamente.

Daba media vuelta y se iba, Natalia seguía incluso más eufórica. Mario con toda frialdad encendía el horno donde fundía el plomo. Un par de minutos después sustentaba un pequeño cazo con un mango largo, lo rellenaba con material fundido y se acercaba a la según él, poseída. Mientras seguía gritando, ahora le escupía y lo miraba a los ojos. El doctor, con un movimiento decidido, empezaba a rezar y le vertía despacio el material incandescente en la frente, en forma de cruz, ahora los gritos aún eran más fuertes, se sumaba el dolor. El olor de piel chamuscada y un poco de humo llegaban a la nariz de Mario y en cuestión de segundos, el material ardiendo, le deshacía la frente, empezando a fundirse en los sesos. Entonces Natalia fallecía, quedando inmóvil.

—Ya está, ya eres libre, se han ido —retiraba el cazo y empezaba a soltarle las correas.

La calma volvía a rellenar la celda. El silencio volvía a ser total, solo él mirándola y moviendo la cabeza, con gesto de decepción. Inesperadamente el cuerpo de Natalia, sin cabeza literalmente, empezó a tener espasmos. Mario con absoluta indiferencia seguía con su propósito, terminaba de soltarla sin inmutarse. En el momento de la muerte puede ocurrir que algunos músculos se contraigan y que se observe un movimiento torácico similar al respiratorio. El corazón puede latir minutos después de interrumpirse la respiración, no obstante, en este caso, no era nada normal, aun así, el doctor no se inmutó. Dejaba el cuerpo sin vida en la cama y se iba de regreso con Laura, todavía estaría en la consulta, tumbada e hipnotizada en el diván, al menos eso esperaba. Caminaba apresurado, colocándose bien las mangas de la camisa, se limpiaba una pequeña mancha de sangre que le había quedado en el brazo y se acercaba a la puerta de su consulta. Asomaba la cabeza despacio, Laura permanecía inmóvil, dormida. Se acercaba a ella y se quedaba a escasos centímetros de su cara, mirándola fijamente. Segundos más tarde, decidía despertarla.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien? —la cogía de ambas manos.

—Bien, bien, creo —permanecía aturdida.

—Tendremos que repetir la sesión, no he conseguido lo que buscaba —cogía la grabadora y pulsaba un botón para detener la grabación.

—De acuerdo. Como quieras —se incorporaba despacio, se sentía mareada, había permanecido mucho tiempo inmóvil.

Mario forzaba la situación inventándose una llamada telefónica.

—Vaya, no te preocupes, salgo en dos minutos —miraba a Laura y simulaba terminar la llamada—. Lo siento, pero tengo una emergencia, necesito irme.

Despedía a Laura acompañándola cordialmente a su coche y le abría las puertas exteriores para que se marchara. Cuando perdía de vista el vehículo entre los árboles del camino rumbo Ourense, cerraba la puerta ya con un pie en la dirección de Natalia. De regreso a la macabra escena, preparaba un par de sacos y empezaba su ritual. Arrastraba el cuerpo inerte hasta la mesa de acero en la habitación anexada y empezaba a descuartizarlo. El mismo horror que poco antes sufría Álvaro se repetía. Empezaba por las piernas y los brazos, después la cabeza, o lo que quedaba de ella. En esta ocasión no quería aprovechar los órganos, además difícilmente podría sustentarlos de manera vital sin nada preparado para la ocasión. Vertía el tronco en el segundo saco y comenzaba a limpiar todo con el agua a presión. Apartó los sacos a un lado, después los cargó en la lancha, cargaba los utensilios de pesca y enganchaba la pequeña barca para encaminarse en dirección al Sil. Solo habían pasado escasos minutos y ya estaba colocando los pesos muertos en los sacos, los que forjaba él mismo en forma de cruz.

—No te preocupes, ya puedes descansar, no te molestarán más —cogía los restos humanos y los echaba al agua.

De nuevo las burbujas subían a la superficie, dejando paso al agua, que engullía el cuerpo sin vida de aquella mujer para la eternidad, los microorganismos y algún carroñero del fondo se harían cargo de ella, dejando para la posteridad un amasijo de huesos, en la fría oscuridad absoluta.

Capítulo 12 (Una presa más)

Mario dejaba atrás el río Sil, regresaba a dejar la embarcación y con la clara intención de descansar. Aunque se dio cuenta de que, pequeñas marcas de sangre habían manchado el fino suelo de fibra. Seguramente, algún hueso mal cortado habría propiciado cortes en un saco. Dejando un rastro ensangrentado, que se había mezclado con la humedad del ambiente y las inevitables salpicaduras de agua que entran por la borda al navegar. El suelo de la pequeña barca demandaba que lo limpiara. Más aún para él, que era muy estricto con el orden y la limpieza. Eso le demoró bastante en sus planes, retrasándole el momento de irse a dormir, ansiaba acostarse.

Se levantaba bastante activo, había pasado la noche en la casa de campo. Se preparaba café y abría su mochila esperando el ansiado silbido sumado al agradable aroma que desprendía su clásica cafetera italiana. Repasaba mientras tanto su agenda bolígrafo en mano, ojeaba las citas de los días anteriores, anotando pequeños apuntes en las consultas pasadas. Se ponía al día, repasando la consulta que marcaba dos horas más tarde.

(Pablo, 10:15 Centro privado – Perdida familiar: “condolencias por el hermano”)

Tenía una cita con un paciente en el centro en donde trabajaba Laura. Se trataba de un hombre que desgraciadamente había perdido un hermano. Esa era su especialidad, tratar a pacientes con pérdidas familiares; siendo estos los más complejos. Evidentemente era un arduo trabajo para ambos, doctor y paciente. Nunca resultaba fácil y mucho menos, rápido. Este paciente llevaba más de seis meses de terapia y no había conseguido ayudarle a mejorar, más bien todo lo contrario, poco a poco iba empeorando y se estaba tornando

violento. Decidió entonces, tras varios brotes psicóticos, ingresarlo en el centro privado. Estaba decidido a empezar con las sesiones de hipnosis. Mayormente le ofrecían óptimos resultados, no obstante, eran su última opción, debido a llevarle bastante más tiempo que cualquier consulta ordinaria.

El sonido de la cafetera le hacía desviar la atención de la agenda. La cerraba con un movimiento rápido y arrastraba la silla para servirse un café largo mientras se frotaba los ojos en dirección al fogón. Se lo tomaba a pequeños sorbos, con la mente ya trabajando en la cita que le aguardaba. Se colgaba la cartera en el hombro, agarraba las llaves del vehículo y abría la puerta de madera para dirigirse al exterior y despedirse de los perros. Se dirigía al hospital. Sintonizaba la radio y el apartado meteorológico, anunciaba chubascos fuertes, cambiaba de emisora y los altavoces emitían ahora, música clásica. Conducía concentrado en la empresa que le tocaba afrontar hoy. Tenía una corazonada.

—Este será uno de ellos —murmuraba sin darse cuenta mientras estacionaba la camioneta en el aparcamiento.

Colocaba los pies en el suelo y se adentraba en el centro un tanto despistado, con la mente centrada completamente en el paciente. Preguntaba por él en el mostrador principal de información, dirigiéndolo a la segunda planta del centro. Entró a la habitación 232, reuniéndose entonces con el interno.

—Buenos días ¿Cómo te encuentras? —preguntaba al mismo tiempo que cerraba la puerta y dejaba la cartera en una silla, sin perder nada de tiempo.

—Bueno —se quedaba callado y bajaba de nuevo la mirada, sin decirle nada más.

—De acuerdo, empezaremos enseguida la hipnosis.

Mario acomodó al paciente, de unos 40 años, de pelo canoso, en la cama, acostado completamente y después le quitaba el cojín de la cabeza, con el fin de que permaneciera con el cuerpo estirado completamente. Sacaba de su cartera todos sus documentos de sesiones anteriores, los colocaba encima de una pequeña mesa en orden cronológico, repasándolos de nuevo con una ojeada rápida. Se disponía entonces a comenzar la sesión. Estiraba el brazo y sacaba su pequeña grabadora, pulsaba el botón de encendido y la colocaba minuciosamente en una esquina de la mesa. Mientras tanto, el paciente seguía acostado, con los ojos cerrados y sus manos entrelazadas en el pecho, sin decir ni una sola palabra. En cuestión de segundos ya tenía al paciente hipnotizado. Despacio, pero sin pausa, disparó preguntas al paciente, sin dejarle apenas tregua entre cada contestación. De pronto, alguna de sus contestaciones, le motivó a coger la grabadora con un gesto rápido y decidido.

—Bien, ya tengo suficiente —le hablaba al paciente dormido, mientras pulsaba el botón y borraba toda la sesión.

Mantenía al hipnotizado en el mismo estado, tumbado e impasible a la situación mientras el doctor sacaba del bolsillo su teléfono móvil y marcaba un numero de su agenda; cogía señal mientras se lo llevaba a la oreja.

—Juan, tengo uno. Prepárate, lo llevaré allí esta misma tarde —estaba hablando con su colega, el doctor que estaba junto a él en la casa de campo días antes, extirpándole los órganos a Álvaro.

—De acuerdo, buen trabajo, mataremos dos pájaros de un tiro, como siempre. Avísame una hora antes y salgo.

Terminó la llamada y guardaba su teléfono móvil y todos los documentos tranquilamente, una vez todo en su sitio, despertaba al paciente.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien?

—Sí, un poco mareado, pero bien —se apoyaba con el codo e iba incorporándose lentamente.

—Tranquilo, es normal. Ha salido todo favorable. Te pondrás bien. Ahora mismo, voy a darte el alta. A partir de ahora te trataré en mi consulta personal, te vienes allí esta misma tarde y no te preocupes, con otra sesión ya habrá pasado todo —le hablaba mientras anotaba en una tarjeta de visita, por la parte posterior, la dirección de su casa de campo.

—Doctor, ¿seguro que me curaré pronto?

—Te doy mi palabra, que la siguiente sesión será la última, no lo dudes —su boca resbalaba una ligera sonrisa.

Se despidió del paciente y abandonó la habitación. Se marchaba del centro, montaba en la camioneta y cogía la carretera para dirigirse a la tienda de bricolaje. Una vez allí, estacionaba y todavía sentado en el vehículo, repasaba su agenda, comprobando una pequeña lista. Su intención era comprar sacos. Siempre escogía unos fuertes, fabricados con un plástico de un espesor considerable, no obstante, su intención era la de buscar otro modelo diferente al que siempre se llevaba, le parecían demasiadas coincidencias que las últimas dos veces se fisuraran y a consecuencia le mancharan la pequeña embarcación. Si la sangre llegaba a secarse entre las rugosidades del suelo antideslizante, le resultaba un trabajo muy costoso limpiarla. Una vez examinados minuciosamente los pocos y

diferentes modelos, se decidía por unos en especial. Los sacos de rafia son muy resistentes, aunque no estancos. Se hacía con un modelo de bolsas multiusos versátiles, para cargar escombros, eran además impermeables. Se paraba con la mano ya estirada para cogerlas y leía la descripción del producto.

*Bolsas de goma extrafuertes, extremadamente fiables y resistentes, para cargar tierra de jardinería, basura e incluso llenarlos con la carga más pesada de escombros con puntas afiladas.

Esa breve descripción del artículo, le hizo decidirse por completo. Las cogía y ponía rumbo a las cajas de pago caminando con cierta intensidad, no quería demorarse y que su invitado llegara a la casa de campo antes que él.

Ahora sí, conducía en dirección a la finca y se preparaba para recibir a su invitado. Abría la puerta de las cerraduras dobles y caminaba por el angosto pasillo, en dirección al macabro escenario que tenía montado. Dejaba las bolsas en su sitio, repasaba todas sus herramientas y cogía su teléfono para llamar de nuevo a Juan.

—Hola, acuérdate, nos vemos en un par de horas —entraba a la habitación en donde descuartizaba los cuerpos y abría un pequeño armario de acero para coger un spray desinfectante.

—Sí, no te preocupes, lo tengo en cuenta, tengo a los demás avisados.

—Bien, este nos será de provecho, está sano —sustentaba el teléfono móvil con su hombro, pegado a su oreja, mientras ocupaba sus manos desinfectando la mesa de acero.

—De acuerdo, iré preparado.

Cuando ya tenía todo de su agrado, hacía de nuevo el camino hasta la casa central, dejando atrás, incluso todas las luces encendidas. Se dirigía a la chimenea y preparaba unos troncos para prenderles fuego. Ahora sí, ya como un leopardo agazapado entre la vegetación, esperando a su presa; se tomaba su tiempo para escoger su mejor leña y sentarse tranquilamente a esperar. Minutos después, permanecía inmóvil frente al fuego. Su rostro reflejaba los cambios de intensidad de las llamas, alimentándose de los pequeños troncos, solo se escuchaba el particular sonido de la combustión, devorando la madera, con un sutil aroma a humo y hogar de invierno. En ese mismo instante pensaba en Laura, necesitaba verla, eso le estaba despistando. Pocos minutos después los perros empezaban a ladrar intensamente. Mario reaccionaba devolviendo la mirada al frente, daba una ligera palmada y se frotaba literalmente las manos en dirección a la puerta exterior. Mandaba a los perros con un silbido y abría la puerta.

—Adelante, puede dejarlo ahí —estiraba su mano en dirección al porche exterior, donde aparcaban los vehículos.

—Buenas tardes, esto está un poco escondido —miraba a su alrededor por la ventanilla entreabierta de su coche, observando todo, sin imaginarse que nunca más vería la luz del sol, menos aún en el sitio que le aguardaba, el fondo del Sil.

—Sí —permanecía un instante en silencio, observando a su invitado mientras este seguía mirando a su alrededor y bajaba del vehículo—. Es una herencia familiar, la propiedad tiene mucho valor sentimental. Adelante, entremos.

Una vez en el interior, Mario lo dirigía a la pequeña cocina abierta al salón.

—Por favor, ponte cómodo. ¿Café? —abría su cafetera italiana y la llenaba de agua en el grifo del fregadero—. Siéntate, en el sofá o donde quieras.

—Sí, gracias —seguía fijándose en todo, su cabeza no paraba de moverse en todas direcciones mientras apoyaba primero su mano en el sofá, para seguidamente sentarse—. Aquí estarás muy tranquilo, por este lugar no pasa casi nadie.

—La verdad es que sí, se está tranquilo —Giraba la cabeza para mirarle y soltaba una pequeña sonrisa.

Una vez el café preparado, Mario cogía un pequeño bote de pastillas y le echaba una a la taza del invitado, introducía una cucharilla y le daba vueltas para que se diluyera. Se daba media vuelta, cogía una bandeja y se sentaba con él al calor de la chimenea.

—¿Cómo te encuentras?

—Igual, o la verdad que aún peor.

—Bueno, no te preocupes, tómate el café tranquilamente y empezamos —lo observaba llevarse la taza a su boca mientras él daba pequeños sorbos, casi sin separárselo de sus labios y frotaba con su mano la parte desgastada del sillón.

Pasados unos minutos, el paciente combatía con sus párpados, no podía mantener los ojos abiertos, sin poder evitarlo, quedaba rendido con la cabeza apoyada en su hombro, dormido por completo y a merced del doctor. Este, cogía al paciente inerte y lo arrastraba cogiéndolo por los pies, pues le importaba bien poco que fuera arrastrando su cabeza por el rustico pavimento, golpeándosela y haciéndole varias contusiones. Lo dejaba en el suelo del pequeño

garaje, lo maniataba y se marchaba a por su camioneta, con el fin de cargar el cuerpo en la parte trasera con un pequeño cabestrante que usaba para la barca. Así lo hizo, le colocaba una lona por encima y recorría los escasos metros que separaban la casa de la granja, cargado ya con su botín. Abría un par de grandes puertas de hierro que, con su poco uso, sumado al paso de los años y las inclemencias meteorológicas, le resultaba una tarea bastante costosa. Estas aportaban a la granja un carácter único, aparte de su imponente belleza atemporal, servían de una entrada funcional, al menos en sus mejores tiempos. Volvía a montarse en el vehículo para acceder al interior, con los tres perros dando vueltas y olisqueando la parte trasera.

Una vez en el macabro escenario, arrastraba el cuerpo hasta la mesa de trabajo. Caminaba escasos metros hasta la habitación colindante y regresaba con un carro de acero repleto de herramientas, en la parte superior, todas médicas y en la parte inferior de bricolaje.

—Bienvenido. ¿Estas cómodo? Tú, lo que necesites me lo pides —le hablaba al cuerpo dormido, con mucha ironía mientras le acercaba al cuello una pequeña inyección—. Lo primero es suministrarte esta pequeña dosis, quiero mantenerte con vida hasta el último momento. Hoy eres tú el protagonista.

Se daba media vuelta y tiraba la jeringuilla ya vacía en una bandeja de acero. Cogía unas tijeras de jardinería y lo miraba fijamente con la cabeza ladeada.

—Voy a ponerte guapo, no te preocupes por nada — empezaba a quitarle toda la ropa, cortándosela delicadamente.

Escuchaba a los perros ladrar, pero pararon todos menos uno, entonces se miraba el reloj de pulsera para corroborar lo que estaba pensando. Sí, evidentemente estaba entrando Juan por la puerta, para los perros, él era ya de la familia y paraban enseguida de ladrar, menos el pequeño, que solo quería llamar su atención para jugar.

—¿Cómo lo llevas? He traído tres neveras, tendremos que darnos prisa.

—Perfecto, manos a la obra, ya lo tienes preparado —estiraba el último trozo de su ropa y dejaba las tijeras en su sitio.

Empezaba la función, Mario ya con los guantes de látex colocados, cogía unas pinzas largas, con una gasa en el extremo, chorreando de yodo. Le marcaba una línea en el abdomen, de arriba abajo y otra perpendicular por encima de las caderas. Seguidamente Juan cogía el mando. Con una enorme decisión, agarraba el bisturí y lo abría en canal. Sin demasiado tacto le colocaba las valvas, que no son más que las palas para abrir el abdomen y facilitar el trabajo quirúrgico. En pocos minutos, las manos de los dos individuos estaban manchadas de sangre, los guantes ya no eran blancos a la vista de los ojos, ahora eran color rubí. Una vez habían llevado a cabo su cometido, Mario ayudaba a Juan a cargar las neveras en su furgoneta.

—Vamos, date prisa, corre, no te entretengas más. Ya tiro yo la basura —el doctor cerraba las puertas de traseras del vehículo y Juan arrancaba el motor.

—De acuerdo Mario, gracias. Nos vemos.

Un par de horas más tarde, en el mismo lugar, unas pequeñas burbujas de aire que salían a la superficie, dejaban paso al agua, que

engullía otro cuerpo y otra alma. Quedando para la eternidad en la absoluta oscuridad del inhóspito fondo.

Capítulo 13 (Luz amarilla, luz roja)

Laura dormía plácidamente, con la cabeza de lado, en posición fetal. Una tímida luz entraba por las rendijas de la persiana. En la habitación un ambiente cálido, placentero. Empezaba a descansar, en ese instante disfrutaba de su segunda hora de sueño. Con un movimiento rápido, se quitó la sábana de encima con una patada. Ahora apretaba las manos y los dientes; empezaba a sudar. Un par de minutos después, sus piernas no paraban de moverse, un pataleo constante y ahora murmuraba moviendo la cabeza. Un fuerte grito y se despertaba a ella misma.

—¡Ya estás otra vez igual! —su madre irrumpía en la habitación a toda prisa.

—Que mal. Intentaba salir corriendo, pero me costaba mucho, después de intentar escapar, conseguían alcanzarme —Mentía completamente. En la pesadilla, su padre intentaba ahogarla con un cojín mientras ella dormía.

—Estarás harta, casi todas las veces que te duermes igual —le secaba el sudor con un trapo, ya se había provisionado antes de entrar a despertarla, al igual que la mayoría de los días que le sucedía esto a su hija—. Intenta dormir un poco más. Después te limpiaré las sábanas.

—No. Voy a ducharme —decidía levantarse, estaba completamente empapada.

Cogió un pijama limpio y se metió en el baño. Se desnudaba con cara de agotamiento. Agotamiento no de sueño, agotamiento de no poder descansar desde que falleció su padre. Desde aquella fatídica

madrugada, pocos días podía recordar en los que no se despertara así, empapada y atormentada.

Salió de la ducha dispuesta a tomarse un café bien cargado y afrontar el día con alegría. Quería sentirse animada y optimista, pero no pudo ser. Cuando dejaba reposar el café sobre la mesa para sentarse, un agradable aroma mañanero la acompañaba, aunque calculó mal la distancia y este se cayó al suelo, manchando todo el pavimento; por no hablar de sus zapatos, que salían mal parados, sucios por el oscuro líquido. Quedándose además sin cafeína, ese era el último café que quedaba en casa. Después, lavándose los dientes, se manchó la camiseta con dentífrico <<hoy va a ser un día de mierda>> se sentía ofuscada, le echaba la culpa al destino. Aunque sabía de buena tinta que el único responsable era el insomnio. A ella le había llegado, pero no por un tiempo determinado, sino para quedarse.

—Que desastre —murmuraba ella sola frente al espejo, intentando limpiarse la mancha de la camiseta con una toallita húmeda, se miraba al espejo con la cabeza ligeramente ladeada y con los labios caídos, con cara de cansancio acumulado.

—¿Dices algo cariño? —su madre le hablaba desde el pequeño salón, limpiando el suelo con un mocho—. ¡No deberías ir a trabajar, no puedes ir por ahí sin dormir! —No podía evitar sacar el instinto de madre protectora, no la veía bien para afrontar toda una jornada de trabajo.

—¡Estoy bien! —mentía de nuevo, era una de las veces que menos había descansado, aunque su madre la conocía de sobra, solo con mirarla ya sabía cómo estaba.

Se montaba en el coche enojada, en dirección al trabajo. Se le cerraban los ojos, le estaba resultando complicado llegar siguiendo una conducción normal. Apenas podía mantener el vehículo entre las líneas blancas. Finalmente estacionaba sin más problemas en el aparcamiento, con la mente ya en la cafetería. Una vez en su destino, iba a cambiarse, como de costumbre, después, con la puerta de su taquilla aún abierta, se besaba los dedos y se despedía de su padre, deslizándolos suavemente por la instantánea, en ese justo instante llegaba Clara.

—Hola, que mala cara me traes hoy —abría su taquilla al lado suyo para sacar su uniforme de color rosa, que aún no llevaba puesto, al contrario que su bolígrafo, que ya lo llevaba insertado entre el recogido del pelo.

—No me lo recuerdes, apenas he dormido, me bajo a tomar café, no aguanto ni un minuto más. ¿Te vienes?

—No. Bájate tú, yo prepararé la ronda, llevo dos cafés esta tarde —se colocaba sus zuecos de espuma, esta vez tocaban de color verde clorofila.

Bajaba decidida a la cafetería, se sentaba en una mesa mientras levantaba la mano en dirección a la barra, repitiendo el gesto diario. Ya con la ansiada bebida en su poder, la agarraba con las dos manos y le daba pequeños sorbos. Se restregaba los ojos cuando, en un parpadeo, veía a Mario en la barra.

—¡Eh, Mario, aquí! —Se levantaba sonriendo.

—Que agradable sorpresa, que bien verte. ¿Cómo estás?

—Bueno, he tenido momentos mejores, el insomnio acabará conmigo.

—Vaya, no te preocupes, cuanto antes le buscamos solución. Mañana mismo, si puedes te vienes.

—De acuerdo. Y, cuéntame, ¿qué haces por aquí?

—Bueno, vengo a visitar a un paciente. Un paciente, digamos que, rebelde —la miraba embelesado—. Estás guapísima.

—Si tú lo dices. Me tengo que ir. Te llamo en cuanto termine y quedamos —se despedía de él acariciándole discretamente la mano, intentando que nadie de su alrededor se diera cuenta de ello, todavía con la sensación de estar haciendo algo prohibido.

Se marchaba a hacer su turno. Clara ya la esperaba en el control de enfermería, con las medicinas preparadas en el carrito de acero. Laura, empezaba a arrastrarlo, parecía que incluso se apoyaba en él, unos metros más adelante, tropezaba con su compañera, pisándole el tobillo con la rueda, propiciando que cayera al suelo, quedando tumbada. Los informes que llevaba en la mano, que no eran más que un puñado de hojas sujetas con un clip que ahora se habían esparcido por encima de las desgastadas baldosas.

—¡Laura! ¿Qué te pasa hoy? —sentada en el suelo, se llevaba las manos al pie con cara de enfadada.

—Perdóname, lo siento mucho —se agachaba para ayudarla a levantarse y recogía del suelo el bolígrafo que Clara llevaba en el recogido del pelo para dárselo, pero con Clara en el suelo y los papeles esparcidos, decidía hacer como ella y escondérselo en su

propio recogido del pelo, para devolvérselo más tarde—. ¿Estas bien?

—Sí, no te preocupes, pero céntrate —se levantaba e iba recogiendo todos los papeles esparcidos.

—Son las malditas pesadillas, que no me dejan descansar.

Normalmente no descansaba bien, pero esta vez estaba pasándolo peor de lo habitual. De regreso a casa, sujetando el volante de su Ford fiesta, se le cerraban los ojos, se los frotaba, al mismo tiempo que se sujetaba la cabeza con la mano y tocaba el bolígrafo de su compañera. Soltaba una pequeña sonrisa y se lo introducía un poco más para no perderlo. Fatídicamente sucedía lo predecible. Se salía de la carretera, chocando con un árbol. Saltaron todos los airbags, la luna delantera quedaba destrozada, el capó humeando y el tronco de tamaño medio, partido, encima del coche. Pequeños trozos de cristal le hicieron infinidad de diminutos cortes en la cara, llenando de sangre la tela blanca de la bolsa de aire, que se deshinchaba despacio, dejando a la vista su rostro. Diminutas gotas se juntaban en su cara e iban formando caminos de sangre, que empezaban a gotearle en la ropa. La suave brisa nocturna desplazaba el humo que iba saliendo del capó, desapareciendo entre la oscuridad de entre los árboles, en dirección a la calma absoluta. Pasaron escasos minutos hasta que el panadero regresaba con su furgoneta y observaba el coche de Laura. Detenía el vehículo al lado y se acercó corriendo mientras aún humeaba el capó. Pasados diez minutos, las luces de la ambulancia rompían el alba, marcando su código. Con el rojo anunciando situación de emergencia y con el amarillo advirtiendo precaución. Las luces se reflejaban en el rostro sangriento de Laura mientras, tumbada en la camilla, los sanitarios la montaban en el vehículo.

En los escasos minutos que un paramédico le colocaba una vía intravenosa y le apuntaba a sus ojos con un pequeño puntero de luz cálida, ya se encontraba en la calle Ramón Puga Noguerol, en el Hospital Universitario de Ourense. La ingresaban de urgencia mientras el teléfono móvil que tenía en el pantalón empezaba a sonar, rellenando de luz el bolsillo de tela, era Mario, aunque difícilmente le respondería a la llamada. Mario detenía la llamada y abría la puerta de su consulta, se encontraba en su apartamento. Llamaba a su próximo paciente, para atenderlo.

Al mismo tiempo, en el Hospital, los médicos cortaban la ropa de Laura, dejándola desnuda por completo y colocándole una sábana por encima, para entrarla al quirófano. Se cerraban las puertas metálicas y se quedaba a manos de los médicos, dentro de esa habitación casi hermética. Por un pequeño ojo de buey, se podían distinguir a los cirujanos frente al cuerpo de Laura y la particular luz Cialítica que cuelga en la parte superior de las mesas de operaciones, a pleno rendimiento.

Mario, terminaba la consulta y llamaba de nuevo a Laura. Ahora ya no se iluminaba un bolsillo de un pantalón, ahora se iluminaba la pantalla dentro de una bolsa de plástico transparente, en el interior de una bandeja, junto con las demás pertenencias que llevaba encima, difícilmente le contestaría. Aunque, por más que estuviera consciente y pudiera llegar a escucharlo, tampoco podría coger la llamada. Volvía a intentarlo de nuevo; sin éxito. Los médicos trabajaban en ese instante a contrarreloj, mientras un monitor cardíaco mostraba los parámetros de Laura. Las señales eléctricas de su corazón se desplegaban gráficamente en la pantalla. El corazón genera impulsos eléctricos para así poder bombear la sangre a todo el cuerpo, en cuestión de segundos, la tensión de los médicos aumentaba, al mismo tiempo que sus latidos disminuían, dejando

paso al sonido continuo del monitor. El cuerpo dejaba de luchar, Laura perdía la vida.

El cirujano empujaba a todo el grupo que rodeaba la mesa de operaciones con la fuerza de su voz. Con un tirón le dejaba el pecho al descubierto, abriendo camino al equipo de reanimación. Las frías palas unidas al desfibrilador, emitían un par descargas sobre su pecho, hasta que después de unos tensos segundos, su corazón retomaba la vida, agarrándose de nuevo a ella. Regresaba la calma dentro de aquellas paredes, todo el grupo se acercaba de nuevo a la mesa, finalmente conseguían estabilizarla. Después de cuatro horas conseguían dejarla descansar estable en una cama. Laura, sedada por completo aún no era consciente de la situación en la que se encontraba. En la zona de admisión del hospital, se encontraba una persona preguntando por ella, con pañuelo en mano y la cara repleta de lágrimas. Era su madre, muy nerviosa, hacía caso a las indicaciones que le habían dado y montaba en el ascensor, bastante atarantada. Se sentía muy confusa. En su mente le rondaba la posibilidad de que cuando entrara en la habitación en donde supuestamente estuviera su hija, los médicos se hubieran equivocado de persona y que no se encontrara con Laura en esa cama. Una vez en la puerta de la habitación, con pasos diminutos y entrecerrando los ojos; se encontraba con la persona a la que más amaba en su vida. Todo se le desmoronaba en segundos. Se acercó a ella e intentaba apartarle los mechones de pelo de la cara, temblándole la mano intensamente, cuando conseguía despejarle la cara, todavía se derrumbaba más al verle la infinidad de cortes que marcaban su rostro. Daba un paso atrás y su mano dejaba caer el bolso al suelo, quedando todo esparcido por el pavimento mientras se tapaba la boca para evitar despertarla con su llanto. Pocos minutos después, entraba una enfermera muy amable e instintivamente decidía calmarla.

—Escúcheme, está mejor de lo que parece —le cogía la mano e intentaba captar su atención—. Los cortes son muy escandalosos, pero por suerte se encuentra estable, la cara se le pondrá bien, eso es lo que menos tiene que preocuparle ahora —la infinidad de pequeñas heridas sumadas al color del yodo de las curas, acentuaba más la gravedad de estas.

—Ya, pero —le temblaba la voz. Abrazaba a la enfermera y rompía de nuevo a llorar—. Gracias.

—No se preocupe, se pondrá bien.

Con pasos tímidos, se desplazaba los escasos centímetros que separaban la cama de la silla de acompañantes, estiraba la mano para agarrar el reposabrazos, temblando, sin dejar de mirarla a la cara, se sentaba muy despacio y, pasados unos minutos conseguía calmarse un poco. Mientras, Laura, completamente sedada, permanecía ajena a todo lo que los ojos de su madre estaban viendo. Cuando conseguía calmar sus suspiros, se quedaba acompañada con el silencio de la habitación, sumado a la casi inapreciable respiración de su hija y al monitor de constantes vitales. Miraba a su niña postrada en la cama y no podía hacerse a la idea, se frotaba la frente al mismo tiempo que con la otra mano rebuscaba un pañuelo de papel en su bolsillo. Después de varias horas sentada en la silla mirándola, se quedaba dormida.

Con la habitación en plena calma, irrumpía una enfermera para hacerle a Laura las pertinentes curas. Al ver a la mujer dormida en la silla, intentaba ser lo más sigilosa posible. Inevitablemente, el sonido que emitía un plástico que protegía unas gasas estériles, despertaba a la madre de Laura; que actualizaba los datos en su cabeza moviéndola de un lado a otro, negando la realidad. En ese instante, alguien golpeaba sutilmente la puerta con sus nudillos. Era la

compañera de Laura que, después de llamar, empujaba despacio la puerta para entrar y ver a su compañera hospitalizada.

—Hola, soy Clara. Trabajamos juntas —se dirigía a la mujer que sentaba en la silla y agarraba un pañuelo—. Usted será su madre. ¿Verdad?

—Pasa cielo. Entra —se levantaba ayudándose con las manos agarradas a los reposabrazos para saludar a la muchacha.

—Nos hemos enterado por las sirenas, cuando estaba en el aparcamiento las escuchaba y pronto ha llegado la noticia al centro. ¿Cómo se encuentra?

—Todavía no me han dicho nada cariño.

Los médicos todavía reservaban el pronóstico de Laura a la familia. En este caso era tan solo su madre, que empezaba a desesperarse por escuchar algún médico. Necesitaba que le dijeran cómo estaba su hija, que seguía completamente sedada y ajena a toda la situación. Un médico irrumpía en la conversación entre Clara y la madre de Laura.

—Hola. ¿Familiares directos? —el doctor entraba deprisa a la habitación y quitaba la mirada de ellas antes de recibir respuesta para mirar la carpeta que llevaba en la mano e informar del pronóstico de la paciente. Seguramente daba por hecho que era su madre—. De momento no hay que preocuparse.

—¿Se pondrá bien? —dejaba el bolso en la silla y daba el pequeño paso que la separaba de su hija para cogerla de la mano mientras escuchaba atentamente al doctor.

—El impacto ha sido considerable, no obstante, no hay lesión medular, que, básicamente significa que la espalda la tiene bien. Podrá volver a andar sin problemas —pasaba la hoja y la miraba a la cara, manteniendo una conversación cercana—. Tiene lesiones a la altura de la cabeza. En muchas ocasiones y debido al impacto, suelen producirse choques contra la parte frontal del vehículo, ya sea contra el parabrisas o el salpicadero. Estos daños pueden ser de mayor o menor gravedad, pero tenemos que tratarlos con especial cuidado. Debe permanecer en observación varios días.

—¿Entonces se pondrá bien? ¿Podremos irnos pronto a casa? —Estaba oyendo al doctor, pero no lo había escuchado. Estaba desconcertada.

—Sí. Pronto estará bien. Solo tienen que controlarla unos días, pero está bien —Clara se percataba de que la madre de Laura estaba muy nerviosa y apenas se había enterado de lo que le decían. Se sumaba a la conversación colocándole una mano en el hombro desde detrás suya, intentando tranquilizarla—. Al golpearse la cabeza, tienen que comprobar, que cuando despierte hable con normalidad y mantenga la visión.

—Bueno, es un poco más complejo que eso, pero básicamente sí, algo así —dejaba ver una pequeña sonrisa y colgaba la hoja del pie de la cama de la paciente—. Ahora tiene que descansar.

Capítulo 14 (la silla de ruedas)

Mario no tenía noticias de Laura desde hacía dos días. Empezaba a calentarse la cabeza con la idea de que se hubiera enfadado con él por algún motivo del cual desconocía. Esa mañana se había levantado más temprano de lo habitual. Su cafetera le acompañaba desde hacía muchos años, dando muestra de ello el asa de plástico, que, casi había desaparecido por completo, quedando un pequeño muñón quemado adherido a la parte superior. Esta empezaba a silbar y dejar escapar vapor, sumado a su agradable y particular aroma. El doctor cogía un pequeño trapo con la clara intención de servirse, prestando escasa atención a la acción que llevaba a cabo, dejando un dedo completamente fuera de la tela plegada, quedándose expuesto por completo. Agarró el hierro y se quemó el dedo, soltando la cafetera y esparciendo todo el café por las baldosas, los armarios de la cocina y evidentemente, su ropa. Tenía la cabeza ocupada en Laura, no entendía por qué no le contestaba a las llamadas. Decidía entonces volver a intentarlo. Cogía el teléfono móvil con los dedos manchados de café, se secaba el líquido frotando su mano en la camiseta e intentaba de nuevo una llamada.

En la misma bandeja del hospital, reposaba el teléfono de Laura, que empezaba a vibrar de nuevo en silencio, iluminando con un pequeño haz de luz unas llaves y unos pendientes con forma de pequeñas perlas, salpicados de diminutas gotas de sangre. Se detenía la vibración, quedando una notificación en la pantalla que indicaba 35 llamadas perdidas, en ese instante, la batería se agotaba por completo. Mario no aguantaba más y decidía poner rumbo al centro psiquiátrico para buscarla. Se sentía como un niño que no encuentra su juguete nuevo. Necesitaba hablar con ella frente a frente. Arrancaba su camioneta alterado, haciendo que las ruedas

dieran vueltas sobre su propio eje sin tracción alguna en el suelo, dejando las marcas de los neumáticos marcadas en el pavimento de hormigón impreso del suelo del pequeño porche en donde estacionaban los vehículos. La mente le estaba jugando una mala pasada, por momentos analizaba rápidamente todo lo que hicieron el último día que estuvieron juntos <<Igual ha perdido el móvil>> movía la cabeza negando sus mismos pensamientos, con una mano en el volante y la otra en la palanca de cambio, subiendo y bajando las marchas de la potente camioneta, para apurar al máximo en las curvas <<Podría ser que esté enferma, en la cama, sin ganas de hablar. Pero no puede ser, se encontraba como una rosa el último día>> Su mente iba más rápido que su coche, el cual, empezaba a coger temperatura, la conducción agresiva estaba propiciando que el motor subiera de grados, hasta sobrepasar el límite rojo del testigo. Estacionaba en el aparcamiento y cerraba la puerta del coche con pasos rápidos hasta la puerta de acceso, dejando atrás el motor casi humeando. Con el efecto de espejismo, al igual que el fenómeno óptico que se produce en el asfalto en los días más calurosos.

—¿Me puede decir si la señorita Laura ha venido a trabajar con normalidad? —hablaba acercándose al mostrador de recepción, con pasos atarantados, dese la puerta de acceso principal—. Buenos días.

—Pues no lo sé, déjeme preguntar a sus compañeros —Cogía el teléfono inalámbrico y pulsaba el número de una extensión mientras se lo colocaba entre el hombro y su cabeza con un gesto casi mecanizado—. Caballero, no ha venido a trabajar.

—¿Me podría decir si está enferma o le ha pasado algo?

—Me acaban de decir que tuvo un grave accidente en el coche, se encuentra hospitalizada en el hospital Universitario.

—Muchas gracias —Esas palabras entraron por sus tímpanos, pasando por su alma, hasta llegar a su corazón, dándole una fuerte punzonada. Se quedaba inmóvil, mirando unos segundos al vacío conmocionado.

Salía del centro, ahora sin prisa, cabizbajo. Sin pensarlo dos veces, se montaba de nuevo en el coche para dirigirse al hospital Universitario, con el propósito de verla, o al menos saber más de ella. En cuestión de minutos estaba estacionando de nuevo. Sacaba su agenda y la abría por la página de ese mismo día, que permanecía vacía, sin ninguna cita. Cogía un bolígrafo y se agendaba citas en su consulta de Ourense, desde esa misma mañana hasta pasada la hora de comer, con diferentes individuos. Miraba hacia la puerta de acceso, se colocaba su abrigo de entretiempo y agarraba su cartera de documentos, colgándosela del hombro con el asa. Caminaba con pasos firmes cuando se detuvo por completo. Estiraba su mano hasta el bolsillo de su pantalón; sacaba su teléfono móvil y lo apagaba por completo, metiéndoselo de nuevo en el bolsillo y retomando el camino a la puerta principal.

La madre de Laura había pasado más de 24 horas sentada en aquella silla maldita. Decidía irse a su casa a darse una ducha y prepararse una pequeña bolsa con más ropa. En el mismo instante que salía por la puerta principal, se cruzaba con Mario. Las dos personas que más le importaban a Laura en esos días, se cruzaban sin ellos mismos saber que ambos lo eran. El doctor Vargas se acercaba al mostrador de admisión y saludaba al chaval que sentaba a la otra parte del mostrador; evidentemente no era el primer día que colocaba los pies en ese centro.

—Buenos días doctor. ¿En qué puedo ayudarle? —un chico joven, moreno y con un ligero sobrepeso, hablaba al doctor por la

parte superior de los cristales de sus gafas.

—Hola. Anda, búscame un accidente de tráfico. Últimas 24 a 48 horas. Mujer joven.

—La busco, un segundo —terminaba de colocar los papeles de la gestión anterior en una bandeja enfrente de él, ya mirando el teclado—. Aquí está. 243. Ya se encuentra en planta señor.

Mario se despedía agradeciéndole la información con la mano, sin mediar palabra, con los ojos ocupados en las puertas de los ascensores. Se montaba con rostro angustiado, con una mano en el bolsillo de su pantalón y la otra frotándose la sien.

Clara se había quedado al cuidado de su compañera, que todavía permanecía sedada. Decidía entonces bajar a la cafetería para comer algo. Cogía el bolso y se colocaba al lado de la cama.

—Subo en un momento, no te vayas sin mí —le sonreía susurrando y la cogía de la mano, aunque sabía de sobra que no podía escucharla.

En el mismo instante que abandonaba la habitación para caminar por el pasillo central, se colocaba a las puertas del ascensor. Se abrían ambas. Mario, que pretendía Salir y Clara que pretendía entrar, casi tropezaban los dos de frente, disculpándose simultáneamente y cada uno mirando la pantalla de su respectivo teléfono móvil. De nuevo se cruzaban dos personas que tenían especial afecto por Laura y no sabían la una de la otra. El día que el doctor visitaba a Natalia, Clara no coincidió con él. Cruzándose en el camino, pero cada uno con su tarea, no obstante, en este caso sí que se conocían.

El doctor entraba despacio a la habitación, nada más colocar los pies en las primeras baldosas empezaba a ver el rostro de Laura, quedándose inmóvil. Permanecía parado unos segundos en la puerta, analizando la situación y mirando todo el habitáculo con los ojos en todas direcciones sin mover apenas la cabeza. Se acercó a los pies de la cama para leer la hoja que colgaba, repasando el pronóstico de la paciente. De pronto, daba marcha atrás y desaparecía de la escena. Se dirigía de nuevo al ascensor, caminaba por el pasillo con la mente puesta en sus próximos movimientos. Una vez en el control de enfermería de la planta que frecuentaba él, cogía unos pequeños botes de medicamentos para vía intravenosa y se los colocaba en la bolsa. Marchaba entonces a la habitación que servían de vestuario, entraba decidido, se cercioraba de que estaba solo y cogía una bata blanca. Estiraba la mano hasta una estantería en donde reposaba material desechable para colocarse una mascarilla y un gorro quirúrgico. Salía de la habitación equipado y cogía una silla de ruedas del control de enfermería, colocaba su cartera en la parte inferior y se dirigía de nuevo a los ascensores.

Asomaba la cabeza para entrar a la habitación en donde reposaba Laura, pero había una enfermera revisando el dosificador cuentagotas. Mario alargaba su paseo, pasaba de largo arrastrando la silla de ruedas, con la intención de que permaneciera sola. Cuando veía el camino despejado entraba a la habitación. Su primer gesto fue quitarle los goteros.

—Hola cielo. No te preocupes por nada, yo me encargaré de cuidarte. Tú solo tienes que descansar —le susurraba al mismo tiempo que le inyectaba un sedante a través de la vía que llevaba colocada en su mano y ella con los ojos entreabiertos, apenas podía reaccionar, abriéndolos y cerrándolos muy lentamente y

prácticamente drogada—. Permanece dormida, con calma lo entenderás, aún no es el momento.

La sentaba en la silla de ruedas con sumo cuidado. Le emplazaba bien la cabeza, le colocaba una mascarilla quirúrgica desechable y la tapaba con una manta; colocándosela como si fuera a darle un paseo, con las manos entrelazadas y fuera de la manta. Ambos abandonaban la habitación, emprendían un paseo por el pasillo. De pronto el doctor paraba de caminar, dejaba a Laura y retrocedía los escasos pasos que habían dado para coger del pie de la cama la hoja del pronóstico de Laura. Ahora sí, emprendían el paseo hasta una zona interna, donde solo tenía acceso el personal sanitario. Mario conocía muy bien el centro. Emprendía un garbeo hasta la salida, evitando todas las posibles cámaras de seguridad, llevando a cabo su cometido por completo. Una vez en la calle, se diría hacia su camioneta, abría las puertas traseras y cargaba a Laura en el vehículo.

—Cielo, no tardo nada —le hablada mientras la tapaba con la manta por completo, cabeza inclusive.

Mario se había obsesionado por completo con la muchacha. Dejaba a su amada en el interior de la camioneta y llevaba la silla de ruedas hasta el interior del centro, por el mismo camino que había tomado, por la parte en donde no había ninguna cámara de seguridad. Se acercaba al mostrador del chico regordete con gafas; todavía cubriendo su rostro con el gorro y la mascarilla quirúrgica.

—Eh, chaval, ven, ayúdame —llamaba al chico y señalaba con la cabeza para llamar su atención con las dos manos arrastrando la silla.

Lo llevaba a una zona de personal y cuando veía que estaban solos, lo cogía por sorpresa y le inyectaba una solución en el cuello para dejarlo sedado por completo. Acto seguido lo sentaba en la silla y se lo llevaba al coche, cargándolo en la parte trasera y cubriéndolo con otra manta. Volvía a meterse de nuevo en el centro para dejar la silla y ahora sí, salir por la puerta principal; solo, tal y como había entrado. Arrancaba el vehículo y se marchaba en dirección a su casa de campo.

Clara regresaba entonces a la habitación, se daba cuenta de que su amiga y compañera no estaba en la cama. Cogía una revista y se sentaba tranquilamente en la silla de acompañantes. Minutos más tarde entraba la madre de Laura por la puerta.

—Hola Clara, ya estoy aquí —saludaba incluso antes de entrar por la puerta, cargada con una pequeña bolsa de deporte.

—Que pronto llegas.

—Sí, no quería demorarme mucho —empezaba a asomarse a la habitación—. ¿Y Laura? ¿Dónde está?

—No lo sé, acabo de entrar y no estaba. Se la habrán llevado a hacerle alguna prueba —le hablaba entre las hojas de la revista que sustentaba en las manos, prestando más atención a lo que estaba leyendo que a la misma conversación que estaban manteniendo.

—Pero —se quedaba en silencio analizando la situación con la mirada—. Se la hubieran llevado en la misma cama. Sedada como estaba es muy raro que se la lleven sin cama —negaba con la cabeza, le parecía bastante inusual.

—Mujer, no se habrá ido a pasear ella sola —soltaba la revista y decidía prestarle más atención—. Voy a preguntar, así te quedas más tranquila.

Clara salía de la 243 con la intención de hablar con alguien que le pudiera ayudar. Después de algunos pasos forzados, colocaba sutilmente los antebrazos en el control de enfermería, observando a un chico ejerciendo su trabajo; con la mirada ocupada en una lista, supuestamente para ella de medicamentos. Estaba prestando más atención a cómo repasaba ese chaval los fármacos que en preguntar por su amiga y compañera.

—¿En qué puedo ayudarte? —el enfermero le preguntaba sin apenas mirarla, ocupado con la tarea que llevaba a cabo.

—Dime por favor. ¿Dónde os habéis llevado a la paciente de la 243? Acabo de subir de la cafetería y no está —seguía observándolo con detalle. Ahora ya no prestaba atención a sus manos con la hoja. Ahora estaba fijándose en su físico e imaginando algo más que sujetar unos papeles; le resultaba muy atractivo.

—Aparentemente no están haciéndole ninguna prueba, al menos con previsión de ella —tecleaba mirando al monitor y una hoja escrita a mano que cogía de una bandeja a escasos centímetros de este—. Déjame hablar con algún superior y te digo.

Clara quitaba los antebrazos de aquel mueble y se alejaba mirando de reojo al enfermero. Llegaba a la habitación y ponía al corriente a la madre de Laura.

—Pero ¿cómo que no prevista? Se habrá puesto mal de repente —Salía rápidamente de la habitación apartando a la muchacha del bolígrafo en el pelo en busca de explicaciones.

Ni los médicos ni ellas dos, encontraban justificación alguna para que no estuviera. Poco a poco la preocupación iba tomando fuerza. Finalmente, no había rastro de ella y decidían hablar con el personal de seguridad. Pasadas dos horas y después de revisar las cámaras de seguridad, la persona responsable del hospital, decidía decirle a la madre de Laura que no tenían explicación alguna de cómo había desaparecido su hija, dejándola desolada y a punto de explotarle la cabeza intentando encontrar alguna explicación para ello. Poco tiempo después y debido al estado de la desaparecida, los responsables del centro consensuaron denunciar la desaparición de Laura.

Capítulo 15 (Ángeles de la muerte)

Mario salía del aparcamiento sin vacilar en ningún momento, más bien, todo lo contrario. Conduciendo tranquilamente, de forma incluso banal, como cualquier persona que lleva una bolsa de pan en la parte trasera, con la diferencia de que él cargaba con dos vidas humanas, transportadas de manera bastante insólita. Se acercaba a su destino por los caminos agrícolas, hasta llegar al pie de una montaña que erguía entre los campos, en alguno de los cuales se podía ver algún animal pasturando en las propiedades vagamente cercadas. Bajaba la ventanilla del coche e inhalaba fuerte. El olor se adentraba en sus fosas nasales, estaba rodeado de fresnos, castaños y robles. También lo rodeaba una gran cantidad de especies florales, emanando un aroma que, de igual modo se podía sentir en el ambiente, sumado a una considerable humedad. Le hacía sentir bien notar la fragancia del campo. Acercándose a la entrada de su propiedad, pulsaba el botón que accionaba el motor de las puertas correderas, para acceder en la casa de campo. Laura reposaba tumbada en los asientos traseros del vehículo, sedada y con la boca entreabierta. En la parte trasera, bajo la manta, unas gafas en una esquina del maletero. Las del joven muchacho de la recepción, que iba golpeándose la cabeza con el metal de la camioneta a cada bache del camino. Mario detenía el vehículo, colocaba un pie en el cemento impreso y sacaba su teléfono móvil del bolsillo para llamar a su colega Juan.

—Juan. Hola, necesito que vengas para hablar contigo.

—Por supuesto. ¿Qué te pasa?

—Tengo un chaval en el maletero de la camioneta —se hacía un largo silencio mientras caminaba de un lado a otro mirando

el coche—. Pero es inocente. No sé qué diablos hacer con él.

—¿Por qué? No entiendo nada.

—Cuando vengas te lo explico tranquilamente —se quitaba el teléfono de la oreja y se quedaba unos segundos inmóvil, mirando el coche y con la mano en la frente.

Cogía con delicadeza a Laura en brazos y la llevaba al interior de la casa, a su habitación exactamente. La dejaba tumbada en la cama y la cubría con movimientos lentos y suaves. Le acariciaba la cara y se paraba un instante, observándola con la mirada estática. Marchaba de vuelta a la camioneta, se paraba en la puerta del maletero, levantaba la manta por un extremo hasta verle la cara al chaval; soltaba la manta y se sentaba en el asiento del conductor. Arrancaba el motor y llevaba al recepcionista a la otra parte de la finca, recorriendo los escasos metros que lo separaban, por un camino de gravilla bastante descuidado. Cogía al chico de los brazos y lo arrastraba al interior de la granja, dejando pequeños surcos en el suelo de barro, debido a su sobrepeso. Lo dirigía hasta una de las pequeñas celdas que usaban para los gorrinos, dejándole tirado en el suelo. Cerraba la puerta y se cercioraba varias veces de que quedara bien cerrada.

Acto seguido subía de nuevo a la camioneta y ponía rumbo al hospital. Una vez estacionado, entraba por la puerta principal, se dirigía a la zona de admisión y preguntaba por Laura.

—Hola. ¿Me podrías decir en que habitación está Laura Pérez? —apoyaba sus codos en el mostrador y se acicalaba la barba, con gestos nerviosos de preocupación.

—Buenos días doctor Mario, ahora la busco —ahora, una muchacha joven sentada en la silla frente al ordenador, también conocida por el doctor, tecleaba en busca de Laura.

—Que extraño, está aquí su ingreso, pero sale una nota como que ha desaparecido sin ninguna explicación —la muchacha entrecerraba los ojos y fruncia el ceño, cambiando la mirada entre Mario y el monitor de la pantalla.

De ese mostrador, se dirigió a hablar con la gerente del centro, también conocida, para que quedara constancia de que había pisado el centro y había preguntado por ella.

Después regresaba a la casa y se servía una copa de licor, se sentaba en su sillón y frotaba con la mano la parte desgastada. Mario, era un tipo muy metódico, calculador y sistemático, todo este tema se le estaba desmoronando. El hecho de cargar con Laura desde el hospital, no estaba en sus planes, no obstante, el muchacho de las gafas; eso era otro tema. Él mismo, no tenía ni idea de cómo se le había ido de las manos. Se sentía muy agobiado, nada habitual en él, decidía levantarse para tomar alguna de las mismas pastillas que recetaba a sus pacientes. Cogía un bote de ansiolíticos y tomaba un par de capsulas. Se frotaba la cara mirándose al espejo del baño y decidía sentarse de nuevo en el sofá. Cerraba los ojos y se ponía a recordar.

Recordaba cuando él era adolescente, se crio en una familia religiosa, tenía grabado a fuego en la memoria, la imagen de su madre, arrodillada. Aunque él ya no frecuentaba la iglesia como antes, recordaba perfectamente los pasos que seguían cada vez que entraban en Misa. Los fieles deben de permanecer de pie desde que el sacerdote se dirige al altar, durante el canto del Aleluya antes del Evangelio, durante este, mientras se hace la profesión de fe y la

oración. El sacerdote es el encargado de transformar el pan y el vino en el cuerpo y en la sangre de Cristo. Es ahí cuando los fieles se arrodillan en el lugar de la iglesia que se encuentran. Los mismos permanecen de rodillas desde el Santo hasta el instante en el que se parte el pan, coincidiendo con el último Amén. Mario aún podía sentir sus rodillas clavadas en la madera de aquellos bancos, mientras su madre lloraba cuchicheando. Esa pobre mujer, se aferraba a lo único que podía en ese momento, cada tarde suplicaba a Dios con lágrimas en las mejillas; aunque de poco le serviría. El doctor tenía una inocente hermana pequeña. Siempre estaba cuidando de ella, no tenía apenas recuerdos de la pequeña jugando ni correteando. Su hermana Cristina, sufría una enfermedad crónica del corazón, la cual estaba esperando un trasplante mucho tiempo. Tanto tiempo, que muy a su pesar nunca llegó. La operación se reserva para las personas cuya afección no mejora con medicamentos. Su hermana estaba en la lista, sin duda alguna, pero eso no estaba en las manos de nadie, solo del azar, el corazón sano nunca llamó a su puerta. La niña perdía la vida una larga madrugada, agarrándole las manos a su joven hermano Mario, su debilitado corazón dejaba de bombear sangre, dejando marcado de por vida a un Mario, que vería la vida de forma diferente a partir de ese mismo instante. Le costó mucho tiempo y trabajo superar su pérdida; decidió entonces estudiar psicología para poder ayudar a las personas que lamentablemente tenían que pasar por la misma situación que él. El hecho de perderla tan pequeña, le marcó el destino. Se especializó entonces en la pérdida de seres queridos. Cuando todo comenzó, en la universidad conoció a Juan, forjando una fuerte amistad, difícilmente quebrantable.

Por otra parte, Juan, decidió seguir el mismo camino que su padre, estudiando medicina y formándose como cirujano. El padre de Juan, le mostraba su trabajo como algo apasionante. La

experiencia de ayudar a salvar vidas, le compensaba todo el esfuerzo de la dura etapa de estudios. Juan, después de realizar también con éxito sus largos días de duros e interminables estudios, se especializó en los trasplantes de órganos. Ese procedimiento se hace para reemplazar un órgano con otro órgano sano de otra persona. La cirugía es solo una parte de un proceso muy complejo y prolongado. Después el nuevo organismo, tiene que aceptar ese cuerpo extraño, que es sin duda otro largo proceso, puede derivar en un rechazo al trasplante, con complicaciones graves, incluso la muerte. Incluso antes de todo este proceso hay que someterse a un cribado de pruebas de trasplante. Pero nada es posible sin un donante, entra entonces en juego el azar, como un pobre iluso que juega a la lotería, aunque este paso nunca se pudiera pagar con dinero. Juan, en muchas ocasiones se sentía frustrado al ver como muchos pacientes que permanecían en lista de espera, perdían la vida esperando un órgano que nunca llegaba.

Mario, todavía en pleno estado de melancolía, recordaba en ese instante la conversación que tuvieron una noche de hacía unos tres años atrás, en un bar de copas que frecuentaban todos los viernes por la tarde, mientras se reencontraban y tomaban una cerveza.

—Y bien, cuéntame. ¿Cómo va el trabajo? —le preguntaba a Juan llevándose el botellín a los labios.

—Mal, se me escapan muchas vidas, los donantes no llegan y la gente se muere, sin poder hacer nada.

—Lo siento, sí, debe de dar mucha impotencia.

—Sí, la verdad, pero no podemos hacer nada. Y tú, ¿qué tal el trabajo? ¿Cómo van esos pacientes desalmados?

—Ahí vamos. Esta mañana traté a un cabrón, me confesó que había matado a su esposa. Pero no puedo hacer nada, no puedo decir nada a la policía. Lo hubiera matado con mis propias manos. El personaje va por la calle suelto, como si nada.

—Mira, ese nos serviría como donante— Juan soltaba una pequeña ironía sumada a una sonrisa mientras se llevaba el botellín a los labios, con un codo por detrás del respaldo de la silla.

—Pues no es la primera vez que lo he pensado hoy —Mario cambiaba la cara, recordaba la pérdida de su hermana pequeña—. Yo sé cómo deshacerme del resto, donde voy a pescar es muy profundo. Nadie encontrará ningún resto, te lo aseguro.

—Pero —cambiaba la cara y se quedaba sin palabras—. Podría funcionar.

Después de una hora desde que emprendieron esa conversación, decidieron llevar el plan a cabo, forjando un vínculo que no se imaginaban donde llegaría. A partir de ese momento, su amistad se haría inquebrantable. Ellos mismos se declararon como Ángeles de la muerte, arrebatando la vida a gente que no se merecía vivirla, para dársela a personas inocentes, que merecieran vivir infinitamente más que alguien que hubiera confesado matar a su mujer o a cualquier otra persona. Para Mario, el dinero que pudiera conseguir haciendo esos actos, le importaba más bien poco, sin embargo, la satisfacción de matar a alguien que, según él era malo, eso sí le daba satisfacción. Fue entonces cuando decidieron llevar a su primera víctima a la granja en donde sus abuelos criaban cerdos, que permanecía muchos años cerrada y sabían que allí no les molestaría nadie. A la mañana siguiente, Juan estaba trasplantando los órganos sanos y lo que quedaba de esa víctima estaba hundiéndose en la garganta del Sil, dejando paso a las pequeñas

burbujas de aire, engullendo el cuerpo, vacío de alma, donde resultaría casi imposible que alguien lo encontrara algún día, tan solo algún pequeño animal carroñero del fondo. En poco tiempo, básicamente quedaría un amasijo de huesos, hundido a más de quinientos metros de profundidad, en la total oscuridad de la inhóspita garganta del Sil.

Finalmente, las pastillas hacían su trabajo y el doctor se quedaba profundamente dormido.

Laura, empezaba a despertarse, apenas podía moverse, el efecto de los sedantes todavía estaba muy presente en su cuerpo. Cerraba y abría los ojos al mismo tiempo que iba incorporándose en la cama. Empezaban a venirle a la cabeza capturas de imágenes que le llegaban poco a poco a la mente, observando desconcertada en dónde estaba. Muy aturdida y entumecida de dolor, repasaba los escasos recuerdos que tenía e iba colocando los pies en el suelo para levantarse de la cama. Recordaba el accidente, después recordaba entrar al quirófano, mientras los médicos le colocaban una máscara de oxígeno y el último recuerdo que tenía era el de Mario colocándole la solución liquida en la vía de su mano. No entendía nada, dando tumbos, empezaba a moverse por la casa de campo, llegaba a la pequeña cocina anexada al salón. Se servía un vaso de agua, con las manos temblorosas, llegaba a tomarse el agua, correándole entre los pechos por encima de la bata hospitalaria y tocándose los labios, todavía insensibles. Giraba la cabeza en ese instante para ver un rostro sentado en un sillón, frente a la chimenea, lo rodeaba hasta darse cuenta de que era Mario, notaba entonces una sensación de bienestar. Intentaba despertarlo, aunque sin éxito, ella quería hablar, pero aún no podía ni balbucear. Después de darse cuenta de que Mario no podía despertarse, empezaba a dar vueltas por la casa, intentando abrir todas las puertas. Finalmente se sentaba

de nuevo en la cama, no encontraba explicación alguna de lo que le estaba sucediendo. Pasada una hora, el doctor empezaba a despertarse. Laura escuchaba pequeños ruidos y decidía ir a hablar con él. Al asomarse por la puerta, lo veía muy nervioso y con cara de ira. Ella nunca lo había visto así. Decidió entonces no decirle nada y quedarse observándole. Ella se percataba de que Mario se movía nervioso de un lado a otro, cogía la llave de la puerta de las dos cerraduras e iniciaba el camino por el angosto y enladrillado pasillo. Laura lo seguía sigilosamente, moviéndose detrás de él, apoyando sus manos por las húmedas paredes de ladrillo, sorteando incluso alguna cucaracha correteando por las paredes y algún pequeño ratón moviéndose por el suelo. Cada vez le parecía más acertado no haber advertido a Mario de que estaba despierta, le estaba pareciendo todo muy extraño. Nada más asomar la cabeza al otro extremo del pasillo, con la cara pegada a la puerta, observaba a Mario entrar a la habitación más cercana, conectaba las luces para salir de la habitación alicatada con esas viejas baldosas, cargado con un hacha de tamaño medio. Se dirigía a la celda en donde permanecía encerrado el chaval de las gafas, apenas podía moverse debido a los sedantes. En ese mismo instante entraba su colega Juan, caminando por el pasillo. Laura no podía diferenciar lo que estaba haciendo Mario, solo escuchaba y veía acercarse al nuevo individuo. De pronto, Mario empuñó fuerte el hacha y empezó a descuartizar al chaval, detrás de él, Juan, completamente sorprendido, empezaba a llamarle.

—Pero ¿qué demonios estás haciendo? Te has vuelto loco —daba pasos hacia atrás, sorprendido por completo.

—Me ha visto llegar al hospital, le he preguntado por la muchacha y la muchacha está en mi habitación. Tengo que deshacerme de él —se acercaba a Juan con el rostro y la ropa

ensangrentados, mientras se colocaba a la vista de Laura, que permanecía escondida detrás de la puerta.

—¡Te has vuelto loco, este no es el plan que acordamos en su día, voy a avisar a la policía! —sacaba de su bolsillo su teléfono móvil mirándole con cara de asombro.

—Eh, eh, tranquilízate, soy yo, guarda eso —se acercaba lentamente a Juan con la palma de la mano de frente y la otra mano sustentando el hacha.

Sin darle tiempo alguno de reacción, le propinó un enorme hachazo en el centro de la cabeza a su colega Juan, dejándolo arrodillado en el suelo, para caer de lado, agarrando todavía su teléfono. Laura, emitió un enorme grito, quedándose completamente inmóvil y sorprendida, no estaba entendiendo nada. Ahora no sintió como si un dedo caliente le tocara el corazón, no. Sintió como si una mano de hielo le hubiera agarrado el corazón. Todo se le desmoronaba en segundos. Mario, con cara de indiferencia, cogía el teléfono móvil de su amigo, ya desvanecido en el suelo y empezaba a llamar a Laura.

—Cielo, escúchame, esto no es lo que parece.

—¿Pero qué demonios has hecho? Lo has matado —se llevaba la mano a la boca. Estaba impactada.

—Tranquila, te lo puedo explicar —aún sustentaba en su mano el hacha, con el filo cubierto de sangre, del cráneo de Juan. Paraba de ejercer presión con sus dedos y la dejaba caer al suelo.

—Madre mía, Estas loco. Lo has matado. Lo has matado. Lo has matado. Lo has matado. Lo has matado —andaba en círculo y no

paraba de repetirlo mientras intentaba asimilar lo que sus ojos habían visto.

—Ha sido por una buena causa. Déjame explicarte —se iba acercando a ella, con pasos delicados.

—Estás loco, no te me acerques.

Mario poco a poco se acercaba aún más y Laura no pudo evitar salir corriendo. Huía por el claustrofóbico pasillo, pero, evidentemente sucedió lo predecible, Mario llegaba a cogerla por detrás y la tiraba al suelo. Acto seguido la arrastraba por el suelo del pasillo, cogida por los brazos.

—¿Por qué has tenido que estropearlo todo? Tan solo tenías que permanecer quietecita —la seguía cogiendo por los brazos, para arrastrarla escaleras arriba, mientras negaba con la cabeza, mordiéndose el labio superior, con un gesto de decepción. Laura se resistía con todas sus fuerzas, dificultándole bastante la tarea al doctor. En un forcejeo, la pobre muchacha recibía un enorme golpe en la cabeza, fruto de la ira de su captor.

Pasados escasos segundos, Laura permanecía tirada en el suelo de la misma celda en donde Mario había sacrificado a Natalia, todavía estaba presente el olor a carne y cabello quemados. No obstante, el fuerte olor llegaría a la nariz de la joven sin ella misma enterarse. El golpe la dejó inconsciente y permanecía en la misma posición que la había dejado el señor Vargas.

Mario, en el salón de la casa de campo, vaciaba los libros de una pesada estantería, después la movía para atornillarla con unas bisagras a la puerta de las dos cerraduras. Minutos después y gracias a un mecanismo simple de apertura, el paso hacia el claustrofóbico

pasillo de los horrores quedaba perfectamente disfrazado a la vista de cualquier ojo curioso. Evidentemente al doctor se le estaba yendo todo de madre. La obsesión por Laura le había hecho tirar por los suelos toda su ética.

Capítulo 16 (Sátira)

La madre de Laura, aturdida por la situación, permanecía sentada en una silla, cabizbaja. En una habitación bastante fría, con algunos cuadros decorativos baratos, de unas fotografías impresas de lugares cercanos, típicos de la zona; colgados vagamente en algunas de las paredes. El mobiliario que la rodeaba era funcional, parecía relativamente nuevo, aunque se podía evidenciar, el estar bastante castigado por su uso. Los pequeños golpes en la madera, arañazos en la superficie del cristal de la mesa y los reposabrazos de las sillas, eran una de las muestras evidentes que se podían apreciar sin apenas fijarse detenidamente. De fondo el murmullo de unas oficinas muy transitadas, con el bullicio de gente hablando, tanto cara a cara, como por teléfono. Se escuchaban pasos en todas direcciones, también se percibía el particular sonido de varias personas tecleando con un ritmo bastante rápido, incluso sonidos desagradables de fondo, provenientes de sirenas de emergencia. Se encontraba junto con Clara, en la comisaría de policía de Ourense, a escasos metros de una mesa de un funcionario, para interponer una denuncia. Delante de ellas un tipo de mediana edad, reorganizaba una serie de documentos que reposaban esparcidos en pequeños grupos sobre la mesa, para dejar un espacio relativamente cómodo para ellas. Una vez tenía la zona de trabajo despejada las invitaba a sentarse frente a él estirando la mano con un gesto cordial y con una amabilidad forzada, sonriendo vagamente mientras apenas las miraba a la cara para sentarse de nuevo en su silla.

—Pero, a ver si me queda claro. ¿Me dice que ha desaparecido del hospital y estaba sedada en la cama? —el funcionario, tecleaba en su ordenador, sin apenas mirarlas a la cara, mientras se recolocaba las gafas con su dedo índice, con gestos

rutinarios, como cualquiera de las denuncias simples de todos los días. Pero de pronto se percataba de que esta denuncia no era un simple robo de cartera, o cualquier chiquillada de quince años y paraba de teclear para reposarse en el respaldo de su silla y escucharlas atentamente.

—Sí, así es. Nadie sabe cómo ha desaparecido. El departamento de seguridad no ha visto nada; ni tan solo sale en las cámaras.

—Discúlpenme un momento —el funcionario se levantaba de la mesa para abandonar la habitación.

En ese instante, la madre de Laura agachaba la cabeza, encogiendo los hombros, con los brazos descansados en el reposabrazos de la silla. El silencio se apoderó de la habitación, todo el bullicio de aquellas oficinas no llegaba a sus tímpanos, permanecía inmóvil, con la mirada perdida y la boca entreabierta. Clara no podía evitar empatizar con ella, agarrándola de la mano con un gesto de apoyo, por momentos, empezaba a llevar más cargo de consciencia encima y comenzaba a agobiarse. La muchacha sabía que no era culpa suya, pero ver el rostro de aquella mujer, le empezaba a remover las tripas.

—Hola, mi nombre es Marta —entraba en la habitación, una mujer con pisada decidida, de complexión atlética y muy correctamente vestida, con pantalón liso oscuro y camiseta blanca—. Soy la comisaria, explíquenme detenidamente lo que ha sucedido — se sentaba en la silla, se recolocaba el pelo oscuro detrás de ambas orejas con un gesto delicado y entrelazaba las manos, decidida a prestar la máxima atención hacia ellas.

Después de escucharlas atentamente, empezó una avalancha de preguntas; la mayoría sin respuesta. La comisaria Marta empezaba a recabar información. A los primeros cinco minutos de estar sentada en esa silla, ya tenía la premonición de que, el funcionario que la había llamado para atender a estas dos mujeres, no se había equivocado y el caso apuntaba ser bastante peculiar. Marta, concluía su primer asalto de preguntas, rellenando un par de hojas a mano alzada. Terminaba de anotar y se quedaba unos segundos paralizada, mirando al frente, sin quitar la vista a ninguna de las dos mujeres que tenía delante.

—El siguiente paso será a ir a su casa.

—De acuerdo —todavía no había terminado de decir la primera palabra ya se estaba levantando de la silla, agarrada con ambas manos a los desgastados reposabrazos—. Cuando quiera nos vamos.

—Venga usted conmigo. Clara, necesito que vengas tú también a la casa de Laura.

Se levantaban y salían por la puerta de la comisaría para montarse en un coche de policía. Lo único que anunciaba que era un coche policial era una pequeña luz azul que reposaba en el salpicadero a la espera de ser usada, sumado a una emisora en la parte central. Se dirigían rumbo a Raminares, recorriendo los escasos diecinueve kilómetros que les separa. Durante el trayecto, Marta no cesaba de disparar preguntas a ambas, intentaba relacionar el accidente con la desaparición, su primera hipótesis era que había algún vehículo implicado en el accidente y tuviera miedo de que Laura hablara, aunque esa opción no tuviera mucho peso, no podía descartarla.

Llegaban a su destino en pocos minutos. Con los primeros pasos se dirigieron a la habitación de Laura. Nada más entrar, Marta observaba con todo detalle absolutamente todo.

—Aparte del nuevo trabajo, ¿en su tiempo libre se juntaba con alguien que no fuera de su círculo? —los guantes de látex de Marta sustentaban una fotografía que reposaba en la mesita de noche. En la instantánea, Laura estaba con un grupo de antiguas amigas, aparentemente posaban en el porche de una pequeña casa de madera, rodeadas de nieve.

—Bueno, se estaba viendo con un compañero de trabajo.

—Sí, con el doctor Vargas. Mario Vargas —Clara irrumpía en la conversación al mismo tiempo que daba un paso al frente—. Trata a muchos pacientes en el centro, aunque no creo que tenga mucho que ver, parece una persona muy tranquila y correcta. A mí me parecía demasiado mayor para ella. Podría ser su padre, no obstante, creo que tan solo cenaron juntos un par de veces—. La madre de Laura fruncia el ceño entrecerrando los ojos, con clara expresión de asombro hacia el comentario de la diferencia de edad.

—Eso me lo tendríais que haber dicho lo primero —detenía la conversación y sacaba su teléfono móvil del bolsillo—. Inspector, búscame absolutamente todo de un tal doctor Mario Vargas.

Marta seguía con la inspección, abriendo todos los cajones y buscando en todos los recovecos en busca de cualquier cosa que le pudiera resultar de utilidad. Pocos minutos pasaron hasta que su teléfono móvil emitió una corta vibración para seguidamente empezar a sonar. Respondía a la llamada y asentía con la cabeza un par de veces.

—¿Se sabe algo más? —estaba muy nerviosa y apenas esperó a que terminara la llamada.

—Tenemos el domicilio, vamos.

Montaban en el coche y ponían rumbo al domicilio de Mario. Marta arrancaba la marcha un tanto alterada, conduciendo con cierto apremio. En el interior del coche, solamente se escuchaba el débil sonido de los intermitentes, mantenía silencio absoluto, concentrada en llegar cuanto antes.

—¿Usted cree que ese hombre puede saber algo?

—No lo sé. Lo que sí sé, es que, si se estaban viendo, alguna información podremos sacar. De todos modos, no me gusta nada esa diferencia de edad —le hablaba sin mirarla a la cara, con la mirada en la carretera, pero apretando los labios y negando ligeramente con la cabeza, con gestos de preocupación.

El camino hacia el domicilio de Mario concurría por las revueltas de la carretera OU-0215, envueltos por la inmensa vegetación. A su paso por Xestosa, sonaba el teléfono móvil de la comisaria; apagaba el manos libres para sujetarlo entre su hombro y su oreja. Ese gesto sirvió de poco, el silencio del interior del vehículo dejaba escuchar toda la conversación hasta terminar la llamada.

—Bueno, ya lo habéis escuchado. Hay dos unidades allí, esperándonos. Si el individuo no se opone, entraremos a la casa con los perros, a ver si tenemos suerte —tenía una corazonada, el instinto le decía que el poderoso olfato de los perros la llevaría a algo.

Si la policía entraba con todo en el domicilio del doctor, se pondrían las cosas feas para Mario, sin embargo, todo apuntaba en esa dirección, ya que, en cuestión de minutos se le llenaría la casa de policías. Así sucedía, en poco más de lo que tarda el minutero de una esfera de reloj en recorrer un tercio de su ciclo, las tres mujeres colocaban los pies en el suelo, delante de la casa del doctor, se miraban a los ojos y daban un paso al frente, en dirección hacia el dispositivo policial. Marta, con un gesto, indicaba a un policía que iniciara el protocolo, dirigiéndose este a llamar a la puerta para hablar con el sospechoso. Otro gesto, ahora del policía hacia Marta, indicaba que tenían luz verde, que el susodicho no oponía resistencia alguna.

Mario abría la puerta de su casa, sin vacilar en ningún momento, observando a todo el operativo. Marta avanzaba con pasos firmes entre los funcionarios hasta colocarse delante de la puerta, para indicarle al doctor con tono cordial, de que dejara paso a todo el equipo, perros inclusive.

—Por supuesto, sin ningún problema. ¿Cómo puede ser que desaparezca así? Adelante, por favor —se apartaba ligeramente de la puerta para dejar paso a los perros, seguidos de una decena de policías.

—Bueno, tampoco puedo decirle mucho más —Marta se hacía notar muy recelosa, su experiencia la obligaba a no fiarse de nada ni de nadie. Se apartaba también a un lado, para entrar después de dejar pasar a todos—. Espere aquí. Si me hace falta saldré a buscarle.

El dispositivo entraba en el domicilio con muchas expectativas, aunque los perros tendrían escaso trabajo. Los hocicos de los agentes de cuatro patas, los llevaron a detenerse sentados frente las mesitas

de noche, señalando las pequeñas lámparas que reposaban en ella. Un puñado de horas antes, sustentaron alguna prenda, además de las braguitas de Laura. Difícilmente encontrarían allí a Laura, se hallaban en un bloque de apartamentos, en la consulta del doctor, en el centro neurálgico de Ourense. Pasados unos angustiosos minutos, Marta salía del apartamento para hablar con el hasta ahora sospechoso Mario.

—Tendrá que acompañarme para que pueda hacerle algunas preguntas, necesito que colabore.

—Por supuesto, lo que usted necesite.

—De acuerdo, suba al coche —se estaba incomodando, la mansedumbre con la que se estaba comportando el doctor, la hacía intuir algo. Lo miraba a los ojos y el comportamiento tan pasivo le daba mucho que pensar.

El coche de Marta entraba en el aparcamiento de la comisaría con el único sospechoso hasta el momento de la desaparición de Laura, en su asiento trasero. La conducta de los perros, le dieron mucho que pensar a la comisaria. Los agentes acompañaron cordialmente al doctor hasta la sala de interrogatorios. Allí empezó lo que más bien parecía una batalla ganada por parte de la comisaria, a dar comienzo a una partida de ajedrez, combatiendo el doctor todas las jugadas, hasta arrinconar a Marta; teniéndole que dejar marchar sin poder acusarlo por nada. Ella se sentía muy frustrada, sabía que él escondía algo, la mirada de Mario, con gestos incluso burlescos, había llevado el interrogatorio a un espectáculo teatral, con sátira y a menudo con elementos de parodia y exageración.

El doctor se despedía de Marta levantándole su dedo índice y corazón juntos, llevándolos hasta su frente y mirándola con los

labios levantados en sus extremos, enviándole una ligera sonrisa para salir por la puerta de la comisaría y abandonar el edificio totalmente impune.

—Estaré vigilándote, no te confíes — lo despedía con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón negro y mirada desafiante, acompañada de un oficial—. ¡Nos veremos pronto! —le gritaba cuando este abandonaba las cristaleras.

En ese instante, Marta accedía a su despacho, cerraba la puerta y se llevaba su teléfono a la oreja.

—Tenemos que hablar —después de asentir con la cabeza un par de veces, terminaba la llamada sin decir nada más. Se llevaba la mano a la frente para posteriormente frotársela y se sentaba en su silla mirando a la nada.

Capítulo 17 (Aroma a trufa)

Un pequeño pájaro se posaba en la rama de un árbol frutal para picotear los restos de una fruta madura, el roce con las ramas debido al viento, había facilitado que la piel de esa pieza se abriera. Se trataba de un árbol de la familia de las rosáceas, conocido por producir frutas carnosas con hueso duro, comúnmente llamado ciruelo. El ave, en concreto una alondra común, emitía su canto con vigorosidad durante el alba al mismo tiempo que se salpicaba con las gotas de rocío que se sustentaban en las hojas. El sonido llegó a los oídos de Laura. Empezaba a despertarse, poco a poco iba abriendo y cerrando los ojos, llevaba ambas manos a su cara, mechones de pelo empapado en sudor permanecían pegados a sus mejillas. Giraba la cabeza en todas direcciones aturdida, sus retinas empezaban a acostumbrarse a la escasa luz tenue que llegaba al interior de la celda. Se levantaba y colocaba las manos en los barrotes oxidados mientras miraba a su alrededor, no entendía nada de lo que estaba sucediendo. No había ni rastro de su ropa, se despertó vestida con una bata de algodón, amarillenta y vieja. Al parecer, era una camisa de fuerza, con las mangas cortadas y hebillas en el pecho, para utilizarla al uso común. Permanecía aterrada, fácilmente podía vaticinar que nada bueno le podría suceder en la situación en la que se encontraba. En el interior, tan solo una cama con un extraño agujero en la parte superior, todavía con algún resto de cabello quemado. En las paredes de ladrillo macizo, lo único que podía observar eran las viejas tuberías que usaban en su día para suministrar agua a los cerdos, repletas de excrementos de roedores en la parte superior, además de alguna cucaracha correteando por el suelo de cemento fratasado. Nada más había en la habitación, salvo un viejo orinal metálico al pie de la cama, revestido con porcelana y con varios golpes debido al desgaste de los años. Laura se

desplazaba con pasos tímidos de un lado a otro del habitáculo. El haz de luz que entraba por el angosto hueco de la ventana, marcaba el polvo en suspensión que iba levantando con sus reducidos pasos. En un gesto de desesperación, se le ocurría desplazar la cama con la finalidad de acercarla a la ventana, para conseguir tener una vista más elevada, y así, poder asomarse al exterior. Los barrotes de hierro permanecían en perfecto estado, tiraba con todas sus fuerzas de ellos, pero sin éxito alguno. Se levantaba agarrada a uno de los hierros, ayudándose con sus piernas, colocando delicadamente la punta de los pies entre las juntas de los ladrillos macizos para asomarse y en el exterior tan solo la custodiaba un gran número de árboles frutales; la mayoría ciruelos. Ante la disyuntiva de quedarse completamente en silencio observando el perímetro de su alrededor, o pedir auxilio a todo grito; optaba por implorar socorro.

—¡Ayuda, por favor, ayúdenme! ¿Alguien me escucha? — sus ojos se movían en todas direcciones mientras su cuerpo empezaba a temblar debido al gran esfuerzo que estaba haciendo para sustentarse en alto.

Cuando se daba cuenta de que por más que gritara nadie la escucharía, tan solo algún pájaro, se derrumbaba y se dejaba caer, para quedar acostada en la cama cogiéndose la cabeza y negando la realidad mientras jadeaba.

Calma absoluta envolvía a la horrorizada muchacha, de pronto escuchó pasos, los del ahora temido Mario, a ella no se le iba de la cabeza la imagen del doctor matando a ese hombre, hacha en mano y con frialdad absoluta. Los sonidos de los pasos iban en aumento, acto seguido, la puerta de las cerraduras se abría para dejar paso a Mario. En pocos segundos, aparecía el doctor delante de Laura.

Mario, arrastraba un pequeño carro con ruedas, con un sofisticado desayuno encima.

—Buenos días querida ¿Tienes hambre? —cogía un plato y empezaba a servirle el desayuno mirándola a ella y al plato sucesivamente.

Laura no abrió la boca, simplemente agarraba la sabana apretándola con sus manos, usando toda su fuerza, en un acto reflejo.

—Hoy es un día especial, me vas a conocer de verdad. ¿Huevos? —servía un par de huevos delicadamente en el plato—. Sí, te he preparado huevos con trufa. Mis preferidos.

El doctor preparaba un plato con esmero, lo acompañaba con café y zumo, seguidamente lo colocaba todo en una bandeja y abría la celda para dejarla en el suelo con gestos especialmente delicados, mirando en todo momento a los ojos a su querida cautiva. Arrastraba una vieja silla al lado de ella y cerraba la puerta de barrotes de forja. Mario se acercaba el carrito a su regazo y empezaba el festín.

—Te recomiendo que los pruebes, se enfriarán —la miraba mientras mojaba pan en la suculenta yema del huevo y se llevaba a la boca un bocado, dejando notar en su rostro que era especialmente de su agrado.

Laura ni siquiera le contestó, tan solo retrocedía inútilmente escasos centímetros hacia atrás, hasta pegarse completamente a la pared de ladrillos macizos. No entendía como podía comportarse así; se daba cuenta que estaba absolutamente chalado.

—¡Te he dicho que comas! —se levantaba rápido de la silla con un tono muy agresivo y se acercaba a los barrotes, agarrándose a uno de ellos—. ¿Prefieres que entre? —se quedaba inmóvil mirándola con la cabeza ladeada.

Laura, temblando de miedo, se acercaba la bandeja y arrancaba un trozo de pan. El hecho de comer pan, es una acción común, natural, incluso rutinaria. Así mismo, el gesto que estaba llevando a cabo, no tenía ninguna connotación en especial, más allá de la acción física de cortar el pan, como tantas veces que lo había llevado a cabo en su vida, solo que esta vez, sus manos, llenas de suciedad, arrancaban un pedazo de masa mientras permanecía tirada en el suelo, tiritando y totalmente conmovida por la situación tan terrorífica por la que estaba sufriendo. Evidentemente, lo último que le apetecía en ese momento era comer, no obstante, cada vez tenía más miedo. El comportamiento del doctor iba a peor, los cambios de personalidad la estaban llevando a entender, que evidentemente estaba enfermo, muy enfermo. Laura simulaba estar comiendo, aunque su miedo no la dejaba pensar con claridad, el papel que estaba actuando; lo ejercía francamente mal.

Mario retrocedía vagamente. El gesto de su cautiva no le convenció demasiado, pero sí lo suficiente como para seguir deleitándose de la suculenta minuta que él mismo había preparado. Retomaba asiento y rebañaba los bordes del plato con gestos de absoluto placer mientras cerraba la acción llevándose el bocado a su boca.

—Ahora cuando terminemos de desayunar, empezaremos con el chaval, quiero que me acompañes, que estés conmigo —apenas se le entendía, hablaba con la boca llena, dejando entender con claridad, que estaba disfrutando. Depositaba el plato vacío en la

bandeja y lo sustituía por otro, con fruta recién cortada, entre ellas, kiwi y fresas.

Laura, no osaba soltar palabra, seguía temblando despavorida. Disimulando, iba arrancando cachos de pan y escondiéndolos detrás de ella. Cuando los ojos de su captor la miraban, todavía sentía más miedo y se quedaba paralizada, como si le hubiera lanzado un dardo paralizante.

—¿No estás comiendo? —se levantaba y se acercaba a lo único que daba seguridad a Laura en ese instante; los barrotes que los separaban—. ¿Nada? ¿Ni tan solo lo has probado? ¡Vas a conseguir que me enfade! —colocaba una mano en el pestillo que sujetaba el candado, con la clara intención de abrir la puerta.

—Sí. Me encanta lo que has preparado —hablaba temblando, fatal. Apenas se entendían las palabras que salían de su boca.

—¡Memeces! —observaba moviendo la cabeza y veía los trozos de pan en el suelo, detrás de su aterrada presa.

—No, no, tranquilo. No hace falta que entres. Mira, me encanta.

La pobre muchacha, mojaba un pequeño chusco en el huevo perfectamente cocinado, el miedo no le dejaría apreciar el aroma y sabor de la trufa recién rallada. Mientras se lo introducía en la boca, le chorreaba por la barbilla y por la bata. No pudo evitar regurgitar. Su cara era una descripción perfecta de cómo se sentía. Las lágrimas le corrieron el lápiz de ojos, los mechones del pelo que se le escapaban del recogido, pegados en su cara. Además de sus ojos, que permanecían muy hinchados, debido a la congestión de los

vasos sanguíneos en sus párpados, causada por tanto llorar y frotarse los ojos; sin dejar de olvidar que esa acción la hacía con las manos mugrientas.

Mientras tanto, el doctor terminaba de deleitarse con su desayuno e insistía en que Laura comiera. Inevitablemente, Mario se enfadaba y se marchaba, perdiéndose en la oscuridad. En ese mismo instante se llevaba las manos a la frente y a la cabeza. Notó en el recogido de su pelo, el bolígrafo de su amiga Clara, no se lo había devuelto y todavía lo llevaba ahí introducido. Decidió dejarlo en donde estaba. <<Saldré de esta y se lo devolveré en persona>> aún le quedaba un poco de esperanza de zafarse de la situación tan peliaguda que cargaba a cuestas.

Minutos después, pasaba por delante de ella con total pasividad, sin ni siquiera mirarla. Entraba a la habitación en donde había matado al recepcionista y conectaba las luces. Salía de ella y se dirigía ahora con pasos firmes a por Laura.

—¿Tenías curiosidad por ver lo que hacía? Tranquila, no te preocupes, ahora lo vas a ver de primera mano —abría la puerta de la celda mientras Laura horrorizada caminaba a gatas hacia atrás.

—Estás loco, no eres diferente de ellos —permanecía de cuclillas y pegada a la pared del fondo viendo cómo se acercaba el doctor en su dirección sin poder hacer nada para evitarlo.

—Bueno, eso lo tendría que valorar yo.

Agarraba a Laura y empezaba a arrastrarla por el suelo a la fuerza. Ella, agarrándose a donde podía, incluso al cemento fratasado, hasta arrancarse de cuajo una uña. Gritaba despavorida,

tanto de dolor como de miedo. Finalmente la llevaba hasta la habitación alicatada, le colocaba unas esposas cogidas a una cadena y la dejaba en el suelo en una esquina. De pronto desapareció, segundos después arrastraba el cuerpo del muchacho hasta dentro, a los ojos de Laura y lo subía a la mesa de acero inoxidable. Con toda impunidad, empezaba su ritual.

Las retinas de Laura observaban ahora el cuerpo sin vida del chaval. A un par de metros de él, Mario permanecía de pie, colocándose el delantal plástico, frente al carrito de herramientas. Ella estaba aterrada, todavía no podía comprender, cómo estaba haciendo eso la persona que, días atrás se había comportado con ella de manera solemne, cuidándola con la mayor delicadeza. Su pulso empezaba a desorbitarse, sus latidos intermitentes los percibía por todas las partes de su cuerpo, especialmente en su muñeca, la cual, le daba la sensación de que iba a estallarle, debido a las esposas, que le estaban ejerciendo presión y evitando que su pulso tan intenso fluyera bien por su mano. También notaba sus pulsaciones en su cuello. Sin darse cuenta empezaba a hiperventilar, aumentando en exceso su respiración, empezaba a quedase con la sensación de falta de aliento.

—Tranquila, todavía no te toca a ti —mientras iba cortándole toda la ropa al chico con unas tijeras, veía a Laura a punto de desmayarse, horrorizada—. Y eso que aún no hemos empezado. Vamos, disfruta.

Laura no se dignaba ni a abrir la boca. El hasta hacía un momento su amado, cogía una sierra de mano y empezaba a amputar todas las extremidades del chaval de las gafas.

—Mira, fíjate. Tienes que sentir como se desgarra la carne y los huesos, con una sierra eléctrica terminaríamos antes, pero no

tendría gracia —Sujetaba en ese momento una pierna e iba moviendo su brazo, sujetando la sierra firmemente con frialdad absoluta. Miraba a su invitada de honor y lo que estaba llevando a cabo simultáneamente.

Laura notaba el olor a sangre, incluso de la muerte; y el miedo recorría cada poro de su cuerpo. Entró en estado de shock, un enorme pitido en sus oídos se lo advertía, notando una afección crítica, debido ahora a la disminución repentina del flujo sanguíneo. La hiperventilación y la situación de estrés, le estaba afectando a todo el cuerpo. Sus órganos y tejidos no recibían bastante oxígeno, propiciando que se desvaneciera y se quedara desplomada en el suelo, totalmente inconsciente. Mientras tanto, Mario llevaba a cabo su tarea, se centraba en el joven. Cortaba todas sus extremidades, hasta quedar un tronco, sin cabeza. De nuevo, la situación era dantesca. Debacle absoluta para el pobre chaval, que, un puñado de horas antes no esperaba para nada lo que le deparaba el destino. Destino, que no es más que los resultados que aparentemente están predeterminados para cada individuo, influyendo el tiempo y el espacio; por supuesto también el azar. En este caso, no pudo ver venir a la muerte. Poco después ya no quedaba absolutamente nada encima de la mesa de acero, ni tan solo sangre, dejando al pobre muchacho repartido en un par de sacos, que en cuestión de horas serían absorbidos por la profunda e inhóspita Garganta del Sil, pasando a ser carnada para algún animal carroñero del oscuro y frío lecho del fondo.

Capítulo 18 (Un suspiro de esperanza)

Clara, se levantaba esa mañana dispuesta a ir al trabajo. Esa semana le correspondía cambio de turno y debía afrontar el horario matutino. No podía dejar de calentarse la cabeza con todo lo sucedido. Parada en un semáforo, el claxon del coche que tenía detrás la recordaba en donde estaba y la obligaba a retomar la marcha. Su mente la transportaba por otros sitios que, a su mismo cuerpo, llevando una conducción automática hasta su centro de trabajo. Repasaba en su cabeza las últimas horas que estuvieron juntas, intentando recordar todos los detalles para analizar pequeños fragmentos de las conversaciones. Estacionando el coche en el aparcamiento del centro psiquiátrico, su teléfono móvil emitía una vibración. Marta la estaba llamando. Con un gesto rápido contestaba.

—Hola buenos días. Necesito que indagues un poco.

—Bueno, sí —se quedaba un momento en silencio mientras cerraba el vehículo y se encaminaba a la puerta de acceso—. Perdona. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Hazme una lista con todas las personas con las que Laura haya mantenido contacto, por escaso que hubiera sido. Celadores, familiares de pacientes, personal de mantenimiento… Todo aquel que tenga acceso de entrada y salida al centro.

Clara, antes de esa conversación, ya mantenía la cabeza ocupada en su nueva amiga. Esa llamada a su teléfono la motivó aún más. Al acceder al hospital intentaba recordar todos los detalles de los días anteriores. Haciendo la ronda de las medicinas, observaba a todos los compañeros de trabajo, analizaba con esmero a los pacientes. No

lograba asociar nada que la pudiera llevar a pensar que estuviera relacionado con la desaparición de la muchacha con la cual había forjado una conexión muy buena. Moviéndose por uno de los pasillos centrales, se daba cuenta que no estaba llevando a cabo su trabajo y retrocedía un par de puertas. Asomándose a la habitación a la que pretendía entrar, veía a su superiora dentro de esta, hablando con los familiares de una interna. Por un momento navegaba en su cabeza la posible conexión de su jefa de planta con Laura. No tenía nada por lo que sospechar de ella, no obstante, el hecho de que no tuviera afección alguna por ella, la llevaba a pensar mal sin motivo alguno; le caía francamente mal. Evidentemente era una persona prepotente e insensible, todas las quejas del personal, eran precisamente por eso, por falta absoluta de sensibilidad y tacto con las personas a su cargo. Finalmente, Clara se marchaba con la mosca en la oreja, observándola hasta perderla de vista mientras ejercía su trabajo.

Una hora más tarde, se acercaba al control de enfermería para dejar el pequeño carro de acero. Mientras lo dejaba en su sitio, giraba la cabeza y su vista la llevaba otra vez hasta su superiora. Le cambiaba la cara de nuevo, se paraba estrepitosamente a observarla, cuando veía una persona acercarse a hablar con la susodicha. Clara se quedaba inmóvil para saber quién iba a su encuentro, de pronto se le iluminó la cabeza. Se trataba de Mario. El doctor Vargas saludaba a la jefa cordialmente, estrechándole la mano con firmeza, para posteriormente sentarse los dos a hablar.

Clara levantaba las cejas <<este tipo tiene algo que ver>>. Lo tenía claro. Recordaba la sonrisa que mantenía cuando la policía abandonaba su piso. A cada segundo lo veía más claro; poner el foco en él. Se marchaba a su casa a pernoctar, con la clara intención de descansar, aunque no lo conseguiría, permanecía calentándose la

cabeza hasta llegar, para posteriormente dormirse pensando en seguir a Mario con el coche la próxima vez que lo viera abandonar el centro psiquiátrico. Se sentía culpable por dejarla sola en el hospital y eso la estaba carcomiendo la mente. Finalmente quedó dormida.

Clara, se vestía vagamente y montaba en el coche, dirección al centro psiquiátrico. Estacionada en el aparcamiento, después de una corta espera, Mario detenía su coche a escasos metros, el cual cogía un maletín y se perdía por las puertas correderas automáticas. Clara se mantenía a la espera, en su vehículo. Escasos minutos después, lo veía dejar el maletín en la parte trasera y arrancaba el motor, entonces ella, arrancaba también el motor e iniciaba una lenta persecución detrás del doctor, siguiéndole con cierta discreción. Conducían por una carretera secundaria que, a la vez, iba siendo engullida por más y más árboles. Pasaban cerca de un pequeño riachuelo que, emanaba una pequeña cantidad de bruma, segundos después la conducción los llevaba a una intensa niebla. Clara tenía la visión bastante reducida, intentaba conectar las luces antiniebla, aunque sin éxito, no funcionaban; su pulso empezó a dispararse, su nerviosismo se convertía en miedo. De pronto, una enorme señal de precaución se levantaba a su derecha. Se trataba de una señal de peligro, anunciando la posible presencia de animales en libertad, caracterizada esta con el icono de un venado, indicándole que debería de extremar las precauciones al conducir por la zona indicada. A escasos metros de la señal, aparecía de la nada un enorme ciervo, obligándola a frenar bruscamente. Este se detenía delante de su vehículo y giraba la cabeza hasta ella, quedándose a escasos centímetros de su luna delantera, mirándola totalmente estático. Clara se quedó perpleja, el poderoso animal llevaba enredado en sus enormes astas, la vestimenta de trabajo de usaban, tanto ella, como Laura, totalmente ensangrentada, además de ello, el animal sangraba por los ojos y por la boca, dejando el capó del coche

lleno de gotas de sangre. Escasos segundos después, el potente animal, se marchaba entre la vegetación y giraba la cabeza para mirarla de nuevo, haciéndole un pequeño gesto con la cabeza, como si quisiera que ella lo siguiera. Clara permanecía pasmada, aún con las manos en el volante y el pie clavado en el pedal del freno, ejerciendo fuerza. El ciervo desapareció entre la niebla y ahora el miedo se convertía en pavor. Todos esos detalles la afectaron. Ahora no sabía que hacer, si dar media vuelta y regresar o retomar la marcha entre la densa niebla. Tomaba la decisión de seguir. Soltaba el pie del freno y empujaba suavemente el embrague, colocaba primera e iniciaba la marcha. Le daba la impresión de que, a cada metro recorrido, la niebla era más intensa. A instante de retomar la marcha, diferenciaba una pequeña casa de madera. La niebla aún más densa, no le permitía apenas ver una decena de metros. Cerca de la casa, anexada a ella, había un pequeño cobertizo de madera, con la puerta entreabierta. No conseguía ver bien. El instinto la llevó a disparar su dedo índice al lateral de la puerta del vehículo, para pulsar el botón que accionaba el dispositivo del elevalunas eléctrico, bajando la ventanilla en su totalidad. Asomaba la cabeza con movimientos lentos y suaves, podía ahora distinguir, en las paredes del cobertizo, alguna especie de símbolos satánicos marcados en las paredes, como marcas de fuego que sobresalían de la húmeda madera. Distinguía también el coche de Mario estacionado al lado del cobertizo. Abría y cerraba los ojos, a cada instante veía más borroso, le costaba ver con cierta definición los detalles. En un acto de liberar su angustia por intentar ver mejor, sacaba la cabeza por completo por la ventanilla. Todavía le costaba más trabajo ver con claridad. Bajaba del coche e inspeccionaba cada vez más de cerca. Caminaba ahora con tímidos pasos en dirección del cobertizo. Una pequeña luz cálida brillaba en su interior. Colocaba una mano delicadamente en la puerta y muy despacio empezaba a adentrarse en el pequeño garaje, observando atónita todas las paredes, pintadas

con lo que aparentemente era sangre, todo repleto de símbolos, a modo de una especie de secta. La pared central, estaba repleta de fotografías de ella misma, desde su infancia hasta la fecha actual. Empezaba a temblar, no encontraba explicación alguna. Desde la nada, aparecía Mario con un movimiento extremadamente rápido, como si se hubiera teletransportado, la agarró por el cuello, intentando asfixiarla. Le apretaba el cuello con mucha fuerza con un brazo, con el otro sacaba un martillo y le apuntaba en la frente. Mario cargaba el brazo para asestarle un golpe en el centro de su cabeza. Cuando el martillo estaba a punto de rozarle la cabeza, Clara dio un enorme grito y se despertaba. Todo había sido una maldita pesadilla. La carga de culpa la estaba afectando. No podía quitarse al doctor de la cabeza.

Secándose el sudor, se incorporó y cogió el teléfono móvil de la mesita de noche. Solo habían pasado tres horas desde que se acostó en la cama. Se llevaba de nuevo la mano a la frente, permanecía muy alterada. No pudo conciliar el sueño. Cuatro largas horas después, montaba en su coche para personarse en el trabajo. La jornada diurna se le hizo larga. Ese día, no vio aparecer al doctor por el centro <<que casualidad>> se le pasaba por la cabeza que, últimamente, casi todos los días frecuentaba el centro, justamente, ahora que planeaba seguirle, no aparecía. Al terminar su turno, se montaba en el coche. Decidía probar suerte y esperar por si aparecía Mario, pero después de esperar más de dos horas, no tuvo suerte. De camino a casa, un aviso acústico, se sumaba a una notificación emergente en su panel de mandos. Se veía con la necesidad de repostar combustible. A Clara no le gustaba parar a repostar; siempre apuraba al máximo el depósito. No era debido a nada en especial, no obstante, la simple acción de detenerse a llenar el depósito, no le agradaba para nada, bien por parecerle que perdía el tiempo o bien por el olor del carburante; incluso ambas cosas. Paraba

el coche en la gasolinera más cercana a su trabajo. Cuando pasaba la tarjeta de débito por el lector de prepago, no funcionaba. Le pedía que la introdujera en la rendija del lector, con tan mala suerte que se le quedó la tarjeta retenida en interior de la maldita máquina.

—Por favor, ¿pueden ayudarme? —sujetaba el teléfono entre su hombro y la oreja, con cara de pocos amigos, abría la puerta del coche y dejaba el bolso que acababa de sacar para buscar su móvil, con la intención de llamar al teléfono de incidencias que indicaba en el surtidor—. Sí, sí, se ha quedado dentro— hablaba rozando las malas formas, de manera explosiva y se llevaba la mano a la frente. Todo apuntaba que no sería uno de sus mejores días.

Una hora después, una chica muy amable le entregaba la tarjeta en la mano. Clara la agarraba con agravio y se montaba, por fin, en su coche. Retomando la marcha de su vehículo, se encontraba con una sorpresa inesperada. En el surtidor de enfrente suya, se encontraba Mario, repostando combustible en un par de garrafas de plástico y cargándolas en su camioneta. Clara, se agazapaba un poco y se mantenía a la espera. El señor Vargas rodeaba su camioneta, al parecer, examinando la presión de sus neumáticos. En ese instante, ella se recolocaba en su asiento y se preparaba para comenzar a seguirle.

Ahora sí. Comenzaba la persecución. Todavía no había colocado ni la primera, pero ya estaba nerviosa, no entendía el porqué, pero estaba atacada de los nervios. Por otra parte, Mario, arrancaba el coche y emprendía la marcha. En cuestión de cinco minutos, abandonaba Ourense y se encarrilaba en una carretera convencional.

Clara lo seguía con cierta prudencia, aunque en cuestión de pocos metros, una tímida niebla empezaba a ganar terreno. Sus ojos ahora trabajaban ligeramente más y se veía forzada a reducir la distancia

con la camioneta. Algo empezaba a darle mala espina. La niebla ganaba terreno, avanzando metros, por momentos empezaba a ser más densa. La muchacha, sin darse cuenta, apretaba fuerte el volante y tensionaba los hombros. No se lo podía creer, ahora erguía a su derecha, entre la niebla, una enorme señal de precaución, con el evidente icono de un venado. Su pulso empezaba a subir, metía y sacaba la lengua, mojándose los labios, al mismo tiempo que pegaba más la espalda al asiento, ejerciendo fuerza contra él sin darse cuenta. Cada vez inspiraba y espiraba más rápido, intentaba expeler el aire de manera más relajada, pero no podía. Entraba entonces en bucle, obligándole la situación a hiperventilar. No le gustaba para nada la tesitura que estaba cogiendo la situación. Empezaba a pesarle como una losa en la espalda. El simple dibujo en una señal, sumado a la niebla, eran dos variantes en un ambiente de lo más habituales en esa zona, no obstante, ahora eso tan ordinario, la estaba haciendo temblar.

—Joder, solo es una señal. Una maldita señal —murmuraba entre dientes, agarrada al volante, avanzando entre la densa niebla y con el cuello totalmente rígido, concentrada en la visión central a su trazada en línea recta.

La alegre muchacha que siempre llevaba un bolígrafo en el recogido del pelo, ahora no estaba tan risueña. En una curva, mientras iban ganando metros de altura, la niebla, definitivamente se convertía en una niebla casi impenetrable. Clara conectaba las luces antiniebla; para su sorpresa no funcionaban. Ahora ya entraba en pánico.

—¡Joder! ¿Esto es una maldita broma de mal gusto? — Ahora sí que estaba aterrada. No se lo podía creer.

En la siguiente revuelta, la climatología le daba una pequeña tregua. Una ligera brisa, empezaba a ganarle terreno a las nubes bajas que, de manera intermitente iban disipándose. Con la mirada difusa, podía distinguir la camioneta a unos cincuenta metros, delante de ella, manteniendo la conducción ascendiente. Sin darse cuenta, iba relajando los músculos, ya no sujetaba el volante con tanta rigidez y su cuello tampoco permanecía como si se lo hubieran escayolado. El hecho de ver con cierta claridad, le daba un respiro. Mario colocaba el indicador de giro. Ella disminuía la velocidad y lo veía quitar el intermitente y seguir recto por una carretera relativamente corta. Algo la hizo intuir que el doctor se detendría en breve, seguramente la conducción lenta, o también que observara que más bien no era un camino muy concurrido por su aspecto. Clara decidió detener su vehículo y entrar por el camino a pie, entre los densos árboles. Se miraba el teléfono móvil y no tenía señal. Caminaba sorteando los árboles. Cinco minutos y llegaba a una parcela con un muro perimetral, no muy alto, con una puerta corredera, entre la cual podía ver perfectamente la casa donde había entrado el doctor, con su camioneta aparcada en el porche. Decidía no hacer nada y esconderse para observar.

—Vamos, por favor. Vamos. —le murmuraba a su teléfono móvil. Su dedo se dirigía a la pantalla táctil, para llamar a Marta y avisarla de en donde se encontraba, no obstante, el terminal no cogía señal y con cierta tensión en su cuerpo, alternaba la mirada entre la parcela del doctor y la pantalla de su teléfono móvil. Finalmente, se lo guardaba en el bolsillo sin llevar a cabo su cometido.

Permanecía agazapada detrás de un árbol. Observaba con esmero todo a su alrededor, a la par, que sacaba de nuevo su teléfono móvil para contactar con la inspectora; aunque sin resultado. De pronto se accionaba de nuevo la puerta corredera y Mario abandonaba

lentamente la casa, alejándose por el camino lleno de baches. Ahora era el turno de Clara. Le tocaba mover ficha. Con pasos tímidos, se acercaba a la valla perimetral y empezaba a bordearla. No había forma de entrar. Seguía avanzando y debido a algún fenómeno de la naturaleza, un viejo y carcomido castaño, se había caído contra el muro.

La muchacha, exaltada, trepaba con cuidado hasta subirse. Caminando con total sigilo por la estrecha parte superior del muro, le tocó avanzar unos veinte metros. Para su sorpresa, reposaba contra el muro, por la parte interior de la propiedad, una vieja escalera de madera. Estirando sus dedos, no llegaba a cogerla. Finalmente decidía sentarse en el muro con cuidado para alcanzarla con la punta del pie. A cada instante estaba más nerviosa. Miraba constantemente a todo su perímetro visual, con la esperanza de no la viera nadie y que no apareciera ninguna persona dentro de la propiedad.

Temblando como un flan, conseguía bajar por los carcomidos escalones y hacer pie en el suelo. Debido a la tensión, no se había parado a observar todavía la casa. Ahora miraba a su alrededor y curioseaba por las ventanas, con máximo sigilo. Le daba un cuarto de vuelta a la casa y observaba un camino de gravilla. Decidía seguirlo. La senda la llevó hasta la granja de los gorrinos. Le parecía todo bastante descuidado, paredes descorchadas, las canaletas de las aguas pluviales descolgadas, sumado a las malas hiervas que habían salido de manera forzada entre cualquier pequeño hueco entre la gravilla. De pronto, se quedó paralizada. Con la mirada en alto, observaba unas diminutas ventanas con barrotes de hierro. Decidía combatir el miedo e irse a por la vieja escalera para escudriñar en el interior. Todo ello con la máxima discreción posible; si había alguien en la casa, no quería que la descubrieran. Cinco minutos y estaba

apoyando la escalera en la primera ventana. Subía con delicadeza, sin hacer el más mínimo ruido. Cuando pegó la cara, pudo ver lo que le parecía una cuadra. En la siguiente, llegaba hasta sus ojos lo que al parecer era una celda, con una cama y la puerta con barrotes hasta el techo. Observaba con más detalle y veía una silueta humana. Una mujer arrinconada en el suelo, con la cabeza entre sus rodillas. Ahora sí estaba alterada, casi no podía ni agarrarse a la escalera. Su corazón trabajaba a máximo rendimiento.

—Eh. Hola. Aquí —quería hablar tan bajo que la persona que estaba en la esquina no llegaba ni a escucharla.

—Eh. Aquí arriba —ahora sí. Laura levantaba la cabeza y se veían las dos.

Laura se levantó de golpe, no sabía cómo reaccionar, se derrumbó, lloraba con la mirada en alto, llevándola hasta el pequeño hueco que la separaba de su amiga.

—No te preocupes, avisaré a la policía. Tranquila. No te pasará nada —seguía susurrando—. Me voy, regresaré. Te lo prometo.

Falsa promesa. Mario se encontraba lejos. En una cafetería. Él no la descubriría. Al menos ahora. Clara bajaba la escalera muy nerviosa. Temblando literalmente. En el segundo peldaño que descendía, la carcomida madera no resistió, su peso sumado a sus nervios la habían matado, aunque ella aún no era consciente de ello. La madera se partió y Clara cayó al suelo desde unos escasos dos metros y medio. Al caer se partió la pierna. Inevitablemente soltó un grito enorme.

—Clara. ¿Estas bien? —Laura preguntaba temiéndose lo peor.

Laura la había escuchado, sí. Aunque malogradamente, los perros acababan de mover las orejas y seguidamente abrir los ojos rápidamente. Tan solo unas milésimas de segundo y la muerte se encaminaba en la dirección de Clara. Ella ya había muerto, aunque todavía seguía respirando. Diecinueve segundos. Diecinueve segundos y los perros de presa llegaban hasta ella. Empezaron por su cara, desfigurándola en segundos, después por las extremidades, llegando hasta incluso arrancarle alguna. El macho, con su mayor poder, se marchaba con un brazo, a modo de trofeo mientras los otros seguían enganchados a un cuerpo, ya sin vida. Laura, a escasos treinta centímetros de la aterradora situación lloraba desconsolada escuchando los gritos de su amiga y la furia de los perros.

Capítulo 19 (El ángel del miedo)

El doctor Vargas, se levantó de la mesa de la cafetería. Segundos después montaba en su vehículo, sincronizaba el dial de las noticias e iniciaba la marcha. Conducía su camioneta por una carretera convencional, en dirección a la casa de campo. Con un delicado gesto, bajó el parasol con el fin que no le diera la luz directa del sol en la cara que, empezaba a caer, buscando el ocaso. El atardecer en los montes de Ourense es un espectáculo natural. Cuando el sol comienza a descender, coloreando el cielo con tonos cálidos y anaranjados, refleja las sombras alargadas de los majestuosos árboles, creando un contraste dramático con mezclas de luz suave y dorada. Rellenado el ambiente de silencio, paz y tranquilidad. Especialmente por los alrededores de la propiedad del doctor Vargas. Al llegar a la casa, tan solo se escuchaba algún pájaro. Calma absoluta. Los perros no acudieron a recibirle como de costumbre. Accionó la puerta corredera y estacionó el vehículo en el cemento impreso. Al colocar un pie en el suelo, uno de los tres perros, el más pequeño, se acercó a recibirle. El doctor, se agachó para acariciarle.

—Eh, ven. Ven aquí, vamos —Cambiaba la cara por momentos, veía que el perro tenía todo el alrededor de la mandíbula, tintado de rojo—. Pero. ¿Qué diablos es esto? ¿Dónde te has metido?

El poderoso animal, ladeaba la cabeza y se sentaba al lado de él. Mario siguió preguntándole al perro. De pronto, el animal se levantó y le hacía señales para que el doctor lo siguiera. Así lo hizo, empezó a caminar detrás del cachorro. Mario perseguía a su alargada sombra, intrigado por descubrir que sorpresa le deparaba el perro. El cachorro le estaba llevando hasta su botín. Pasaban por delante de las jaulas de los perros, cuando veía al macho acostado en el suelo,

con lo que quedaba del brazo de la pobre Clara. El perro, como si de un hueso de jamón se tratara, lo había roído hasta el punto, que, apenas quedaba carne. Llegaba a los ojos del doctor, una escalofriante imagen, aunque a él, poco bello llegaría a erizársele. Los dedos habían desaparecido por completo, apenas quedaba un puñado de carne del antebrazo. El animal, todavía en estado de euforia, cubría con sus patas lo que quedaba de brazo, mientras miraba a su dueño con cara de pocos amigos. El perro sabía que no era algo común lo que estaba haciendo y temía que su dueño le quitara su trofeo. El cachorro seguía insistiendo en que su dueño lo siguiera, lo llevó hasta la granja de los gorrinos. Bordeando la puerta de acceso principal, se dirigían hasta la parte trasera. Una vez allí, descubrió todo lo que había pasado. En el suelo yacía lo que quedaba de Clara. Un cuerpo casi partido en dos. No tenía rostro, le habían desgarrado todo el abdomen y sus intestinos estaban esparcidos. Obviamente, le faltaba un brazo y las piernas las tenía destrozadas por todas partes.

El doctor se agachó para cogerle el teléfono móvil. Relajaba la expresión de la cara cuando observaba que no tenía señal, lo apagaba y dejaba el cuerpo en el suelo para irse al interior del granero. Cogía una manta y colocaba a la pobre muchacha encima, con el fin de transportarla al interior del granero con cierta facilidad. Pasaba por delante de la celda de Laura y dejó en el suelo lo que quedaba de la chica. La indignada Laura, que estaba agarrada a los barrotes, se echó atrás de un sobresalto. Se llevaba las manos a los ojos para no ver la imagen y se ponía a gritar con toda su rabia.

—¿Esta quién es? ¿Has tenido visita? —reía, mientras se acercaba a los barrotes, mirándola y hablando con un tono burlesco, incluso jocoso—. Parece que no estaba invitada —el doctor miraba

de nuevo el cadáver, irreconocible a simple vista. El rostro de Clara había desaparecido por completo.

Mario se agachó para examinar lo que quedaba de cuerpo. Buscaba algún tatuaje, pulsera o cualquier indicio para saber quién había entrado en su casa. Se le ocurría sacar su teléfono móvil para indagar <<mierda, claro, le he apagado >> colocaba el terminal en el suelo y lo aplastaba con un pisotón. Le abría el cuello de la camisa y observaba una discreta cadena de oro con su nombre grabado.

—Mira, Clara. Al menos eso pone —miraba a Laura y al cuerpo simultáneamente, todavía agachado —. Bueno, si no lo sabias; ya lo sabes.

La pobre Laura, permanecía lo más alejada posible de él, en el fondo de la celda, sentada en el suelo contra la pared, repleta de rabia, apretando los dientes y sus puños con toda su fuerza.

—Prepárate. Pronto nos iremos de excursión —le hablaba a Laura mientras arrastraba la manta, con Clara encima. La deslizaba hasta la habitación alicatada, con la intención de prepararla.

Laura tan solo escuchaba ruidos, de pronto, apareció de nuevo Mario frente a ella y abría la puerta de barrotes de hierro de la pequeña celda.

—Vamos, vente. Quiero que estés conmigo. Eres mi invitada.

—Por favor, déjame. Déjame aquí —por mucho que se esforzara, la mayor fuerza corporal de Mario sobre ella acabaría facilitando que la arrastrara.

El doctor ató a su invitada en el mismo sitio que la vez anterior, en una esquina. Comenzaba su ritual. Sierra en mano, empezaba la carnicería. Por suerte, ahora Clara no se quejaría mucho. El remanente de la pobre muchacha iba entrando de forma aleatoria en un par de sacos. El miedo de Laura, poco a poco se estaba disipando y la rabia empezaba a apoderarse de ella. El doctor siguió con su tarea, colocando en el interior de los sacos el único objeto que acompañaría a Clara para el resto de la eternidad; los pesos muertos que él mismo fundía con forma de cruz. Ahora el destino, o quizás la física, serían los encargados de dejarla en el inhóspito fondo de la garganta del Sil. Podría quedar junta, o los dos sacos separados, incluso a varias decenas de metros. Aunque vertiera los dos sacos en el mismo punto, sería casi imposible que reposaran juntos en el fondo. Tal cantidad de masa, descendiendo todos esos metros y enfrontándose con la resistencia del agua… Sí, lo más probable es que la pobre muchacha quedara separada por varias decenas de metros, incluso un centenar también sería posible. De todos modos, poco le importaría. Ya no estaba en estado de rechistar mucho. En el cañón del Rio Sil, en la Ribera Sacra, habita una gran variedad de fauna, incluyendo especies de aves, mamíferos, reptiles, invertebrados etc. No obstante, el lecho del fondo de la garganta, con sus quinientos metros de profundidad, eso es otro tema. Aunque no albergara el fondo ningún animal carroñero, los microorganismos seguro que se harían cargo de ella, como del resto de víctimas del monstruo de dos patas, clasificado como Psiquiatra.

En ese mismo instante, Laura empezaba a comprender que lo tenía francamente mal para poder salir de esa situación con vida. Hasta este momento el miedo no la había dejado pensar. No obstante, ahora, sin ella misma darse cuenta, se estaba acostumbrando al miedo. Esto puede ser un proceso complejo. Según cada individuo, puede variar en el tiempo de adaptación. El

primer desencadenante en las carnes de Laura estaba siendo la exposición repetida del miedo. El hecho de estar enfrentándose a las escenas tan macabras que el doctor le estaba obligando a presenciar, estaba propiciando a que el miedo fuera dejando paso a la furia. Sí, evidentemente ese paso ya lo estaba superando. El siguiente paso comenzaba a formarse en ella al observar cómo rellenaba los sacos con su amiga, en este caso, si no hubiera permanecido atada, la rabia que recorría sus venas, fácilmente la hubiera hecho abalanzarse hasta el doctor y coger alguna de las herramientas que reposaban el carrito de acero. Y sin duda alguna así le rondaba por la cabeza. Sus pensamientos no estaban siendo ahora muy diferentes de los de Mario. A Laura le recorría pavor por todo su cuerpo, por supuesto, pero al ver a Clara, sus pensamientos eran los de coger un hacha y clavársela en medio de la jodida frente de Mario. En este caso la exposición repetida del miedo, la condujo a sufrir el primer paso; estaba adaptándose al miedo. Se le juntaban ya dos procesos, el siguiente, el de la desensibilización. Con el tiempo, la respuesta al miedo baja en intensidad, familiarizándose con él. El tercer paso era la reevaluación cognitiva. Comenzaba a percibirlo con otros ojos. Después, aunque ella todavía no lo sabía, tan solo le faltaría el último paso. El de enfrontarse al miedo.

De pronto la mente se le quedó en blanco. Como si se reiniciara. La cara le cambió por completo. Ahora sí empezaba a detenerse a pensar. Con el cuerpo de su amiga aún presente, aunque no visible, su cabeza ya empezaba a maquinar la forma que podría llevarla a escapar de allí. Permanecía impasible, con la cabeza fría. No obstante, por muchos deberes que le mandara a su mente, pocas opciones viables estarían a su disposición.

Mario colocaba a Clara en el carrito de acero, con la intención de transportarla hasta la pequeña embarcación. Se despedía de Laura.

La dejó atada en el mismo sitio, en la esquina de la habitación, en el suelo. Acto seguido, él preparaba sus bártulos para una jornada de pesca. Para su, particular jornada de pesca. Una salida que se vería truncada, ya que cuando el doctor abrió la puerta del garaje, caía agua a cantaros. Un pequeño temporal se había formado en cuestión de una hora. Sin dudarlo dos veces cambió todos sus planes. Regresaba con el cuerpo de la muchacha hasta Laura.

—Me temo que tu amiguita va a pasar un poco de frío —detenía el carrito delante de ella y sonreía mirándola con un tono burlesco. Estaba bastante chistoso el tipo—. Tendré que aplicarle un poco de frío. Vamos, que voy a meterla en el congelador. Si no lo hacemos así, empezará a apestar en pocas horas. Sí, se nos llenaría todo esto de moscas —seguía riendo.

Laura no se dignó en contestar. Simplemente miraba a Mario, ahora a los ojos, con cara seria, sin apartar ni un segundo la mirada. De pronto, un ángel bajó a visitarla, para sutilmente acariciarle la cabeza y darle un beso en la frente. Había tenido una idea que tal vez pudiera funcionar. Puso el plan en marcha sin dudarlo.

—¿Por qué? —lo miraba a los ojos.

—Te lo acabo de decir. Pasará frio porque voy a congelarla.

—Sabes bien lo que te digo. ¿Por qué haces esto con la gente? Ven cuéntame. Quiero que me lo cuentes todo. Estoy dispuesta a escucharte.

Ahora el que cambió la cara fue Mario. Borró la irónica sonrisa de sus labios y no le contestó. Se marchó con cara seria, arrastrando el carrito hasta un arcón congelador. Mientras introducía los dos sacos le daba a la cabeza. No entendía el cambio en Laura. Aunque le daba

una ligera sensación de placer el hecho de que le hablara así. Con ese simple comentario, él notó como si hubiera adelantado al primer corredor de una maratón; y ahora él iba en cabeza, liderando la primera posición. Una vez ya reposaba Clara en el interior del arcón se dirigía a la casa y pasó de nuevo por delante de su cautiva.

—¡Mario! —se quedaba callada varios segundos mientras él permanecía estático mirándola—. Tengo hambre. ¿Podrías traerme algo para comer? También me gustaría que te quedaras conmigo mientras como. No me gusta estar sola —seguía con su plan, que, hasta el momento estaba funcionando. Lo notaba claramente en la mirada de su captor.

Ni siquiera le contestó, aunque le dijo que sí con la expresión de su cara. Desapareció por la puerta de las dos cerraduras, caminando por el angosto pasillo hasta llegar a la cocina. Abrió la alacena y el frigorífico. Preparó algo decente en unos minutos y unos cuantos pasos después ya sentaba enfrente de los barrotes, observando a su reclusa, con el respaldo de la silla contra su pecho y los brazos entrelazados, la miraba con cara de satisfacción. Laura se metía la comida en la boca agradeciéndole con la mirada todo lo que le había preparado.

Laura, tenía un plan en mente. Por desgracia no se encontraba en el escenario de un teatro. No, no lo estaba. No obstante, ahora le tocaba interpretar el papel más importante de su vida. Una vez casi superado el miedo y con posibilidad de pensar fríamente, decidió fingir el síndrome de Estocolmo. Este síntoma es un tema complejo y fascinante para la mente de los psicólogos. Aunque en este caso, la idea era que todo quedara en un mero papel, una decisión delicada para no ser actriz y además encontrarse en esa situación, pero podría funcionar. Pocas opciones más tenía a su alcance. No podía

excederse sobreactuando. Si lo hiciera demasiado precipitado, él se daría cuenta de que lo estaba engañando. Por esta vez, decidió terminar de comer y no decirle nada más. Salvo darle las gracias al dejar la bandeja en el suelo, para posteriormente alejarse a la pared del fondo y sentarse en el suelo con los brazos entrelazados en sus rodillas y la cabeza apoyada en ellos. Por ahora ya no le hablaría más. Mario se quedó observándola un par de minutos y se marchó entre un intrigante silencio.

Capítulo 20 (el demonio)

A la mañana siguiente, el plan de Laura fluía con cierta rapidez. Mario le preparó un desayuno con esmero y se lo sirvió con la comodidad de una pequeña mesa plegable, además de facilitarle una silla para que estuviera un poco más cómoda.

—¿Puedes dejar que me lave las manos?

De nuevo, no le dijo nada. Llevaba su mano al bolsillo para sacar la llave y volver a abrir la puerta de barrotes de hierro.

—Ven conmigo. Vamos aquí a la habitación —le colocaba las esposas y la misma cuerda de cáñamo que usaba para atarla en la habitación alicatada.

La acompañaba a la habitación de los horrores y la dejaba frente a un pequeño fregadero.

—En el estante de la derecha tienes jabón. Y desinfectante también si prefieres —se quedaba esperándola apoyado en el marco de la puerta mientras ella caminaba hasta la esquina arrastrando la cuerda por el suelo.

—¿Te importaría traerme una bata limpia? —se lavaba las manos cabizbaja y le hablaba sin dejar de mirarse las manos —anoche me oriné encima sin querer. Solo un poco, pero no me di cuenta—. Mentía, escasos minutos antes de que él llegara, se meó la bata adrede.

Mario la dejó de nuevo en la celda para que desayunara tranquila y se marchaba a traerle la bata. Ahora a Laura le asomaba un poco más de esperanza. Tenía la sensación de que, por el momento, el

plan iba viento en popa. Decidió que por ese día ya no le hablaría más. Al día siguiente, se repitió el desayuno, aunque ahora no cerró la puerta de los barrotes de hierro. Comían los dos juntos, cada uno en su sitio, pero sin la separación de las barras metálicas.

—Cuéntame ¿Por qué lo haces? A mi muchas veces también se me ha pasado por la cabeza matar a alguien —no mataba ni a una mosca. Mentía como una cosaca, aunque se veía obligada a hacerlo. De todos modos, lo más cerca que había estado de matar a alguien, había sido a su padre. Cuando estuvo muy enfermo, ella no aguantaba más verlo sufrir y muchas veces se le pasaba por la cabeza ahogarlo con la almohada. Un día incluso llegó a agarrarla con las dos manos y acercarla hasta su rostro, mientras lo miraba desesperada. De ahí le venían las pesadillas que sufría, en las cuales, su padre la ahogaba a ella con un cojín.

—No lo entenderías —se quedaba con la cabeza agachada, sin mirarla.

—Quiero entenderte. Cuéntame. Te escucho.

—Todo empezó por una buena causa. Pero la sensación de matar te vuelve poderoso —se sentía confuso. Se levantó de la silla y cerraba la puerta de la celda con un movimiento rápido—. Ya hemos hablado bastante por hoy.

Mario empezaba a sentirse desconcertado. Notaba una sensación agridulce. Ella era su presa y él el depredador. El comportamiento que estaba mostrando Laura le gustaba, pero le estallaba la cabeza. Empezaba a dudar de si mantenerla encerrada o no. Por el momento, la dejó tranquila y encerraba bajo llave para pasar la noche.

Por otro lado, Asunción, se dirigió a la comisaría de policía. Quería hablar con Marta. Pensaba que la policía estaba haciendo más bien poco. De todos modos, para una madre nunca se haría suficiente en el supuesto de no encontrar a su hija. En este caso, notaba que iban pasando los días y no progresaban nada. Después de una pequeña charla con la comisaria, no sacó nada en claro y cerraba la puerta del despacho indignada. Salió a la calle y caminaba por la acera de comisaría cuando le vino un pensamiento a la cabeza <<ese maldito cabrón. Seguro que sabe algo>> Decidió emprender una locura. En menos de lo que tarda la varilla corta del reloj en adelantar un digito y la madre de Laura se encontraba en la consulta del doctor Vargas, a los pies de la fachada. Se quedó estudiando los movimientos del edificio, Gente entrando, gente saliendo, mucho movimiento. La madre de Laura se aproximó a la puerta para corroborar que, en su mayoría era un edificio de oficinas. Estuvo olisqueando con la mirada los nombres del portero automático. Su mirada se detenía en la consulta del doctor Vargas. Llamó al timbre sin titubear.

El espejo del ascensor le devolvía una mirada enojada, debido a la angustia que desde unos días atrás se estaba convirtiendo en rabia. Al abrirse las correderas del elevador, observó la puerta del apartamento entreabierta. Decidió entrar sigilosa.

—¡Adelante, sigua hasta el fondo! —el psiquiatra llamaba para que la persona entrara a consulta.

La madre de Laura no abrió la boca. Andaba por el pasillo con pasos tímidos, acariciando suavemente la pared, anteponiendo un pie al otro muy despacio. De pronto el doctor apareció por el hueco de la puerta de su consulta. En un arrebato de furia, la pobre mujer no pudo controlarse. Se abalanzó contra él, agarrándole del cuello.

—¡Cabrón! Tú sabes dónde está mi hija. Dímelo. ¡Dímelo! —enfurecida tiraba el bolso en el suelo, quedando todo esparcido por las baldosas, desde unas llaves hasta un pequeño espejo, ahora roto y le agarraba el cuello con las dos manos, en un acto inútil de intentar asfixiarlo.

—¿Qué hace? Compórtese —se dio cuenta de que era la madre de su cautiva. Empezó entonces un forcejeo, en el cual alguien de los dos resultaría mal parado.

En el altercado, Mario, empujo a la pobre mujer hasta el suelo, encontrándose con el duro pavimento, dándose un golpe terrible en la cabeza. Mario le tomó el pulso y al parecer no respiraba. Malogradamente la mujer había perdido la vida. Unos minutos antes, caminaba por la acera tranquilamente y ahora reposaba en el suelo sin vida, a los pies de Mario. Este se vio forzado a llevar el cuerpo a la casa de campo.

Llegaba a la finca y encaraba la camioneta hasta las puertas de acceso principal de la granja. Cogía a la mujer y la dejaba arriba de la mesa de acero, en la habitación alicatada. Los primeros movimientos que le regaló a la madre de Laura fueron para quitarle toda la ropa; así podría empezar a trabajar sin ningún impedimento.

Mientras tanto, Laura escuchaba ruidos, a escasos metros de la escena. Se levantó de la cama con la intención de poder cuchichear, aunque sin éxito alguno.

—¿Mario? ¿Eres tú? Contesta —apoyaba la cara en los barrotes.

Mario no contestó. Lo primero fue cortarle la cabeza con el hacha. Abrió un saco y la tiró dentro, haciendo un sonido sordo al tocar el

suelo en el fondo del saco. Ahora se iba en busca de Laura.

—Dime ¿Qué quieres?

—No, tan solo escuchaba ruidos y no sabía si eras tú.

Bueno, tengo trabajo —daba media vuelta y se encaminaba de regreso a la macabra escena.

—No me dejes sola. Por favor.

El doctor se quedó parado un momento, al contrario que su mente, que funcionaba con rapidez.

—Ven ayúdame —abría la puerta de barrotes de hierro y la cogía de la mano—. No voy a ponerte las esposas. Pero no hagas ninguna tontería. Todas las puertas permanecen cerradas.

Laura andaba detrás de él, agarrada a su mano. Colocaba los dos pies en la habitación alicatada, cuando vio un tronco con extremidades, pero ya sin cabeza. Le entró un calor terrible, empezaba a sudar, no podía mirar al cuerpo. No obstante, decidió sacar fuerzas desde lo más profundo de sus entrañas y afrontar la situación. Pensó que no había mejor forma de que confiara en ella que, estar presente en las atrocidades que hacía.

Mario se colocó su delantal plástico y empezó con su ritual.

—Pásame la sierra —estiraba el brazo mirándola.

La pobre Laura, tiritaba como si estuviera desnuda en el interior de una cámara frigorífica. Aun así, consiguió alcanzar la herramienta para ofrecérsela al monstruo. Mario empezaba a desgarrar la carne

con la sierra de mano. Cuando ya tenía el primer brazo amputado se lo daba a Laura.

—Cógelo, anda mételo dentro del saco.

La muchacha estaba a punto de desmayarse. Sacaba fuerzas de donde podía para no caer en el suelo desplomada. La acción física que estaba llevando a cabo no era para nada una cosa del otro mundo. Simplemente era introducir carne en una bolsa grande. Lo que sí podía distar de ser común, era que no se trataba de magro de cerdo, ni de carne de ternero. Lo peor de todo, era que estaba ayudando a Mario a colocar a su propia madre en el interior de los sacos, sin ella misma poder llegar a imaginárselo en ningún momento.

Lo que estaba haciendo el doctor no tenía nombre. Laura seguía cogiendo extremidades de la persona que le dio la vida y colocándolas en el par de sacos con total desconocimiento. Él, sin embargo, estaba deleitándose de la situación, se moría de ganas de decírselo, pero sabía que empeoraría las cosas, ahora que su comportamiento iba avanzando. El doctor, con la ayuda de la nueva subalterna, cargó los sacos en la pequeña embarcación, con el fin de salir a pescar. Laura iba arrastrando por el basto suelo, la cabeza y los miembros de su querida madre, todavía sin saberlo. Es más, seguramente que, nunca jamás se enteraría de lo que estaba haciendo.

—Ahora cargaremos los sacos del arcón congelador y me iré.

—De acuerdo —ahora apretaba los dientes con rabia. Le entraban nauseas de saber que era Clara. Cargar los primeros sacos, no le había afectado tanto, pero ahora que sabía que era Clara; ya no

lo tenía tan fácil. Estaba fingiendo el síndrome de Estocolmo con la finalidad de escapar al menor descuido de Mario. Pero arrastrar el cuerpo de su amiga la estaba haciendo cambiar de idea. Ahora se le pasaba por la cabeza vengarse, incluso pensaba con matarlo. Y todos esos macabros pensamientos sin saber lo que él le había obligado a hacer a con su madre.

Ahora sí que empezó a actuar bien. No era actriz, pero la rabia la estaba haciendo que se especializara en interpretar esa obra de manera magistral. Una vez todos los bártulos en su sitio, Mario se despedía de Laura.

—Vamos. Tienes que quedarte aquí, Yo me tengo que ir —la invitaba a acompañarla a la celda, con el fin de que se quedara encerrada mientras él se deshacía de los cuerpos.

—Déjame ir contigo. Te juro que no te daré problemas —lo miraba con cara de cordero degollado, ladeando la cabeza—. Átame si quieres. Quiero acompañarte.

De nuevo no dijo nada, asintió levemente con la cabeza, escasos milímetros, aunque para ella fue un sí rotundo. Mario no le puso las esposas. Tan solo le ató las manos con la cuerda y la subió en la camioneta, cerrando todas las puertas. La adrenalina de todo lo que hizo Laura, no le había dejado pensar en donde se estaba metiendo. Ahora se detenía a pensar, miraba la barca y ya visualizaba donde irían. Empezó a ponerse más nerviosa si aún cabía, mirando a Mario por las ventanillas, que, preparó el enganche para remolcar la embarcación y en cuestión de diez minutos comprobaba que la lona de la barca había quedado bien sujeta, cubriendo todo el desaguisado con el cargaban e iniciaban la marcha.

La carretera convencional engullida por la frondosa vegetación, era el escenario de Laura, el telón de fondo estaba cambiándole por completo. Sus ojos, ahora percibían todo diferente. Haber estado encerrada temiendo por su vida, la hizo cambiar la perspectiva. Un simple canto de un pájaro, una ligera brisa ondeando unas ramas de un árbol, cualquier cosa trivial, ahora le parecía especial. No obstante, tampoco se le olvidaba que aún no había conseguido que el público se levantara de las butacas aplaudiéndola con intensidad. No. Permanecía en el asiento de la camioneta de su captor, con las manos atadas y con dos cadáveres en la parte trasera.

El corazón de Laura trabajaba al máximo rendimiento; y eso que mantenía el cuero del asiento pegado a su cuerpo. Eso era debido a que sus ojos empezaban a divisar el agua del rio Sil. Terminaron el trayecto debajo de la sombra de un enorme castaño, que arropaba la camioneta y la barca. Mario botó la embarcación en la rampa natural que usaba de manera habitual, con ella todavía encerrada. Ahora sí, sujetaba la cuerda a una piedra que usaba de bita y avanzaba pasos, con el brazo buscando la maneta de la puerta. Laura pensaba escapar a la primera de cambio, antes de subir a la barca, aunque lo tendría complicado. Seguramente tendría que haber actuado algún día más, antes de precipitarse y pedirle que la dejara acompañarle. Todavía no confiaba en ella como para dejarla a su libre albedrio.

—Vamos. Ven, no tengas miedo —no le dio opción de nada. La cogía con la cuerda y la agarraba el brazo, llevándola a montar encima de la barca, sin ella poder evitarlo.

Tan solo el vaivén que hizo la embarcación al colocar los pies, aún la puso más aterrada. Empezaba a temblar de nuevo y las piernas se le aflojaron.

—Cálmate, todavía no he soltado ni la cuerda.

—Sí. Perdón, perdón. Estoy bien. Sí, mejor —se sentaba en el pequeño asiento de polipiel y se agarraba al asa, mientras cerraba los ojos y se centraba esforzándose al máximo para pasar ese trago. Demasiado cúmulo de emociones estaba cargando en la espalda en pocas horas—. Desátame, necesito agarrarme bien.

Así lo hizo. Con un gesto bastante delicado, le liberó las manos de la basta cuerda para que se agarrara con firmeza. Calma absoluta los envolvía. Tan solo algún ave rapaz rompía el silencio, entre las gigantescas paredes del cañón. Ahora el pequeño y ruidoso motor fueraborda era el encargado de romper la magia del Sil. Ella notó en la cara la pequeña brisa que se forma al navegar, que al menos le refrescaba el rostro, ya que empezó a sudar de manera descontrolada. Tras una escalofriante navegación; solo para ella, llegaron a la garganta. Mario giró la llave del contacto para dejar paso de nuevo a la calma absoluta. Otra vez la magia del cañón envolvía sus oídos, que tardó poco en romperse debido ahora a la voz del monstruo.

—Ya estamos. Ahora ataré los pesos muertos con este trozo de cuerda y verteremos los sacos al agua. Aquí descansaran plácidamente. Te lo aseguro —permanecía de pie, atando los cabos a las puntas de las cortas y finas cuerdas—. Sí, con el grosor de este cabo hay más que suficiente. Te lo aseguro, porque poco se van a resistir en el estado que están— su boca resbalaba una sonrisa irónica.

Laura no abrió la boca. Ya tenía bastante con intentar controlar su fobia, además del disparate de atrocidades del cual ahora mismo era cómplice. Mario tiró un saco al agua, acto seguido el peso muerto con forma de cruz. Segundos después repitió la operación.

—Fíjate. Mira como suben las burbujas a la superficie. A la chavala sin rostro ya la tenemos en el sitio. Aunque la cuerda se pudra en poco tiempo, esto ya no reflota, créeme. Solo con la flotabilidad negativa de la presión del agua tan profunda… Te lo aseguro. Tan solo nos falta tú… Digo, los otros sacos.

Laura seguía agarrada al asa, sin moverse. Solo pensaba en su amiga Clara. Se estaba cargando de rabia. De nuevo el miedo se disipaba y la furia la dejaba pensar. El mismo ángel que bajó a visitarla un par de días antes, se le volvió a aparecer, al menos en su mente. Le dio un sutil beso de nuevo en la frente, dejándola centrarse para pensar. Mientras Mario estaba deshaciéndose del tercer saco, Laura se acordó del bolígrafo que tenía todavía escondido en el recogido del pelo. Se levantó con un movimiento muy rápido, sin dudarlo ni un segundo. Se sacó el boli, acercándose por detrás de Mario. Lo agarro por el cuello y le clavó el objeto punzante en el ojo derecho, clavándoselo por completo. Eso lo dejó arrodillado y muy dolorido. Gritaba con todas sus fuerzas debido al enorme dolor que le produjo. Mientras permanecía aturdido de rodillas, disparaba sus manos en todas direcciones. Ahora fue cuando Laura aprovechó su bandeja de plata. Agarró la cuerda del último saco que quedaba, que ya estaba atada a los dos extremos. Le dio un par de vueltas al pie de Mario, para seguidamente tirar el saco por la borda y después empujarlo a él. El peso muerto era lo único que evitara que el doctor se hundiera, ya que había quedado anclado en el borde de la embarcación. Laura, mirándolo a los ojos, agarró el plomo con forma de cruz para liberarlo. Dejando paso a las pequeñas burbujas de aire que, a la vez, dejaban paso al agua, en este caso, engullendo al doctor Mario Vargas. Pudiera ser que la cabeza y las extremidades de la madre de Laura hubieran arrastrado al monstruo hasta el inhóspito fondo de la Garganta del Sil. O tal vez el tronco. Tampoco importaba mucho. Menos aún a Laura, que

desconocía que su madre la había ayudado a matar a Mario, ahogándolo en su mismo infierno, reposando para la eternidad, en las tumbas que él mismo había cavado.

Clara la había salvado. Quizás era ella ese ángel. O su madre también hubiera podido ser ese ángel. O las dos. De todos modos, Laura siempre pensaría que, gracias a Clara pudo escapar de la situación tan dantesca que había sufrido en sus propias carnes.

Era libre. Miraba al cielo y se quedó recapitulando todo lo que había sufrido estos últimos días y sus ojos empezaron a humedecerse, para terminar con caminos de lágrimas en sus mejillas. Ahora permanecía sentada en la barca, con la camisa de fuerza sin mangas que servía de bata, sucia de sangre del doctor, al igual que su mano, pensando cómo alcanzar la orilla y sin saber siquiera como arrancar el motor. No obstante, acababa de superar su fobia. Se dio cuenta de que su miedo irracional era una tontería, comparado con lo que podía llegar a hacerle el monstruo a la gente. Clavó sus rodillas en el poliéster, en la proa. Con el brazo iba remando inútilmente, ya que el volumen de la embarcación de unos cinco metros, apenas lo movió escasos milímetros. Se le ocurrió buscar en el cofre de debajo del asiento. Allí encontró un pequeño remo plegable. Nuevamente con las rodillas en la proa comenzaba una lenta huida del macabro escenario, en dirección a la orilla. Ahora sí que podía ponerse en pie todo el aforo del teatro para aplaudir su actuación. Aproximándose a la orilla, vio acercarse a una mujer en su dirección. Cuando por fin llegaba a la orilla imploraba auxilio a esa mujer, que no era otra que la comisaria.

—¿Estas bien? Te estaba buscando desde hace días — permanecía sola, frente a la pequeña barca. Con pantalón de lino

negro, blusa blanca y el pelo detrás de ambas orejas—. Me llamo Marta. Soy la comisaria. Ven, acércate y te ayudaré.

—Y ¿Cómo me has encontrado? —Laura observaba sus ojos mientras se incorporaba y le ofrecía su mano.

—Me he enterado, que al sospechoso de tu desaparición le encantaba salir a pescar por la zona —le ofrecía su mano también para ayudarla a salir al seco.

Laura se quedó perpleja, atónita. Notó como si el mismo demonio le hubiera ofrecido su incandescente mano. Esta no tenía los ojos rojos y brillantes. Ni la piel roja y escamosa, tampoco alas emplumadas, ni enormes cuernos. No. Pero la misteriosa mujer policía que había aparecido de la nada para rescatarla, además de solitaria, tenía la misma marca de una quemadura por arriba de la muñeca, con una cara sonriente, al igual que el terrorífico monstruo de la Garganta del Sil.